

*Espasa Espiritu*

# JESÚS



Endo Shusaku

Endo Shusaku

J E S Ú S

ESPASA ESPÍRITU

Director Editorial: Javier de Juan y Peñalosa  
Editora: Constanza Aguilera  
Traducción del inglés: Juan Carlos Rodríguez Herranz  
Diseño de la colección y cubierta: Tasmanias  
Realización de cubierta: Ángel Sanz  
Foto de cubierta: Photonica

Título original: *A life of Jesus*

© Shusaku Endo, 1973

© De esta edición: Espasa Calpe, S. A., 1996

Depósito legal: M. 9.512-1996

ISBN: 84-239-9903-3

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.

Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid

Pienso ahora que en lo que me resta de vida me gustaría volver a escribir mi vida de Jesús, y escribirla desde la propia experiencia que he de seguir acumulando a lo largo de mis años. Pero aun entonces, cuando crea haber terminado, pienso que aún no me habré liberado del deseo y la necesidad de volver a tomar la pluma para intentar una nueva «vida de Jesús».

ENDO SHUSAKU

I.	Adiós a la vida cotidiana de Nazaret .....	11
II.	Junto al Mar Muerto .....	27
III.	Los peligrosos comienzos .....	43
IV.	Primavera en Galilea .....	61
V.	Espías .....	81
VI.	El Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza .....	101
VII.	Jesús, el ineficaz .....	115
VIII.	La patética figura de Judas .....	129
IX.	«¡Jerusalén, Jerusalén!» .....	147
X.	La noche del arresto .....	163
XI.	El juicio de los hombres .....	187
XII.	«Padre, en tus manos encomiendo mi espí- ritu» .....	207
XIII.	El enigma .....	227



# I

## ADIÓS A LA VIDA COTIDIANA DE NAZARET

**J**AMÁS hemos visto su rostro ni escuchado su voz. En realidad, no sabemos cuál era el aspecto de aquel hombre llamado Jesús, sobre el que me dispongo a hablar. Son innumerables los retratos de Jesús que han sido creados por una imaginación basada en una fórmula convencional: sus largos cabellos sobre los hombros, su cuidada barba y su delgado rostro de salientes pómulos. Durante siglos, la mayoría de los artistas han seguido este modelo tradicional a la hora de hacer el retrato de Jesús, tratando cada cual de que los rasgos de su rostro reflejasen los ideales de la piedad característica del contexto histórico del propio artista.

Sin embargo, en los primeros tiempos de la Iglesia el rostro de Jesús nunca fue representado según este modelo. Los primeros cristianos experimentaban ciertas reservas para reproducir el rostro de las personas santas. En

consecuencia, los artistas de la época no intentaron pintar el rostro de Jesús de un modo realista, sino que representaron al Señor por medio de símbolos: un pez o un cordero, una espiga de trigo o un zarcillo de vid. En la época de las catacumbas, se le da a Jesús el aspecto de un joven griego, con el rostro imberbe de un adolescente, totalmente distinto de la imagen moderna convencional. Tendrían que pasar unos cuantos años hasta que, en los albores del siglo V, la influencia del arte bizantino determinara el modelo de rostro de Jesús que ha perdurado hasta nuestros días. Estudiando estos retratos, podemos descubrir cómo la humanidad, a lo largo de su dilatada historia espiritual, ha dado en imaginar, con el más alto grado de pureza y belleza, la fisonomía de la persona más santa que jamás haya existido.

De hecho, nadie ha visto el rostro y la figura de Jesús, a excepción de las personas que convivieron o se cruzaron con él a lo largo de su existencia. Ni siquiera el Nuevo Testamento, al relatar la vida de Jesús, nos da demasiadas pistas acerca de su apariencia externa. Sin embargo, cuando leemos los Evangelios podemos perfectamente hacernos una idea muy viva de Jesús, gracias a que las personas que realmente le conocieron ya no serían capaces de olvidarlo en los años de su vida.

Dado que el Nuevo Testamento apenas nos dice nada referente al rostro de Jesús, no nos queda más remedio que recurrir a nuestra propia imaginación. Según Stauffer, la religión judía de la época exigía que cualquiera que predicara la palabra de Dios fuese «una persona de elevada estatura y de noble apariencia». El mismo Stauffer afirma que si alguien no cumplía estos requisitos, no era bien recibido y tenía que soportar duras críticas. Si Stauffer tiene razón —y puesto que en ningún lugar del Evangelio se

nos dice que Jesús haya sido rechazado por el pueblo a causa de su apariencia externa—, entonces lo más probable es que Jesús fuera un hombre con una estatura al menos normal para un judío de su época. Partiendo de este dato, podemos imaginarlo con un aspecto semejante al de otros judíos de la antigua Palestina: los negros cabellos peinados con raya al medio que le llegaban hasta los hombros, barba entera y poblado bigote; la misma barba y el mismo peinado que imponía la costumbre; y sus vestiduras, probablemente bastante deterioradas, como podemos deducir del Evangelio de Marcos, donde Jesús habría permitido a sus discípulos poseer las habituales sandalias, pero no dos túnicas. Esta es la figura externa de Jesús que podemos componer haciendo un esfuerzo de imaginación.

El nombre de Jesús —Yeshúa, en realidad— era un nombre bastante común que podía oírse en todas partes. Según el historiador judío Josefo, autor de las *Antigüedades judaicas*, eran tantas las personas que tenían este nombre, que llegó a perder todo carácter distintivo. A lo largo del corto espacio de su vida, por lo tanto, Jesús no poseyó, ni en su nombre ni en su apariencia externa, nada que le diferenciara especialmente. Era una persona normal que, aparentemente, no se distinguía de la gran masa de seres humanos que tenían que sudar para ganarse la vida.

En una ocasión (Jn. 8, 57) le dicen los judíos a Jesús que «aún no ha cumplido los cincuenta años», cuando en realidad estaría rondando los treinta. Estas palabras se prestan a diversas interpretaciones, una de las cuales podría ser que Jesús aparentaba más edad de la que tenía. Tal vez esa prematura apariencia de madurez fuera el reflejo de algún innominado padecimiento que se trans luciera siempre en su rostro, o quizá fuera que sus cansados ojos reflejaran alguna aflicción interior.

Esto supuesto, podemos preguntarnos: «¿Cuándo comenzó a cernerse en sus ojos ese extraño brillo?» La vida de cada hombre o mujer que se cruzó en su camino acabó, en definitiva, por pesar sobre sus propios hombros. Pero ¿sucedió ya esto en los días en que desempeñaba su oficio de carpintero en la ciudad de Nazaret?

Nazaret de Galilea es la ciudad en la que creció Jesús. En la actualidad es un lugar invadido por la barahúnda de los turistas y por los mercachifles que viven de la venta callejera. La ciudad está rodeada de colinas cubiertas de olivos, cipreses y airosos pinos de pobladas copas, pero una detenida mirada al ajetreo de sus calles revela la existencia de una espantosa miseria presente en todas partes: niños descalzos que piden limosna, mendigos ciegos y tullidos, miserables tenduchos y sórdidas y pequeñas casas a ambos lados de las empinadas callejuelas llenas de basura. El Evangelio de Juan refiere el antiguo dicho de que «nada bueno puede salir de Nazaret» (Jn. 1, 46), y en tiempos de Jesús no era más que una atrasada población rural sin ningún interés especial para los judíos, y cuyo nivel de vida era aún más inferior que el actual. Las viviendas de la gente ordinaria tenían las paredes exteriores enjalbegadas, pero en su interior eran tan sombrías como un sótano y no poseían más que una sola ventana. Aún se conservan en Nazaret algunas casas parecidas a aquéllas, las cuales pueden ayudarnos a imaginar cómo era la casa en la que vivió Jesús.

Dado que José, su padre adoptivo, era carpintero, Jesús aprendió también el oficio. En aquellos tiempos, los judíos tenían la costumbre de llevar algún distintivo que indicara su oficio (un tintorero, por ejemplo, llevaría en su vestido un trozo de paño teñido; un escribano, por su parte, llevaría una pluma de ave). Así pues, lo más pro-

bable es que Jesús llevara un trozo de madera que indicara su condición de carpintero. Aunque empleamos la palabra «carpintero», en realidad su trabajo no consistía en levantar edificios o casas, por lo que sería más exacto designar a Jesús como ebanista. Además, como la mayoría de los carpinteros de Galilea eran trabajadores itinerantes, Jesús no trabajaría en un taller, sino que, más bien, andaría por todo Nazaret y sus alrededores atendiendo las peticiones que le hicieran. Cuando leemos en la Biblia las parábolas relatadas por Jesús, podemos deducir perfectamente que conocía la penuria y la dureza que supone ganarse la vida, y conocía también, por propia experiencia, el mal olor producido por el sudor de los hombres y mujeres que trabajan. Su parábola de la mujer que busca por toda la casa la dracma perdida pudo perfectamente basarse en algo que hubiera ocurrido en su propia familia. O la mujer de aquella otra parábola que puso levadura en tres medidas de harina, podría haber sido su misma madre, María.

Los Evangelios no dicen una sola palabra acerca de la muerte del padre adoptivo de Jesús, pero la tradición oral sostiene que José murió cuando Jesús tenía diecinueve años de edad. Partiendo del supuesto de que muriera mientras Jesús residía aún en Nazaret, hemos de concluir que Jesús asumió entonces la responsabilidad de mantener a su madre. No se sabe cuántos hijos más hubo en la familia. Ciertos expertos protestantes afirman, basándose en Mt. 13, 55 y Mc. 6, 3, que Jesús tuvo cuatro hermanos, llamados José, Santiago, Simón y Judas, además de varias hermanas. Los católicos, sin embargo, sostienen que Jesús no tuvo hermanos en absoluto, puesto que las palabras hebreas *aj* (hermano) y *ajot* (hermana), empleadas por Mateo y Marcos, pueden referirse igualmente a los «pri-

mos», de acuerdo con el uso corriente de ambos términos en todo el Cercano Oriente. De hecho, la lengua hebrea no tiene ninguna palabra para referirse específicamente a un primo. En cualquier caso, hasta un momento que habría que situar entre los treinta y los cuarenta años de edad, Jesús tuvo que ganarse el sustento diario, viviendo en compañía de sus parientes más cercanos y compartiendo con ellos los avatares de lo que, por razones prácticas, constituía una sola y amplia familia.

Pero lo que Jesús conoció día tras día en su vida de trabajo no se redujo únicamente a los demoleedores efectos de la pobreza. El Nuevo Testamento nos presenta una interminable serie de míseros tullidos y personas enfermas, seres infortunados que abundaban pavorosamente en Nazaret y sus alrededores. Aquella región se caracterizaba por el tórrido calor de sus días y el frío intenso de sus noches, por lo que antiguamente eran muchos los que sucumbían a la neumonía, sobre todo durante la estación del año en que el viento sopla del Este. Las epidemias de disentería eran muy frecuentes, y la malaria hacía regularmente su aparición, de un modo especial en las zonas próximas al lago de Galilea y al río Jordán. Cuando la Biblia habla de personas «poseídas por un espíritu maligno», o «víctimas de altísimas fiebres», muy probablemente se refiere a personas aquejadas de malaria.

Durante el verano eran muchos los que padecían molestias en la vista, producidas por el perenne polvo que flotaba en el ambiente y los intensos rayos solares ultravioleta. También aparecen frecuentemente en la Biblia los leprosos, que se reunían en grupos, se afeitaban sus cabezas y eran obligados a vivir lejos de las ciudades y aldeas. Pero lo más lastimoso de su situación no era tanto que tuvieran que vivir en cuarentena, cuanto el modo en que la

sociedad les detestaba, porque a los leprosos se les consideraba seres impuros que habían sido castigados por Dios.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados (Lc. 6, 20).

Jesús pronunciará más tarde estas palabras al pueblo que le escucha en una colina de Galilea. Pero ¡qué diferencia entre la miserable realidad de Nazaret y esta visión del «reino de los cielos» que él proclamaba con tanta viveza!... Realmente, aún no parecía que Dios estuviera a punto de conceder a los pobres el paraíso en la tierra. Dios aún no daba la impresión de estar ofreciendo ya su consuelo a los lamentos de los enfermos. ¿Acaso Dios guardaba silencio frente al sufrimiento de aquellos seres olvidados? ¿O es que en lo más profundo de aquellos seres aparentemente abandonados se ocultaba algún misterio impenetrable?

Me resulta imposible creer que este tipo de preguntas no haya inquietado profundamente el ánimo de Jesús durante sus años de Nazaret. En cualquier página de los Evangelios podemos encontrar la imagen de un Jesús que se esfuerza por compartir todas las aflicciones de los hombres y mujeres desventurados. Una mujer había soportado durante años su enfermedad (que el Evangelio describe como un flujo de sangre), y cuando no hace más que tocar con la punta de sus temblorosos dedos el manto de Jesús, éste experimenta en sí la desgracia que ha acompañado a aquella mujer durante la mitad de su vida. Son los hombres y mujeres que lloran los que necesitan consuelo. Las palabras que a este propósito pronunció en la montaña de Galilea nos revelan

el núcleo esencial de lo que Jesús pretende de Dios. Durante sus años de carpintero en Nazaret, Jesús había ya percibido, mejor que nadie, el abismo existente entre el carácter propio de su oración y la dura realidad de la vida cotidiana. Y precisamente por haberlo percibido de ese modo, su rostro, poco a poco, parecía envejecer más que el de sus primos (o hermanos). De vez en cuando aparecía en sus ojos una mirada de agudo dolor. Aquel trabajador que recorría constantemente la ciudad de Nazaret y sus alrededores padecía una devoradora hambre interior. Su corazón adolecía de una necesidad crónica.

A orillas del lago de Galilea, no muy lejos de Nazaret, se hallaba la ciudad de Tiberíades, lugar de reposo invernal. Allí poseía una villa el rey Herodes Antipas, y todo el estilo de vida de la ciudad respondía a las exigencias de la clase adinerada.

Lo que allí prevalecía eran las costumbres romanas, totalmente ajenas a las simpatías de Jesús.

En la época histórica que ahora nos interesa, Palestina era un territorio ocupado que constituía prácticamente la frontera oriental del gran Imperio romano. Galilea, junto con una franja de terreno situada al este del río Jordán, se hallaba bajo el control del rey Herodes Antipas, cuya autoridad estaba refrendada por entonces por el emperador romano. Roma había establecido a un legado en Siria y a un gobernador en Judea, ambos con el encargo de vigilar discretamente a los tetrarcas entre los que había sido parcelado el territorio dependiente; y mientras estos reyezuelos mantuvieran su fidelidad a Roma, se les reconocía el derecho a una cierta autonomía y a mantener un pequeño ejército reclutado entre sus secuaces.

El señor de Galilea, el rey Herodes Antipas, era uno de los hijos del rey Herodes el Grande, un hombre que había imitado los modos de gobernar del mismísimo emperador, aunque con la suficiente astucia como para no encrespar el orgullo y los sentimientos religiosos de los judíos. Su hijo Antipas se las arregló para mantener su propia posición, gracias a que supo superar a su propio padre en el servilismo y la adulación al emperador romano. Así, por ejemplo, Antipas mandó reconstruir cierta ciudad de la región de Perea, a la que puso el nombre de Livia (y también Julia), en honor de la mujer del emperador romano Augusto; y cuando Tiberio subió al trono imperial para suceder a Augusto, Antipas mandó construir otra ciudad al estilo romano en la orilla occidental del lago de Galilea, a la que puso el nombre de Tiberíades.

Los habitantes de Galilea no aprobaban el entusiasmo romanizante del rey Herodes Antipas, sino que, por el contrario, contemplaban con ojos hostiles el proceso de asimilación cultural y servilismo político a que se veían sometidos. La población de Galilea tenía unos orígenes muy heterogéneos, pero sus gentes habían sido bastante homogeneizadas en virtud de su leal adhesión a la fe judía. Alimentaban su sentimiento de xenofobia y conservaban su desprecio por las costumbres y la religión de Roma, que suponían una grave amenaza para la pureza del judaísmo. De vez en cuando su resentimiento antirromano estallaba en una rebelión abierta, hasta el punto de que llegó a crearse una facción terrorista antirromana, conocida con el nombre de los «zelotes», de los que hablaré más adelante. Los gobernadores romanos que el emperador enviaba a Judea tenían siempre, pues, el temor de que se produjera una insurrección entre las muchedum-

bres de galileos que acudían en peregrinación al Templo para la fiesta religiosa de la Pascua.

El Nuevo Testamento no explicita en absoluto hasta qué punto Jesús, que creció en Nazaret, se vio afectado por este sentimiento galileo tradicional. Con todo, podemos detectar que entre Jesús y el rey Herodes Antipas, que más tarde le interrogará en Jerusalén, existe un cierto antagonismo, un rastro de esa atmósfera de hostilidad que se respira entre los auténticos galileos y cualquier individuo inficionado de los usos grecorromanos. Cuando se leen los Evangelios, se tiene, casi inevitablemente, la impresión de que, en sus andanzas por Galilea, Jesús evitaba siempre el pasar por las ciudades construidas por el rey Antipas.

El estilo de vida de la clase adinerada de Tiberíades era algo totalmente ajeno a Jesús, un simple carpintero de Nazaret. Jesús no tuvo ningún tipo de contacto social con el mundo de aquellas personas (entre las que se contaba el rey Herodes Antipas) que habían sido tan profundamente asimiladas por las costumbres y los modos de pensar grecorromanos. A este respecto tiene razón Bornkamm cuando dice que «en el pensamiento de Jesús no podemos descubrir la más mínima influencia de la concepción helénica de la vida».

Pero el resentimiento popular que anidaba en Galilea no apuntaba exclusivamente al rey Herodes y a las clases adineradas, sino que muchos galileos se sentían igualmente disgustados con la casta sacerdotal de Jerusalén, que conservaba su privilegiada posición única y exclusivamente por causa de sus compromisos con el Imperio romano. El pueblo sospechaba que tales sacerdotes significaban una contaminación para la pureza de la religión

judaica. Más adelante trataré de determinar hasta qué punto llegaron a integrarse en la persona de Jesús todos estos sentimientos de los galileos.

Desde su más tierna infancia, los galileos, al igual que los demás judíos, estaban acostumbrados a escuchar de boca de sus mayores la lectura de ese criterio fundamental de la vida y la mentalidad judías que es la Tora, es decir, la Ley. Cuando los niños se hacían jóvenes, unían sus voces a las de los adultos para recitar en las sinagogas judías los libros proféticos y los salmos. Durante sus años en Nazaret, Jesús siguió el estilo de vida de la clase de gente a la que pertenecía. A su lado experimentó plenamente el fétido sudor, la miseria y la penuria de la clase trabajadora, y a su lado también leyó los diversos libros del Antiguo Testamento.

En suma: por lo que atañe a su apariencia externa, Jesús no era más que un joven carpintero que no desempeñaba ningún papel especial en la ciudad de Nazaret. Su mismo nombre no se salía de lo ordinario, y su vida seguía un curso totalmente rutinario que no le diferenciaba de los demás. Lo único que le distinguía era su rostro, un rostro que aparentaba una edad superior a la real, y su mirada, en la que a veces se revelaba la sombra de un intenso dolor, aunque de un modo tan singular que nadie intuía lo que tan profundamente se ocultaba en su corazón...

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio, emperador de Roma, apareció en el desierto de Judea, en aquella inhóspita desolación que se extiende al sur de la ciudad santa de Jerusalén, la llameante figura de un profeta vestido con una piel de camello y ceñido con un cinturón de cuero. La historia le conoce como Juan el Bautista. La tradición dice que Juan nació en Ain Karim, a siete kilóme-

tros al suroeste de Jerusalén, que pertenecía a la casta sacerdotal de la tribu de Leví y que, al llegar a la adolescencia, se retiró al desierto.

Desde tiempo inmemorial los judíos habían estado esperando la aparición del profeta. En su sentido primigenio, el «profeta» era una persona a la que había sido confiada la palabra de Dios, no una persona que predijera el futuro.

Resulta difícil para el lector moderno captar en su totalidad el sentimiento religioso que imperaba en aquellos días. El pueblo judío llevaba muchísimo tiempo asistiendo impotente a la dominación extranjera de su país natal, y su humillación había engendrado en ellos un acérrimo orgullo étnico. Dentro de todas sus adversidades y frustraciones nacionales, ni por un momento se apartaron de la fe en Yahvé, su divinidad propia y característica, conservando al mismo tiempo un profundo sentimiento de esperanza en el Mesías (Salvador) que el mismo Yahvé habría de enviarles.

El territorio nacional, que nunca había sido demasiado extenso, había estado sometido durante más de quinientos años: primero a Persia, después a Grecia, luego, y sucesivamente, a los egipcios, los partos y los sirios y, por último, a Roma. Bajo todas estas hegemonías extranjeras, bajo estas diferentes formas de opresión, la nación judía se había negado tenazmente a ceder ni un solo ápice en dos puntos esenciales. Uno de ellos era su religión, la fe en su Dios Yahvé. El otro, su confianza casi absoluta en que, a su debido tiempo, Yahvé habría de enviarles un Mesías nacional, a imagen y semejanza del rey David de antaño, un Salvador que habría de devolverles el territorio y el honor nacional de Judá. Su fe monoteísta en Yahvé se

había visto continuamente sometida a la amenaza de las naciones vecinas y a las religiones politeístas de sus conquistadores, pero en todas y cada una de las crisis consiguieron preservar su fe gracias a aquellos profetas que se habían atrevido a desafiar a las religiones extranjeras, y gracias también a aquel sector de la nación que había obedecido a los profetas. Como ya he indicado, el título de «profeta» se refiere a una persona a la que ha sido confiada la palabra del Señor Dios (Yahvé), y este es el sentido en que dicho título vino a ser aplicado a cualquier líder capaz de advertir celosamente a los judíos en aquellas ocasiones en que estuvieran en peligro de dejarse corromper por las religiones y la moralidad de los extranjeros.

Los profetas interpretaban la ira de Dios y su venganza, y urgían vehementemente al pueblo a arrepentirse; la consecuencia lógica era que los profetas mismos se veían inevitablemente perseguidos por el poder establecido en cada ocasión. Los profetas proclamaban que el honor y la gloria nacionales de los judíos iban a ser restaurados, que el «reino de Dios» estaba a punto de llegar. Pero, en realidad, el reino de Dios no se había materializado, y durante más de quinientos años los judíos tuvieron que ver cómo su país seguía sometido al poder de los bárbaros gentiles. A pesar de todo, las dolorosas esperanzas y aspiraciones de la nación se habían conservado hasta los tiempos de Jesús. Una apasionada lamentación de los salmos expresa claramente este sentimiento judío:

¿Dónde están tus primeros amores, oh Señor, que juraste a David por tu fidelidad?

Acuérdate, Señor, del ultraje de tu siervo: llevo en mi seno todos los insultos de los pueblos.

(Sal. 89)

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio, de pronto comenzó a extenderse el rumor de que en el desierto de Judea, junto a la parte inferior del río Jordán, cerca del Mar Muerto, había aparecido al fin el profeta tanto tiempo esperado (Juan). Al oír el rumor, la gente tuvo que recordar instintivamente un determinado texto muy conocido del libro de Isaías:

Una voz ha clamado en el desierto: «Preparad el camino del Señor, trazad una calzada recta para nuestro Dios...»

(Is. 40, 3)

Juan había aparecido en el desierto, tal como afirmaba el texto, y el tono de su predicación era del siguiente tenor:

«Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?... Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.»

(Lc. 3, 7-9)

La voz de Juan clamaba que el reino prometido de Dios estaba cercano; era preciso, pues, arrepentirse. Su mensaje llegó hasta Jerusalén, naturalmente, pero también hasta las más remotas ciudades y aldeas de la rústica Galilea, incluida la ciudad de Nazaret. El clamor de Juan poseía un indudable atractivo para los galileos, con su inmovible fe en la religión judía y su odio hacia los invasores extranjeros. Ellos habían asistido a las infiltraciones de la ética y la religión romanas en su propio mundo tan particularista. En ciudades como Tiberíades y Julia se habían levantado santuarios paganos y otros edificios de estilo romano, y su propio soberano, Herodes Antipas, seguía obsequiosamente las nuevas modas. Incluso la casta sacerdotal que estaba encargada del Templo de la ciudad santa

de Jerusalén se hallaba en connivencia con Roma. El honor de la nación estaba amenazado desde dentro, y su religión comenzaba a corromperse en su mismo centro. Estos eran los sentimientos del pueblo sencillo de Galilea en su existencia cotidiana. Por eso la advertencia de Juan el Bautista atrajo sus corazones como un imán.

Entre los que se desplazaban al desierto de Judea para escuchar el mensaje del profeta, se encontraban algunos pescadores del lago de Galilea. Habían oído decir que Juan realizaba un rito especial llamado bautismo, y que lo administraba a la gente que se agolpaba a orillas del río Jordán.

Probablemente sería en torno al mes de enero del año 28 del calendario occidental cuando Jesús de Nazaret se decidió a dejar a su familia y su trabajo para unirse a la comunidad religiosa de Juan. No sabemos cuál era entonces la edad exacta de Jesús. Lucas (3, 23), en realidad, afirma que «Jesús... tenía unos treinta años», pero el evangelista puede haber empleado intencionadamente estas palabras porque, para los judíos de la antigüedad, los treinta años eran considerados como la edad ideal. Por otra parte, se trata de una expresión que se emplea con mucha frecuencia en el Antiguo Testamento: «David tenía treinta años cuando fue elegido rey»; «Ezequiel tenía treinta años cuando sintió la vocación profética». Por mi parte, pienso que Jesús debía de haber cumplido ya los treinta años cuando abandonó Nazaret.

Los Evangelios no dicen (al menos directamente) hasta qué punto, en el momento de abandonar su hogar, Jesús pudo haber sido ya consciente de la misión que le aguardaba; con todo, lo cierto es que Jesús se sintió interiormente movido a abandonar la vida de Nazaret cuan-



do detectó en la voz de Juan el Bautista algo que apelaba a los sentimientos de su corazón. Jesús tenía sus propias ideas en lo concerniente a las deficiencias de la religión judía, tal como era administrada por los sacerdotes y los fariseos de Jerusalén. Fue, sin duda, su insatisfacción espiritual lo que le decidió a dejar a su madre y a su numerosa familia. Lo que no es tan seguro, sin embargo, es que su decisión contara con la entusiasta aprobación de sus familiares, especialmente de sus primos. En la apretada situación en que se hallaba su numerosa familia, no era fácil para ellos prescindir de la ayuda que podía significar Jesús, precisamente en el momento en que éste se hallaba en el apogeo de sus años productivos. Su madre, María, o en cualquier caso sus primos Santiago y José, Simón, Judas y los demás no siempre congeniaron totalmente con él. ¿Arrancaba de aquí, tal vez, su incapacidad para comprender a Jesús? Tampoco ellos, sus parientes más allegados, fueron capaces de entender lo que se escondía tras aquella sombra de dolor que de vez en cuando asomaba a los ojos de Jesús. Marcos (3, 21) y Juan (7, 5) refieren explícitamente cómo, durante mucho tiempo, sus parientes sintieron hacia él poca consideración. Desde su punto de vista, aquella sombra tal vez no revelaba más que la irresponsabilidad que le había llevado a separarse del mundo de la realidad, haciéndole abandonar la vida suficientemente estable de Nazaret para aventurarse en la desolación del desierto de Judea.

## II

### JUNTO AL MAR MUERTO

**E**N nuestros días pueden contemplarse los campos cultivados y las huertas de los *kibbutzim* que ocupan el territorio cercano al río Jordán, por el que Jesús, el carpintero de Nazaret, transitó solitario en el mes de enero del año 28, resuelto a escuchar la predicación de Juan el Bautista. Sin embargo, aun hoy día, allí donde, de pronto, acaba la tierra cultivada, se entra en una región inhóspita y misteriosa. A medida que el automóvil avanza, inmerso en aquella cegadora claridad, lo único que descubre la mirada es una interminable serie de colinas hemisféricas, una inmensa extensión de tierra áspera y reseca. Este árido valle del Jordán se prolonga hasta llegar a Jericó, una de las más antiguas ciudades del mundo. Jericó es un oasis de manantiales y palmeras en medio del calcinado desierto de Judea, que no es más que una enorme zona de pedregosas montañas de color ocre, sin un solo árbol, ni la más mínima brizna de hierba.

Por ese solitario valle avanzaba hacia el Sur la solitaria figura de Jesús, el carpintero. Caminaba totalmente solo. Sabía muy bien cómo era el desierto de Judea en el que había decidido vivir. Aquel lugar podía ser perfectamente considerado como el fin del mundo. Las desnudas montañas se perfilaban sobre el horizonte como otras tantas enormes calaveras erosionadas por la herrumbre. El desierto se extendía hasta el Mar Muerto sin la más mínima presencia de vida, a no ser los escasos arbustos o espinos diseminados aquí y allá. El mismo Mar Muerto, en el que no vive un solo pez, yace envuelto en un silencio eterno, mientras su superficie sin vida refleja la imagen de las desnudas montañas de Moab, entre las cuales la acción de los elementos ha ido moldeando aquellos escarpados riscos que se alzan sobre los secos torrentes conocidos como *wadi*.

Un espantoso calor hace insoportable el lugar en verano. Por la noche el silencio lo invade todo, y ninguna criatura da señales de vida mientras los riscos y los desfiladeros yacen inmersos en aquella oscuridad impenetrable.

Para los judíos, este desierto de Judea era un espantoso y terrorífico lugar, pero era también un lugar apropiado para pensar en Dios, un lugar para la soledad y la meditación. Además, el desierto servía de escondrijo a los forajidos y, con el tiempo, se convirtió en reducto militar para los revolucionarios. Los leales miembros de la secta de los esenios levantaron allí un monasterio en el que, durante muchos años, practicaron su rigurosa vida ascética, lejos de la opresión del *establishment* religioso que tenía a su cargo el Templo de Jerusalén. Algunos años después de la muerte de Jesús, cuando la nación judía se rebeló contra el yugo romano, este desierto se convirtió en el último bastión militar de la nación. Además, de acuerdo

con ciertos pasajes proféticos de la Biblia, imperaba la idea de que habría de llegar un día en el que de aquel mismo desierto surgiría un profeta que diese la voz de alerta a la nación.

Es de suponer que, después de tres días de marcha, llegaría Jesús a la ciudad de Jericó (tal vez el lugar más bajo sobre la faz de la tierra, con sus 256 metros bajo el nivel del mar), la ciudad a la que, hace 3.200 años, llegaron los judíos en su búsqueda del país de Canaán tras su éxodo de Egipto. Según el libro de Josué, los judíos atacaron la ciudad y exterminaron brutalmente a sus habitantes, pasando a todos por las armas sin distinción entre jóvenes y viejos, hombres y mujeres. Después los judíos reconstruyeron la ciudad y se establecieron en ella, porque el lugar poseía manantiales y palmeras, en contraste con el inhóspito desierto de Judea que acababan de dejar a sus espaldas.

Lo más probable es que Jesús entrara en Jericó, desde donde pudo ver con sus propios ojos la inmensa muchedumbre que, no muy lejos de la ciudad, se agolpaba a las orillas del Jordán, donde todos esperaban ser bautizados por el profeta, y adonde el mismo Jesús acabaría acudiendo para contemplar la austera figura de Juan y escuchar sus palabras. Después, también Jesús sería bautizado de manos del profeta.

Este rito especial llamado bautismo no era un rito preestablecido en lo que podríamos considerar como la corriente principal del judaísmo (al menos, no entre los saduceos, que procedían de la clase social de la nobleza sacerdotal, ni entre los fariseos, cuyas raíces eran bastante más plebeyas). Los únicos que realmente practicaban el bautismo, sobre todo como su propia y peculiar forma de

iniciación, eran los seguidores de la secta de los esenios, aquel grupo que llevaba una vida eremítica allí mismo, en el desierto de Judea, después de haber sido ahuyentado y marginado por las sectas dominantes.

Pero ¿quiénes eran exactamente los esenios? El Nuevo Testamento no hace mención alguna de este sector del judaísmo. Como ya he dicho, los esenios eran un grupo exclusivista, opuesto a los saduceos y fariseos, sectas estas últimas que, a su vez, se dedicaban por completo a proteger sus propios intereses creados, tanto en el Templo como en una asamblea deliberativa de gobierno llamada Sanedrín. Los esenios, marginados por el *establishment*, proseguían allí su vida de oración y severa mortificación, en aquel último rincón de la tierra, a orillas del Mar Muerto, donde aguardaban ansiosos la venida de su Mesías Salvador.

Por la razón que sea, el Nuevo Testamento no dedica una sola línea a la secta de los esenios, pero gracias a Josefo, el historiador judío de la época romana, todas las generaciones subsiguientes tuvieron conocimiento de su existencia.

En la costa occidental del Mar Muerto... habita la secta de los esenios. Debido a su forzada marginación, son las personas más extrañas del mundo. No tienen mujeres, no poseen dinero y su principal alimento son los dátiles.

El detallado conocimiento que actualmente poseemos de los esenios se debe al fantástico descubrimiento de los manuscritos del Mar Muerto, ocurrido en 1947. Aquel año, un joven pastor perteneciente a una tribu de beduinos de aquella zona, mientras buscaba una oveja que se había separado del rebaño, descubrió casualmente una cueva en uno de los roquedales del desierto de Judea, muy cerca del Mar Muerto. Por pura casualidad, el muchacho tropezó

con unas cerámicas, en cuyo interior descubrió una serie de manuscritos realizados por los esenios. En las excavaciones arqueológicas que se hicieron a continuación, se descubrieron muy cerca de allí las ruinas de un «monasterio» o centro comunitario. El lugar se conoce actualmente como monasterio de Qumrán. De aquellos descubrimientos procede todo cuanto ahora sabemos acerca de la secta de los esenios, de su modo de vida, de su estructura organizativa y de las enseñanzas religiosas que se impartían en la comunidad de Qumrán.

Los investigadores comenzaron en seguida a especular acerca de la posible conexión entre los esenios y la comunidad religiosa de Juan, el hombre de cuyas manos había recibido Jesús el bautismo. Los expertos pusieron de manifiesto una serie de puntos que, según ellos, eran comunes a Juan el Bautista y a la comunidad esenia de Qumrán: el mismo campo geográfico de actividad, el mismo misticismo del desierto, el mismo ascetismo, las mismas predicciones acerca del juicio de Dios, y especialmente (y por pura conjetura) la hipótesis de que Juan hubiera tomado de los esenios la práctica del rito del bautismo, dado que la comunidad de Qumrán hacía uso del bautismo como rito de iniciación. Naturalmente, tal vez sea excesivo deducir de estas consideraciones que Juan el Bautista fuera, con toda seguridad, miembro de la secta de los esenios. Sin embargo, no puede negarse la presencia de un fuerte componente esenio en el carácter de Juan.

Posteriormente, los expertos establecieron la hipótesis de una conexión entre los esenios y el mismo Jesús. Entre los manuscritos del Mar Muerto hay una serie de textos relativos a la figura de un dirigente de la comunidad de Qumrán conocido como el Maestro de Justicia. Dicho Maestro de Justicia había sido a la vez fundador

y jefe de la comunidad, y fue perseguido y condenado a muerte por las autoridades religiosas judías. A su perseguidor más caracterizado se le designa con el nombre de León de la Ira, y los manuscritos siguen después relatando cómo el Maestro de Justicia fue condenado a morir en la cruz por aquel sacerdote conocido como el León de la Ira. Todo ello, como se ve, trae a la memoria la figura de Jesús. Incluso se afirma que los seguidores de Qumrán desarrollaron la idea de que su fundador (otra coincidencia con Jesús) habría resucitado de entre los muertos. (De hecho, hay expertos que niegan esta teoría de la ejecución del fundador y su posterior resurrección.) Sin embargo, dado el sorprendente paralelismo entre ambas historias, algunos estudiosos del tema, como Dupont-Sommer, no dudan en atreverse a proclamar que el Maestro de Justicia y Cristo son una sola y misma persona.

Pero existen otros puntos de semejanza entre esta concreta comunidad religiosa y la primitiva comunidad cristiana. En primer lugar, la comunidad de Qumrán se refería a sí misma como «los pobres», y también como «la Nueva Alianza», denominaciones idénticas a las que empleaba la primera comunidad cristiana para referirse a sí misma. En segundo lugar, ambas comunidades se asemejaban por el hecho de haber promulgado un sistema de vida común en el que los miembros entregaban todo cuanto poseían al grupo como tal. Sin embargo, en la comunidad de Qumrán la propiedad común de todo tipo de bienes era obligatoria, mientras que en la primitiva Iglesia cristiana la donación era siempre de carácter puramente voluntario. En tercer lugar, ambos grupos hicieron del bautismo el distintivo de pertenencia de sus miembros, aunque el bautismo de la comunidad de Qumrán habría

que entenderlo como una simple ablución ritual sin ningún significado esencial del nacimiento a una nueva vida, que es precisamente lo que significa el bautismo en el cristianismo. En otras palabras: la costumbre esenia de la repetición anual del bautismo es contraria a la práctica cristiana de recibir el bautismo una sola vez para toda la vida. (Hemos de añadir que también hay algunos expertos que defienden la teoría de que Jesús y sus discípulos celebraban la Pascua y otras festividades religiosas según el calendario seguido por la comunidad de Qumrán.)

Naturalmente, hoy día no compartimos las especulaciones de quienes se han atrevido a identificar a Jesús con el jefe de la comunidad de Qumrán (el Maestro de Justicia), ni tampoco afirmamos que el grupo de Jesús pueda, en modo alguno, ser identificado con dicha comunidad. Sin embargo, no deja de ser lógico que, al leer ahora la traducción de los manuscritos del Mar Muerto, surjan espontáneamente las siguientes preguntas: ¿Tuvo Jesús, en la época de la que estamos hablando, algún contacto directo de cualquier tipo con la comunidad de Qumrán que habitaba en el desierto de Judea? Y, en el supuesto de que hubiera tenido algún contacto personal con los esenios, ¿por qué la Biblia evita mencionarlo en absoluto?

Sea como sea, ¿encontró Jesús, en su andadura por el desierto, algo capaz de aliviar la sequedad de corazón y saciar la inanición espiritual que le atormentaban en Nazaret? Según podemos deducir de los Evangelios, en febrero del año 28 Jesús fue bautizado por Juan en el río Jordán. Pero el bautismo practicado por los seguidores de Juan no era un mero rito externo de iniciación en una comunidad, al estilo del que se practicaba en Qumrán. El bautismo de Juan era un acto de penitencia que simbolizaba la purificación del alma, en conformidad con las palabras del libro

veterotestamentario de Ezequiel: «Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos os purificaré.»

Una vez recibido el bautismo, Jesús siguió durante algún tiempo viviendo con el grupo del Bautista, como hacían otros muchos.

Ni una sola vez pretendió el profeta Juan ser el Salvador, el Mesías que algunas personas pensaban que era. Juan siempre afirmó: «Yo no soy el Mesías... Yo soy "voz que clama en el desierto: rectificad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías... Pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de la sandalia» (Jn. 1, 20-27). A lo largo de todo el período veterotestamentario, el pueblo había seguido fiel a la leyenda de que, antes de que apareciera el Mesías, habría de llegar un precursor. Sin duda alguna, Juan había escogido este papel de precursor.

Durante el resto de su vida, Jesús conservó un sentimiento de cariñoso respeto por aquel fogoso profeta que se cubría con una piel de camello. La *Vie de Jésus*, de Renan, es un libro que está hoy superado, pero Renan tenía razón al afirmar que «Jesús, a pesar de su profunda originalidad, se sometió a las enseñanzas de Juan, al menos durante algunas semanas». Mientras Jesús permaneció en aquel grupo, apenas si trató de hacerse valer o darse a conocer, pues estaba contento con pasar inadvertido a la sombra del profeta. Más adelante emplearía determinadas formas de expresión literalmente tomadas de Juan, como puede comprobarse si se compara Mt. 3, 7 con Mt. 12, 34 y 23, 33. Tal vez esto podría bastar para explicar por qué algunos discípulos de Juan, una vez que

Jesús comenzó su propia actividad de predicación, parecieron considerar al nuevo movimiento como una simple facción del suyo propio. Conscientes de que Jesús había sido el discípulo favorito de su maestro, durante mucho tiempo le consideraron como uno de los suyos. Con el tiempo, sin embargo, esta actitud abocó a un cierto clima de discordia entre ellos y el grupo que se formó en torno a Jesús.

Mientras Jesús permaneció en el grupo de Juan el Bautista, apenas si llamó la atención. Pero su falta de protagonismo no significa que estuviera de acuerdo con todos y cada uno de los aspectos de la comunidad de Juan. En mi opinión, la sombra de tristeza que aparecía en su mirada no se desvaneció durante el tiempo que permaneció dócilmente entre los discípulos de Juan.

Sin embargo, Jesús compartía totalmente las invectivas de Juan el Bautista contra las autoridades religiosas judías, los saduceos y fariseos que, en la ciudad santa de Jerusalén, controlaban el Templo y el Sanedrín. Los saduceos, pertenecientes a la aristocracia sacerdotal, explotaban abiertamente los privilegios inherentes a la administración del Templo, y habían perdido todo contacto con el pueblo sencillo por su obstinado apego al ejercicio de unas funciones religiosas que sólo les correspondían por razones hereditarias. Por aquel entonces, si conservaban su privilegiada posición, se debía únicamente a que habían llegado a un compromiso con el gobernador romano de Judea.

Los fariseos, por el contrario, se hallaban en una relación mucho más estrecha con el pueblo sencillo, aunque tenían una fuerte tendencia a enredarse en una estéril casuística tocante a la interpretación de la Tora.

No es de extrañar que la voz de Juan el Bautista, en su denuncia de la clase dirigente judía, bastara para ganarse las simpatías de Jesús, que no en vano había crecido en Galilea. Pero la imagen del Dios de Juan era una imagen paterna, aunque era también la imagen de la ira, el juicio y el castigo. Era la imagen de la deidad inexorable e hiper-crítica que aparece en muchas ocasiones en el Antiguo Testamento: una deidad capaz de destruir ciudades enteras por su desobediencia, o de encolerizarse terriblemente por los pecados de su pueblo, al igual que un padre despótico que castiga sin misericordia la perfidia de todos los seres humanos. Juan el Bautista, con su piel de camello ceñida por una correa de cuero, anticipaba la ira de ese Dios tan severo: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, dignos frutos de conversión» (Lc. 3, 7-8). Ese era el Dios del Antiguo Testamento, un Dios airado y castigador, contra el telón de fondo del fin del mundo y el juicio universal.

Pero ¿es esta la verdadera imagen de Dios? Tal vez Jesús se hizo esta misma pregunta mientras estuvo con el grupo de Juan el Bautista. Conocía por propia experiencia cómo era la vida de la gente sencilla en la pobreza y la sordidez de su pequeña ciudad de Nazaret. Había experimentado el acre olor del sudor que cuesta ganarse el pan de cada día. Era perfectamente consciente de la debilidad de los seres humanos atrapados en la pesada rutina de la vida. Había visto con sus propios ojos el dolor de los enfermos y los tullidos. Y de algún modo intuía, al contrario que los sacerdotes y los doctores de la Ley, que lo que aquel pueblo oprimido necesitaba era algo más reconfortante que un Dios de la ira, el juicio y el castigo.

Lo más probable es que su imagen de Dios no hubiera adquirido aún unos perfiles definidos. Pero durante las

serenas noches en el desierto de Judea, mientras contemplaba el esplendoroso firmamento estrellado, pudo sentir cómo, de lo más profundo de su espíritu, brotaba una imagen de Dios que difería notablemente de la imagen que presentaba Juan.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

Su corazón era como un seno materno en el que se estaba gestando una imagen de Dios mucho más semejante a la de una madre afectuosa; la imagen de Dios que más tarde habría de revelar al pueblo sobre una montaña cercana al lago de Galilea.

Pero, de momento, Jesús no dijo nada al respecto. Se limitó a guardar silencio y, siguiendo la costumbre de la comunidad de Juan, se retiró durante cuarenta días a las colinas próximas al río Jordán, donde se entregó a una vida de oración y ayuno. Y aquí es donde entra el relato neotestamentario que nos refiere cómo Jesús rechazó las tentaciones del maligno. «A continuación, el Espíritu le empujó al desierto, donde permaneció durante cuarenta días y fue tentado por Satanás...» (Mc. 1, 12-13).

Hoy día puede verse un promontorio de formación caliza, llamado el *Monte de la Cuarentena*, que la tradición oral ha identificado como el lugar de las tentaciones. En palabras de Daniel-Rops: «El desierto de Judea es uno de los lugares más desolados del mundo, donde únicamente planean las águilas y se escucha el sarcástico aullido de las hienas. Un lugar desprovisto del menor rastro de vida humana, un desolador escenario en el que no hay nada que pueda causar deleite alguno al corazón.»

Quienquiera que visite el lugar descubrirá inmediatamente el punto exacto al que nos referimos. Se encuentra a no mucha distancia del monasterio esenio de Qumrán que ha sido excavado. El visitante, además, se sentirá fácilmente de acuerdo con las palabras del padre Jean Daniélou: «Mateo escribe que Jesús fue impulsado por el Espíritu al desierto con el fin de ser tentado. Pero hemos comprobado que la palabra “desierto”... podría designar el lugar de retiro de los esenios. Además, el punto exacto en que la tradición sitúa las tentaciones está en el mismo roquedal, ligeramente al norte de Qumrán, donde fueron descubiertos los manuscritos.»

Si la hipótesis de Daniélou es correcta, podemos determinar que el lugar del desierto en que Jesús llevó a cabo su voluntario retiro no es otro que el lugar en que se alzaba el monasterio esenio de Qumrán. Entonces podemos seguir especulando en el sentido de que el relato bíblico de las tentaciones de Jesús se formó esencialmente a partir de algún hecho ocurrido en dicho monasterio de Qumrán.

Repitamos que los autores bíblicos ni siquiera mencionan la existencia de los esenios ni, por supuesto, la de la comunidad de Qumrán. Esto podría deberse a que los autores de los Evangelios decidieran prudentemente omitir toda alusión al respecto porque, durante la guerra judía que estalló poco después de la muerte de Jesús, aquel mismo monasterio de Qumrán se había utilizado como lugar de refugio por parte de los activistas antirromanos pertenecientes al partido de los zelotes.

Recordemos también que la comunidad de Qumrán, vinculada al movimiento esenio, era una sociedad secreta que había sido expulsada de la ciudad santa de Jerusalén

y excluida de los cauces ortodoxos de la religión judía. Los esenios que vivían en aquel monasterio consideraban que los dirigentes de Jerusalén habían traicionado la verdadera esencia del judaísmo en virtud de su compromiso con Roma. Los miembros de la comunidad de Qumrán se resignaban por entonces a permanecer ocultos, aunque todos ellos soñaban con el día en que, con la ayuda de Dios, habrían de regresar a Jerusalén, donde llevarían a cabo la restauración del verdadero judaísmo. Por todo ello habían alimentado unas esperanzas sumamente emotivas en su propio mesianismo.

Los manuscritos del Mar Muerto, descubiertos en 1947, incluyen dos manuscritos conocidos como *El pergamino de la guerra* y *El pergamino de la guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas*, en los que se pone de manifiesto cómo la secta aguardaba anhelante el día en que habrían de alcanzar por las armas su derecho a regir la nación judía, esperando después someter al mundo entero al judaísmo. Aunque los miembros de Qumrán fueran personalmente pacifistas, aspiraban en el fondo, sin embargo, a poder hacer realidad un «reino de Dios» en la tierra.

Si hemos de basar nuestra opinión en lo que podemos leer en los manuscritos del Mar Muerto, los esenios se hallaban radicalmente opuestos al modo de pensar de Jesús. En primer lugar, el salvador mesiánico de la secta de Qumrán había de ser un líder terreno; en segundo lugar, no pensaban en absoluto en la salvación de los pecadores, que es un aspecto central del pensamiento de Jesús, y en tercer lugar, si bien los manuscritos hablan efectivamente del amor fraternal a los otros miembros de la secta, no dicen una palabra del amor a quienes no forman parte de su minúsculo grupo, en abierto contraste con una idea que Jesús jamás dejó de inculcar.

Evidentemente, existen algunas coincidencias superficiales entre el sistema de pensamiento de los miembros del monasterio de Qumrán y el de los miembros de la posterior Iglesia cristiana primitiva. Pero ¿qué significa este mutuo desacuerdo en cosas tan esenciales?

Personalmente, pienso que, mientras Jesús hacía sus «ejercicios espirituales» en soledad, no muy lejos del monasterio de Qumrán, los monjes debieron de ponerle en una situación de conflicto ideológico. Puede que hasta intentaran captarle para entrar a formar parte del grupo de Qumrán. Tal vez aquel joven de mirada dolorida atrajera la atención personal del superior religioso y de sus principales colaboradores.

Si leemos el relato bíblico, la atención que el demonio proponía a Jesús en el desierto se reducía a lo siguiente: «Busca la salvación terrena para el pueblo y, en recompensa, prometo darte todo el poder de la tierra.» Lo cual, expresado con otras palabras, era precisamente lo que los esenios del monasterio de Qumrán buscaban para su propio futuro.

En aquel instante comenzó el antagonismo espiritual entre Jesús y la comunidad de Qumrán. La imagen de Jesús negándose con gestos decididos a los halagos de la comunidad de Qumrán, se trasluce expresivamente en la escena bíblica de las tentaciones del mismo Jesús por parte del diablo. Los dirigentes del monasterio le instaban: «Si eres el hijo de Dios...» Y todo el pasaje nos revela cómo realmente creían que un reino terrenal («el pan») era mucho más práctico que hablar de cualquier otro tipo de salvación («las piedras»). Y entonces desvelarían para Jesús, por primera vez, su verdadero y último interés: «Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos.» Este era el

sueño que acariciaban en Qumrán, el sueño de un poder y una gloria que les pertenecería cuando consiguieran arrebatar a los fariseos y saduceos el control del Templo de Jerusalén. Y estos fueron los halagos ante los que Jesús movió decididamente la cabeza en señal de negativa. Se dio cuenta de que era incapaz de coincidir con el modo de pensar de ellos.

Así fue la primera y difícil prueba de Jesús. Pero, gracias a esta experiencia, llegó paulatinamente a descubrir qué era lo que andaba buscando y a hacerse, consiguientemente, más consciente de su propia identidad. Al rechazar aquello que se le ofrecía, caía en la cuenta de cuál era el camino que había de seguir.

Una vez concluidos los cuarenta días de oración y ayuno, y cuando partía del monasterio de Qumrán para regresar a la ribera del Jordán y a su relación con el Bautista, el aspecto externo de Jesús apenas delataba señal alguna de cambio, pero en su interior se había producido una transformación definitiva.

Jesús había comprendido qué era lo que echaba en falta en el desierto de Judea y en los hombres que a dicho lugar acudían. El desierto de Judea no era sino una oscura tierra baldía, cuya única vida la constituían los escasos arbustos y espinos diseminados aquí y allá; sus áridas colinas se destacaban en el horizonte como otras tantas calaveras humanas; la superficie del Mar Muerto se mantenía inmóvil. Lo que el desierto no daba a los hombres que en él vivían era la ternura. Lo que faltaba en el desierto era amor. Tanto el grupo de Qumrán como el grupo de Juan predicaban el arrepentimiento y la ira de Dios, pero no decían una palabra acerca del amor. Contemplando el macabro Mar Muerto y el desierto de Judea, Jesús recor-



daba sin duda el encanto de la primavera de Galilea. Y recordaba también, con toda seguridad, las pésimas condiciones de vida de las gentes que en la misma Galilea había conocido. Y se preguntaba a sí mismo si Dios existía únicamente para enojarse y castigar a unos seres tan desdichados. ¿Acaso la misma naturaleza de Dios no consiste en derramar su amor sobre esas gentes tan dignas de compasión? El inhóspito Mar Muerto y las áridas montañas sólo podían ofrecer a la comunidad de Qumrán y al grupo de Juan la imagen de una deidad ultrajada e inspiradora de temor. Pero Jesús adoptó el punto de vista contrario, reivindicando la imagen del Dios del amor, capaz de experimentar en sí mismo los padecimientos de la humanidad.

Sin embargo, Jesús por el momento no dijo a nadie una palabra acerca de lo que pensaba. Hay un texto del Evangelio de Juan que revela, mejor que cualquier otro texto de los Evangelios Sinópticos, el porqué de su actitud: «Jesús, por su parte, no se fiaba de ellos» (Jn. 2, 34), ni siquiera de los seguidores del Bautista.

# III

## LOS PELIGROSOS COMIENZOS

**M**IENTRAS tanto, en Jerusalén, el *establishment* del judaísmo tenía buenas razones para no cerrar los ojos ante las extraordinarias actividades que estaban desarrollándose en el desierto de Judea. Cuando los saduceos y los fariseos, los sacerdotes y escribas, se percataron de que el movimiento bautismal de Juan estaba ganándose al pueblo, se sintieron aterrorizados y llegaron a la conclusión de que no podía ignorarse por más tiempo su importancia. Lo que más temían era la posibilidad amenazante de que estallara en Judea una peligrosa rebelión antirromana. Si se produjera un levantamiento sedicioso, entonces el gobernador de Judea, Pilato, lo reprimiría inmediatamente, pero al mismo tiempo, y con objeto de determinar las responsabilidades, podría perfectamente revocar los derechos que le habían sido concedidos al Sanedrín judío, derechos que Roma había reconocido exclusivamente en favor de los fariseos y los

saduceos. Y esto, más que ninguna otra cosa, era precisamente lo que les alarmaba.

Sus temores no carecían de fundamento. El sentimiento antirromano se identificaba con el espíritu judío de independencia, pero es que, además, ese sentimiento casaba muy fácilmente con el fervor religioso de las masas agrupadas en torno a Juan el Bautista. Aunque pienso tratar más adelante este punto, conviene anticipar que, entre las personas que se unían al grupo de Juan, había un cierto número de fanáticos pertenecientes al partido de los zelotes, facción que se había originado en Galilea y que, en el caso de que se produjera algún trastorno, podría hacer que el movimiento del Bautista degenerara en una rebelión popular contra Roma. (Hay algunos biblistas para quienes la secta de Juan era una organización de carácter cuasimilitar, cuyo objetivo consistía en la lucha contra Roma, aunque yo, personalmente, no lo afirmaría con tanta seguridad.)

El *establishment* no tardó en constituir una comisión encargada de investigar a Juan, el cual se hallaba por entonces desempeñando su ministerio en Betania, al otro lado del Jordán; y allí fue donde por primera vez entraron en contacto con él. Sus preguntas trataban de descubrir si Juan el Bautista no estaría arrogándose una representatividad que no le correspondía. Si Juan se presentaba como el Mesías, entonces convocarían con urgencia una reunión del Sanedrín para llamarle al orden.

Frente a esta inquisición, el Bautista insistió hábilmente en que él no era el Mesías. El Evangelio de Juan recoge lo esencial de esta investigación en la que los inquisidores le preguntan sin disimulos con qué autoridad se dedica a bautizar a la gente y qué es lo que le califica para

desempeñar semejante tarea. Pero Juan no dejaba de decir que él no era más que un precursor del Mesías, con lo que acabó evitando el verse envuelto en serios problemas.

El informe que los investigadores presentaron, de vuelta en Jerusalén, para conocimiento del Sumo Sacerdote, incluía el nombre de Jesús. Para entonces, Jesús había atraído ya la atención de todos cuantos rodeaban a Juan, porque, evidentemente, era el discípulo preferido del Bautista. En consecuencia, desde aquel momento los saduceos y el Sanedrín ampliaron el campo de sus pesquisas y decidieron no perder de vista los movimientos de Jesús.

Mientras tanto, las masas que se agolpaban en torno a Juan el Bautista incluían a un cierto número de galileos procedentes de la misma comarca de Jesús. Eran creyentes incondicionales en el judaísmo y resueltos hasta la terquedad. Plenamente conscientes de su propia identidad étnica, sus ideas políticas se hallaban profundamente impregnadas del odio a Roma. Algunos de estos galileos estaban incluso afiliados al grupo de los zelotes, el cual (como hemos dicho) era una organización de extremistas radicales de la resistencia nacionalista judía frente a Roma. Durante varias generaciones, Galilea se había significado por sus frecuentes disturbios antirromanos, y a raíz de la muerte del rey Herodes el Grande, los galileos habían planeado una revuelta contra Sabino, el entonces gobernador de Judea. Y en el año 6 d.C. un galileo llamado Judas había organizado una banda terrorista que provocó una rebelión contra el legado romano de Siria, cuando éste fue enviado a hacer una inspección oficial de los recursos de Judea. El nombre de «zelotes» se refiere al partido que tuvo su origen en este movimiento de resistencia encabezado por Judas el Galileo.

Los galileos (incluidos los zelotes) que se unieron al grupo del Bautista buscaban desesperadamente, además, un líder originario de su propia región. Por eso, nada más lógico que el que centrasen su atención en Jesús, apenas éste regresó de su retiro en el desierto.

El Evangelio de Juan, con su encantador estilo, nos refiere cómo dos de aquellos galileos que se hallaban en el desierto de Judea, junto a las riberas del Jordán, se acercaron directamente a Jesús y le escogieron como maestro:

Al día siguiente, se encontraba de nuevo allí Juan (el Bautista) con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice Juan: «He ahí el Cordero de Dios.» Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se vuelve, y al ver que le seguían les dice: «¿Qué queréis?...» Ellos fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día... (Y habiendo encontrado a otro galileo) le dijeron: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (que, en hebreo, quiere decir Cristo). Jn. 1, 35 ss.

Es, como se ve, un atractivo relato de cómo se le unieron a Jesús sus primeros discípulos, pero no debemos quedarnos en la superficie de dicho relato, porque las palabras del texto esconden una nota trágica. Y es que para mí resulta trágico el modo en que los discípulos se equivocaron en su apreciación de la persona de Jesús.

De hecho, aquellos primeros discípulos de Jesús lo que andaban buscando era un hombre que asumiera el liderazgo de su movimiento antirromano, o, cuando menos, buscaban a alguien capaz de llevar a cabo la reforma de la religión judía, que estaba corrompida en virtud de sus compromisos con Roma. Al proclamar: «Hemos encontrado al Mesías», estaban proyectando sobre Jesús sus propios sueños limitados y unilaterales, sin entender en absoluto el espíritu que animaba a Jesús. Pero no sólo los primeros discípulos, sino también los que se le unie-

ron posteriormente, adolecían de la misma falta de visión. No deberíamos olvidar que fue precisamente entonces cuando se plantó la semilla de la tragedia de Judas, que acabaría traicionando a Jesús.

Es difícil llegar a entender exactamente por qué Jesús permitió que se mantuviera este equívoco cuando aceptó a aquellos galileos como discípulos. Tal vez en su interior admitía aquellas aspiraciones tal como se presentaban, pensando que más tarde podría armonizarlas con sus propios proyectos. En otras palabras: quizá Jesús descubriera algún valor positivo en aquellos hombres, a pesar de la falta de comprensión que demostraban.

En cualquier caso, así fue como sus paisanos de Galilea comenzaron a formar un grupo en torno a Jesús. Y así fue como la presencia de Jesús comenzó a llamar la atención entre los seguidores de Juan. Y, naturalmente, nada de esto escapaba a la observación de la comisión investigadora que había sido enviada desde Jerusalén.

Había llegado, para Jesús y su grupo de galileos, el momento de abandonar el desierto de Judea. Para entonces, Jesús ya era plenamente consciente de lo que necesitaban aquellos hombres que habitaban el desierto, tanto por lo que se refiere a los seguidores del Bautista como a los esenios. En su interior iba cobrando cuerpo una imagen de Dios muy diferente de la de ellos. Por otra parte, Jesús logró entender que no sería prudente permanecer mucho tiempo en un lugar en el que los dirigentes judíos estaban comenzando a observarle con recelo. De modo que, en compañía de sus primeros discípulos, abandonó el desierto de Judea siguiendo el mismo camino que, a lo largo del río Jordán, le había llevado hasta allá, y anduvo unos noventa kilómetros hacia el norte, hasta un lugar en

el que giraron hacia la izquierda para regresar a su comarca natal de Galilea.

Con excepción del Evangelio de Juan, el Nuevo Testamento habla muy poco de las andanzas de Jesús durante la primera parte de su ministerio, una época que se prolonga hasta el momento del arresto y encarcelamiento de Juan el Bautista. Además, hay algunas discrepancias en la cronología de sus actividades, como es el conocido caso del alboroto que se produjo en los alrededores del templo cuando Jesús expulsó a los vendedores, incidente que el Evangelio de Juan sitúa en los mismos comienzos del ministerio de Jesús, mientras que el Evangelio de Marcos, escrito con anterioridad, presenta el mismo acontecimiento poco antes de la muerte de Jesús.

Al volver a Galilea, Jesús no se dirigió inmediatamente a su ciudad de Nazaret, sino que, antes de regresar a casa de su madre, permaneció algún tiempo en las cercanías del lago de Galilea con objeto de reunir un mayor número de discípulos. No hay nada en la Biblia que nos indique cómo fue recibido Jesús por aquellos parientes suyos que tanto se habían disgustado cuando partió para el desierto de Judea. La conocida narración del hijo pródigo, en el Evangelio de Lucas, podría reflejar muy bien, por analogía, el hecho de que sus primos, al igual que el hermano mayor de la parábola, no fueron capaces de superar su resentimiento contra Jesús cuando éste regresó; en contraste con la actitud de María, su madre, la cual «corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente» (Lc. 15, 20). Deduzco esta impresión del hecho de que Jesús asistiera, en compañía de su madre, a la boda de unos amigos de Caná, y aún más del hecho de que, llevando también consigo a su madre, abandonara Nazaret y se estableciera con ella en Cafarnaúm, junto al lago de Galilea (Jn. 2, 12; Mt. 4, 13).

El episodio de las bodas de Caná, referido en el Evangelio de Juan, es un delicioso relato que produce el efecto de una brisa primaveral, en contraste con otros acontecimientos del Nuevo Testamento de un carácter más triste. Entre los discípulos que Jesús había reclutado de los seguidores de Juan el Bautista, había un hombre de Caná, llamado Natanael, y es posible que la boda que relata el Evangelio fuera la de uno de sus parientes.

La tradición oral identifica Caná de Galilea con una sencilla aldea existente hoy a unos diez kilómetros de Nazaret. El lugar está circundado por una serie de pequeñas colinas rojizas cubiertas de olivares, y mientras se pasea por las callejuelas envueltas en la densa sombra que proyectan los árboles incluso en pleno día, se puede escuchar el constante cloquear de las gallinas, procedente de las casas que se alinean a lo largo de dichas calles. Probablemente era primavera cuando Jesús acudió allá para la boda, y tanto los campos como las arboledas estarían plagados de flores. Los habitantes de la aldea sabían hacer los honores al vino, y probablemente darían tumbos en medio de un gran regocijo, y también Jesús debió de compartir sus risas entre trago y trago. En Lc. 7, 34, los enemigos de Jesús dicen a sus espaldas: «Ahí tenéis a un comilón y un borracho.» Pero, aun admitiendo que no puede tomarse al pie de la letra este tipo de habladurías —ya que, según Stauffer, los judíos solían dedicar estos epítetos a cualquier persona que no fuera de su agrado—, sin embargo, el relato de las bodas de Caná nos permite pensar que a Jesús no le disgustaba en absoluto el mezclarse socialmente con otras personas.

No es puramente accidental que el Evangelio de Juan incluya en los mismos comienzos de la vida pública de Jesús este episodio de interés humano de las bodas de

Caná, impregnado de un ambiente festivo y primaveral. Hay una clara intención de establecer un contraste con el invierno de austeridades transcurrido en la tremenda desolación de Judea. El relato pone de relieve cómo Jesús había superado las estrecheces del desierto y la imagen de un Dios malhumorado que propugnaban los miembros de las sectas que en dicho desierto habitaban. Jesús disfrutó plenamente de la fiesta de bodas de los jóvenes novios, y merece la pena que nos detengamos en comparar su sonriente rostro (independientemente de los efectos de la bebida) con el semblante de Juan el Bautista, el hombre vestido con una piel de camello ceñida con una correa de cuero, que no dejaba de inculcar a la gente la idea de la ira de Dios. El relato nos desvela la radiante *joie de vivre* de un Jesús que ya había dejado atrás el desierto y la comunidad religiosa de Juan. Hunter da en el clavo cuando pregunta: «¿En qué se diferencia el mensaje profético de Jesús del de Juan?», y él mismo responde: «En que la predicación de Juan se veía abrumada por la pesada carga de la antigua amenaza de una destrucción total, mientras que la predicación de Jesús era un canto de alegría.» Parafraseando un versículo del Evangelio de Marcos, podríamos decir que el rostro de los discípulos de Juan el Bautista personificaba la sobriedad misma, mientras que los discípulos de Jesús daban la impresión de ser invitados a un banquete de bodas (Mc. 2,18).

Pero hay otra razón por la que el Evangelio de Juan relata las bodas de Caná como un episodio significativo de la etapa inicial del ministerio de Jesús. Y la razón radica en el gesto simbólico de Jesús de «cambiar el agua en vino» durante el transcurso del banquete. Esta acción de Jesús, que el Evangelio describe como un milagro, en realidad nos permite intuir la relación existente entre Jesús y

los discípulos. Los discípulos, reclutados de entre los seguidores de Juan, seguían creyendo que Jesús había de restaurar la pureza perdida de la religión judía, y que sería su jefe en la lucha contra la opresión romana; pero por parte de Jesús, este episodio acontecido durante las bodas sugiere que lo que él pretendía era hacer que el sueño tan excesivamente humano de los discípulos (el «agua») fuera ascendiendo gradualmente hasta el sublime nivel del propio mundo de Jesús (el «vino»).

Tras la estancia en Caná, Jesús cambió su residencia de Nazaret a Cafarnaúm. Aunque los Sinópticos no dicen nada al respecto, el Evangelio de Juan refiere que, poco después de este traslado, Jesús hizo una rápida visita a Judea y Jerusalén. Según el relato, parece ser que Jesús siguió el método de Juan el Bautista de administrar el rito del bautismo. Sin embargo, lo cierto es que esta forma de proceder no era idea de Jesús cuanto de sus discípulos, que de ese modo no hacían más que proseguir con la práctica habitual en el grupo de Juan el Bautista. Con todo, Jesús siguió prestando su apoyo a Juan el Bautista al adoptar la normal actitud de éste sin ningún tipo de pretensiones, toda vez que aún no se hallaba decidido a revelar en público la especial índole de su propio carácter.

Entonces ocurrió. Sin previo aviso, el rey Herodes Antipas dio un golpe de efecto, mandando encarcelar a Juan el Bautista. Según Lc. 3, 19 ss., Juan fue arrestado por haber acusado abiertamente al rey de estar unido incestuosamente con Herodías, la mujer de su hermanastro Herodes Filippo II (4 a.C.-34 d.C.). La pareja había establecido relaciones durante una estancia de Herodes Antipas en Roma. Y, dado que la misma Herodías era hija de otro hermano de Herodes Antipas, ambos estaban emparen-

tados además, desde el punto de vista legal, como tío y sobrina. Por otra parte, al estar casado con una hija de Aretas IV, rey de los árabes nabateos, Antipas repudió a su esposa legítima con el fin de acceder a la nueva unión libre de vínculos legales. Sin embargo, independientemente de la acusación de Juan el Bautista, Herodes albergaba otro problema en lo más profundo de su corazón. En realidad, la acusación de Juan no hizo más que dar al rey un pretexto evidente para encarcelarlo. Flavio Josefo, historiador de la época, ha definido con toda claridad el asunto que verdaderamente inquietaba al rey Herodes Antipas:

Herodes temía que el influjo que Juan ejercía sobre la gente sencilla pudiera desembocar en la rebelión. Era del dominio público que el pueblo seguiría a Juan en cualquier acción que el mismo Juan quisiera proponerle. El rey consideró que lo más prudente era suprimir a Juan antes de que los temores se convirtieran en realidad, en lugar de esperar pasivamente la rebelión que, con toda seguridad, podía provocar, para no tener después que lamentarse por haber permitido el verse envuelto en dificultades. Por tanto, fue en virtud de los temores de Herodes por lo que Juan fue encarcelado en la fortaleza de Maqueronte, donde posteriormente fue ajusticiado (*Antigüedades judaicas*).

Por supuesto que al Bautista nunca se le había pasado por la mente la idea de una rebelión armada. Pero, aparte de lo que pudiera pensar el líder religioso, de hecho hay situaciones en las que el pueblo, una vez que ha establecido claramente quién es su líder, se ve arrastrado en la dirección más impensada con todo el empuje de una avalancha. Y del mismo modo que la figura de Jesús fue mal interpretada por sus discípulos, que veían en él a un caudillo nacionalista antirromano, tampoco resulta extraño imaginar que gran parte de la gente sencilla pudiera pen-

sar algo parecido acerca de Juan el Bautista. Resulta, además, que en aquellos mismos momentos, el año 30 de la era cristiana, Sejano, valido de la corte del emperador Tiberio, había iniciado una serie de acciones destinadas a poner en práctica lo que él creía que constituía la solución definitiva de Roma al problema judío. Pilato, gobernador de Judea, gozaba del favor de Sejano, y el rey Herodes Antipas era razonablemente sensible a la dificultad de la situación. Siendo, como era, temeroso de Roma, lógicamente tenía que ser también sumamente cauto en sus relaciones con Pilato y procurar verse libre de la más mínima sospecha de deslealtad. Nada más natural, por tanto, que el hecho de que le molestara la presencia de Juan el Bautista y de sus violentos secuaces galileos.

Lo que no dice Flavio Josefo, en tantas páginas como escribió, es quién sacaba más provecho de la difícil situación y de la incómoda postura de Herodes; me refiero a los dirigentes religiosos de Jerusalén. El *establishment* religioso había sido incapaz de hallar un pretexto legal para llevar a Juan ante los tribunales, a pesar de los informes presentados por la comisión investigadora que había sido enviada para interrogar al profeta; pero hay motivos para pensar que, de hecho, el Sanedrín alcanzó sus objetivos gracias a la acción emprendida por Herodes. El interés de ambas partes por su propia conservación explica perfectamente la coincidencia de miras entre el Sanedrín y Herodes Antipas.

Sería absurdo pensar que la fatal suerte de Juan el Bautista no suscitara una inquietud general que, naturalmente, tuvo que afectar a su discípulo favorito, Jesús. Esto explicaría por qué los Evangelios apenas dicen nada acerca de la evolución de Jesús durante sus primeros tiempos de actividad. Por otra parte, es posible que la difícil situa-

ción tenga algo que ver con el hecho de que Jesús, después de haberse trasladado con su madre a su nuevo hogar de Cafarnaúm, junto al lago de Galilea, procediera a estar moviéndose constantemente de un lugar a otro dentro de la parte septentrional de Judea.

¿Dónde se enteró Jesús de la noticia del arresto de Juan? Según Stauffer, Jesús se hallaba en Jerusalén, adonde había acudido para dar culto en el Templo y celebrar la fiesta de los Tabernáculos en el otoño del año 30. Dicha fiesta, que duraba toda una semana, había sido instituida para celebrar la memoria de los años de vida nómada que los antepasados habían pasado en el desierto, y para celebrar igualmente la cosecha de otoño.

Las ideas de Stauffer suelen ser un tanto arriesgadas, pero en este caso concreto no debemos desdeñar lo que dice acerca del modo en que los sacerdotes, los saduceos y los fariseos interrogaron a Jesús durante su estancia en Jerusalén, y cómo la vida de Jesús corrió auténtico peligro (Jn. 5, 18). Para entonces los sacerdotes del *establishment* ya disponían de ciertos datos inquietantes acerca de Jesús, basados en los informes suministrados por su propia comisión investigadora.

El sábado de aquella semana de fiestas, día consagrado al descanso, se hallaba Jesús dedicado, junto con sus discípulos, al cuidado de los enfermos que se congregaban junto a la Piscina de Betsaida, cerca de la Puerta de las Ovejas enclavada en las murallas de Jerusalén. Allí se reunían ciegos, paralíticos y tullidos porque, según una vieja leyenda, el primero que entrara en el agua después de que ésta fuera agitada bajo los efectos de una corriente intermitente, quedaría curado. Para los sacerdotes, especialmente para los sacerdotes fariseos, constituía un auténti-

co sacrilegio el cuidar a los enfermos ignorando el sábado, día en que la ley de la Tora prohibía todo tipo de trabajo.

Pues bien, con este pretexto se aprestaron a urdir la puesta en escena de un proceso contra Jesús. Su objetivo no era otro que el de aprovechar la magnífica oportunidad que les brindaba el arresto de Juan el Bautista para detener también a su discípulo favorito. Hay un pasaje en el tercer capítulo del Evangelio de Juan (vv. 17-47) que refleja el tenor de sus preguntas y las respuestas de Jesús en aquella ocasión. A pesar de todo, no lograron dar con ningún cargo concreto por el que poder acusarle, y los sacerdotes que detentaban el poder no tuvieron más remedio que dejarle en libertad.

Juan el Bautista no tuvo tanta suerte. Había caído en la trampa que le había tendido Herodes Antipas mientras se hallaba bautizando en Ainón, cerca de Salim. Se le arrestó y fue encarcelado en la fortaleza de Maqueronte, situada en los confines de los dominios del rey. Por desgracia, en ninguna de las ocasiones en que he visitado los diversos lugares bíblicos, he tenido la oportunidad de acercarme hasta allá, pero Daniel-Rops hace de aquel lugar la siguiente descripción:

Maqueronte no es en la actualidad más que un montón de ruinas en la meseta de Moab, que se extiende hacia el Este en dirección al desierto, pero que hacia el Oeste desciende en vertical sobre el profundísimo cañón del Mar Muerto. Antiguamente existió allí una ciudad que era, prácticamente, paso obligado para las caravanas; pero no se conserva nada de ella, a excepción de los restos de una antigua calzada, las ruinas de unas cuantas casas y los cimientos de un templo dedicado al Sol. Sin embargo, sobre la escarpada cima de una colina próxima todavía se pueden contemplar los vestigios de la fortaleza en la que el Precursor acabó sus días... Los cimientos de la

muralla circundante también son aún visibles, y en el centro hay un profundo pozo, una cisterna y dos torretas, en una de las cuales pueden verse aún los agujeros practicados en la sillera que albergaban las argollas a las que estaban encadenados los prisioneros.

La muerte de Juan el Bautista debió, sin duda, de entristecer profundamente a Jesús, y ciertamente le hizo intuir de qué modo habría de proceder en adelante. De esta serie de acontecimientos dedujo Jesús cómo es posible que, una vez que un líder pone en movimiento a las masas, éstas pueden después arrollarlo y moverse en una dirección contraria a la que él pretendía. Desde aquel momento comienza a advertirse una cierta y prudente preocupación en el trato de Jesús con sus discípulos; y lo más probable es que se propusiera conscientemente evitar, en la medida de lo posible, un destino semejante al de Juan el Bautista.

Tras su peligrosa estancia en Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos, Jesús decidió regresar a Galilea pasando por Samaria, para evitar la ruta acostumbrada que, partiendo de Jerusalén, atravesaba Jericó para seguir después a lo largo del río Jordán. Se me ocurren dos razones para ello: por una parte, es cierto que los samaritanos albergaban sentimientos hostiles contra los judíos, en lo que eran claramente correspondidos por éstos, que consideraban a los samaritanos como herejes y, por tanto, más despreciables aún que los mismos paganos. De hecho, los judíos solían decir que «el agua de Samaria está más sucia que las lavazas de los cerdos». Sin embargo, Jesús pudo haber pensado que Samaria era, para él y su grupo, una solución más segura que la ruta habitual, donde podían ser perseguidos como amigos de Juan el Bautista.

Pero hay otra razón. Lo que movió a Jesús a regresar

a casa por Samaria era algo más que el deseo de evitar el fuerte calor veraniego del valle del Jordán o la idea de su seguridad personal. Lo que pretendía, más bien, era lo que después haría a lo largo de su vida: al escoger aquella ruta, Jesús deseaba demostrar a sus discípulos la excelsa caridad que le impulsaba a sentir predilección por los desheredados del mundo, por las almas de todos los seres despreciados y rechazados. Este viaje era un aspecto más de su característica oposición a los poderosos de Jerusalén, tan rigurosos con la observancia del sábado y otros detalles semejantes de la Ley, pero a la vez tan insensibles a la caridad.

El camino que atravesaba Samaria, desde Bethel a Engannim, pasando por Siquem, era una ruta que evitaban los judíos por la sencilla razón de que los samaritanos, a su vez, odiaban realmente a los judíos y, consiguientemente, existía siempre el peligro de un deseo de venganza.

Pero la parábola evangélica del Buen Samaritano (Lc. 10, 30 ss.) y el episodio de los samaritanos leprosos (Lc. 17, 11 ss.) demuestran que en Jesús no había huellas de ese inveterado sentimiento judío.

Después de una caminata de cincuenta kilómetros, Jesús y sus discípulos llegaron un mediodía a la ciudad de Siquem. Actualmente, Siquem es una remota aldea en la que lo único digno de mención es la perspectiva frontal del desolado monte Garizim. Mientras los discípulos iban en busca de algo que comer, Jesús se dirigió a una mujer, a la que pidió que le diera de beber.

«Créeme, mujer», le dijo Jesús. «(Aunque vosotros adoráis aquí, en el monte Garizim), llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre.»



Evidentemente, estas palabras equivalían a una declaración que habría sido considerada blasfemia por los que detenían el poder en el Templo Santo de Jerusalén. Sin embargo, constituyen la primera proclamación, por parte de Jesús, de que poseemos algo más sagrado, más sublime y más profundo que el mismo Templo: poseemos al Dios del amor.

Lo que aquí llama especialmente la atención es que Jesús aproveche la momentánea ausencia de sus discípulos para confiarse a aquella mujer samaritana despreciada por los judíos y que, además, llevaba una vida de pobreza y de infamia. Sus palabras no eran para ser oídas por los discípulos. Jesús era consciente de que aún no había sido superada la distancia que le separaba de ellos. Por eso reveló su interioridad a aquella mujer samaritana despreciada por los judíos y no a sus discípulos.

Jesús se detuvo dos días en el territorio de Samaria. Pero durante ese tiempo, ¿acaso Jesús fue consciente de que habría de llegar un día en que los samaritanos, a quienes había tratado tan afablemente, le darían la espalda y se negarían a hospedarle por una noche? (Lc. 9, 51 ss.).

Sea como fuere, a excepción del breve relato que aparece en el Evangelio de Juan acerca de este primer período, los demás Evangelios apenas dicen nada al respecto. ¿Por qué razón? Pienso que los evangelistas, en el momento de redactar sus escritos, estaban muy preocupados por las relaciones entre la incipiente Iglesia cristiana y el mundo romano. El Evangelio de Marcos, considerado como el más antiguo, debió de ser redactado entre los años 65 y 75, poco después de que Roma, en un supremo esfuerzo, hubiera logrado sofocar una rebelión judía que había durado cuatro años y, en consecuencia, el resentimiento romano contra los judíos era más fuerte que nunca.

Podría haber sucedido perfectamente que el evangelista Marcos hubiera decidido, en la medida de lo posible, omitir de su relato de la vida de Jesús cualesquiera hechos relacionados con el movimiento nacionalista, especialmente la conexión que pudiera haber entre los cristianos y el partido de los zelotes, causantes estos últimos de la revuelta judía, y todo ello con el propósito de evitar una acción de Roma destinada a suprimir a la Iglesia naciente. Estas mismas consideraciones pueden haber sido el motivo que impulsó a todos los evangelistas a tratar de minimizar el movimiento de Juan el Bautista y a omitir en absoluto toda mención de los esenios.

Pero hoy no podemos permitirnos ignorar el contexto en el que comenzó la actividad de Jesús, y que relaciona a éste con las actividades del Bautista y con el movimiento de los ultranacionalistas. Pero, cuanto más difusos al respecto tienden a ser los evangelistas, tanto más importante parece ser ese trasfondo para el lector actual.

La deplorable muerte de Juan el Bautista dejó una profunda señal en el corazón de Jesús. Desde entonces, los discípulos comenzaron a ver en Jesús a un segundo Bautista. Lo que expresaban sus ojos al ver a Jesús era lo mismo que habían expresado cuando veían a Juan. Por otra parte, el trágico final de Juan el Bautista produjo en los líderes religiosos de Jerusalén una sensación de victoria; pero tal sensación sólo sería momentánea, porque los atávicos sentimientos del pueblo sencillo, especialmente de los galileos, conservaban el mismo calor que el rescolado bajo las cenizas.

**E**N este punto desearía interrumpir por un momento el orden cronológico de mi relato con objeto de decir unas palabras acerca de la perspectiva que he adoptado a la hora de escribir esta vida de Jesús.

Por lo general, la gente sabe que el Nuevo Testamento, tal como ha llegado hasta nosotros, no se atiene siempre únicamente a los «hechos reales» al presentar la trayectoria vital de Jesús. Esto lo admiten tanto los protestantes como los católicos. Por ejemplo, si se leen y comparan los Evangelios Sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas, junto con el de Juan, se encontrarán narraciones idénticas de los hechos de Jesús presentadas en diferente orden cronológico. (Ya hemos observado, por ejemplo, cómo los Sinópticos sitúan el incidente de la expulsión de los vendedores del Templo de Jerusalén poco antes de la muerte de Jesús, mientras que Juan relata el mismo acontecimiento en el

contexto del primer período de la vida pública de Jesús.) Distintos exegetas proponen diversas teorías para explicar estas discrepancias, pero ninguna de tales teorías es incontrovertible. El problema que plantea la disposición de esos elementos discrepantes en una biografía unitaria de Jesús dependerá, por lo tanto, de la imagen que de Jesús pueda tener la persona que toma en sus manos la Biblia.

A partir de la investigación realizada por el exegeta alemán Rudolf Bultmann, sabemos que en el Nuevo Testamento se han ido entretejiendo determinados pasajes que tuvieron su origen en el *kerigma* (confesión de la fe) de la Iglesia cristiana primitiva. También sabemos que, después de la muerte de Jesús, los autores neotestamentarios compusieron los diversos relatos de la vida de Jesús, cada uno en su propio estilo, tras haber recogido una serie de testimonios acerca de Jesús referidos por testigos presenciales junto con tradiciones locales y narraciones populares de las diversas partes del país, y que gran parte de todo esto lo incorporaron en sus relatos, junto con la auténtica y perfectamente accesible fuente histórica que es conocida con el nombre de «los dichos de Jesús». Consecuentemente, las diversas vidas de Jesús que nos presenta el Nuevo Testamento, aunque ciertamente reflejan una *verdad* suficientemente consistente, por lo que atañe a diversos aspectos de *hechos* concretos no fueron escritas necesariamente con el moderno espíritu de exactitud informativa. Muchos exegetas señalan que algunos pasajes que el Nuevo Testamento presenta como si fueran las auténticas palabras pronunciadas por Jesús, de hecho no son sino el *kerigma* de la Iglesia cristiana primitiva; y hay otros que afirman que ciertas acciones de Jesús, que se presentan como realmente acaecidas en determinada ciudad

o aldea, en realidad no son sino simples leyendas transmitidas por la tradición en dicha ciudad o aldea. En su esfuerzo por separar la realidad de la ficción, Bultmann concluye con la desesperanzada afirmación de que «la imagen del Jesús histórico que ofrece el Nuevo Testamento se nos hace cada vez más inasequible».

Desde este punto de vista, ¿existe todavía alguna posibilidad de que podamos escribir una biografía exacta de Jesús? Quienquiera que piense que es realmente imposible escribir una vida objetiva de Jesús basada exclusivamente en los datos que actualmente poseemos, seguramente coincidirá con el modo de pensar de estos biblistas.

Pero, mirando las cosas fríamente, deberíamos preguntarnos si es posible en absoluto realizar una biografía exacta no sólo de Jesús, sino de cualquier otra persona. El biógrafo comienza por recoger todo el material posible acerca de la vida de una determinada persona, pero resulta que la mayor parte de ese material está compuesta de impresiones de otras personas acerca de la personalidad del sujeto en cuestión, y como estas impresiones personales dependen de diversos y subjetivos puntos de vista, lo único que puede esperar el biógrafo es acercarse al sujeto a través del prisma de terceras personas. Lo mismo ocurre con el caso de Jesús. Evidentemente, no podemos reconstruir la vida de Jesús *con absoluta precisión*. Ni siquiera podemos consignar sus acciones en el mismo orden en que se produjeron. Sin embargo, ¿a qué se debe el que, cuando leemos el Nuevo Testamento, tenemos la sensación de percibir una viva imagen de Jesús y de las personas que le rodeaban? Pues se debe a que la imagen de Jesús que nos transmite el Nuevo Testamento constituye un «*verdadero retrato*», aunque no se trate del Jesús de los *hechos* detallados.

A pesar de tratarse de un período de tan sólo dos años, sin embargo, durante ese breve espacio la situación de Jesús sufrió una notable transformación. A raíz de los acontecimientos ocasionados por el encarcelamiento de Juan el Bautista, aquel hombre que no había sido más que un oscuro carpintero de la ciudad de Nazaret se convirtió de pronto en objeto de una general atención por parte de los judíos que le rodeaban; atención que adoptaba dos modalidades: la de una gran esperanza y la de una enorme sospecha.

La esperanza correspondía al grupo de los discípulos y a las clases populares de Galilea, que habían prestado su caluroso apoyo a Juan el Bautista. Algunos de ellos pensaban que Jesús era el sucesor de Juan, y fueron muchos los que alimentaron el insensato sueño de que Jesús, además de reformador de la religión judía, habría de ser también el líder que arrojaría a los gentiles del país ocupado de Judá. Una prueba de ello la constituyen las palabras pronunciadas por uno de los discípulos para expresar su profundo desencanto tras la muerte de Jesús: «Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel...» (Lc. 24, 21).

Por el contrario, la sospecha anidaba en la mirada de los saduceos y fariseos que tenían a su cargo el Templo de Jerusalén, y en la de los miembros del Sanedrín. Todos ellos llegaron a ver en Jesús una amenaza, alguien que poco a poco podía llegar a ser su ruina. Jesús se presentaba ante sus ojos como un insidioso reformador por cuenta propia de la religión judía, como un agitador que podía acabar soliviantando a las masas.

Por su parte, Jesús era terriblemente consciente de ambas formas de mirarle. En su corazón se clavaban las

miradas de odio de ciertos dirigentes judíos y las miradas de incompreensión con que le veían los discípulos y los galileos que se agolpaban en torno a él. Ni unos ni otros entendían su verdadero propósito. Nadie tenía ojos para ver que su auténtico objetivo consistía en dar testimonio del amor de Dios.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

En aquellas palabras de Jesús, verdaderas estrellas fulgurantes en un cielo sombrío, resplandecía la imagen del Dios del amor. Y, sin embargo, a juzgar por lo que había visto mientras vivió en Nazaret, los pobres seguían en su miseria, y los que lloraban no recibían ningún consuelo. Las estrellas que había contemplado en el desierto de Judea eran frías como el hielo; el Mar Muerto, en el que no se movía criatura viviente alguna, y las montañas que lo circundaban, no hablaban sino de un Dios propenso a la ira, capaz únicamente de juzgar y de castigar. Esta imagen de un Dios-padre excesivamente severo había prevalecido a través de todo el Antiguo Testamento. Juan el Bautista y su grupo habían heredado dicha imagen, y mientras Jesús estuvo con ellos no tardó en percibir que era de lo que adolecía semejante imagen de Dios.

Es muy fácil hablar del «amor de Dios» y del «Dios del amor», pero resulta que los seres humanos, que se ven atrapados en la cruel realidad de la vida, lo que perciben es el glacial silencio de Dios más que el amor de ese mismo Dios. Cuando se juzga a partir de esa despiadada realidad, es más fácil pensar en un Dios de la ira y la retribución que creer en el Dios del amor. Consiguientemente, y a pesar de que en ocasiones el Antiguo Testamento habla

del amor de Dios, la imagen de Dios que prevaleció en el pueblo fue una imagen de temor. ¿Cómo puede el pueblo captar el amor de Dios cuando resulta que los pobres de espíritu y los que lloran, de hecho no reciben ningún tipo de compensación?

Naturalmente que Jesús se daba perfecta cuenta de esta incongruencia. Por descontado que en su corazón ardía la fe en el amor de Dios; pero esa fe no le impedía ignorar las contradicciones en lo más mínimo, porque, de hecho, el tema preponderante a lo largo de toda su vida lo constituyó el modo de poder demostrar la existencia del amor de Dios y hacer posible que los demás llegaran a conocerlo. Y este es precisamente el tema que, a partir de ahora, nos guiará en nuestra exposición de la vida de Jesús. ¿De qué modo se esforzó Jesús por demostrar la existencia del amor de Dios, algo tan difícil de creer para la gente que vive en el mundo material? Justamente esta pregunta nos proporciona la urdimbre sobre la que vamos a tejer los hilos que forman nuestra Vida de Jesús.

«Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea, y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva”.»

Con estas palabras describe el versículo catorce del capítulo primero del Evangelio de Marcos los primeros pasos de Jesús en Galilea. Y la etapa que comienza en ese instante recibe en la Iglesia el nombre de «vida pública de Jesús».

Y pública fue su vida, pero ¡qué diferencia entre la proclamación hecha por Jesús y la realizada por Juan el Bautista...!

Juan exclamaba: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, dignos frutos de conversión... Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (Lc. 3, 7-9).

En realidad, ambos proclamaban lo mismo, pero en Juan sonaba como una terrorífica amenaza. Era el grito del desierto. Para aquellos que, ante tal amenaza, dejaron de producir buenos frutos, no había más salida que el juicio, la ira y la venganza de Dios. Serían «cortados y arrojados al fuego».

Pero la proclamación de Jesús es el Evangelio. Por su misma etimología, la palabra «evangelio» denota una realidad gozosa. La proclamación de Jesús no encerraba palabras de amenaza que hicieran temblar a sus oyentes; en contraste con la proclamación de Juan, Jesús no hacía alusión a nada parecido a la ira de Dios o a su venganza. Su misma exhortación «¡Arrepentíos!» —expresión idéntica a la empleada por Juan— puede ciertamente interpretarse en el sentido de: «¡No os extraviéis!»

Cuando se comparan ambos modos de proclamación, no puede uno por menos de percibir cómo, al fin, una nueva luz viene a iluminar aquella otra visión más oscura del mundo veterotestamentario. Se tiene inevitablemente la impresión de que finaliza una larguísima noche y comienza a despuntar el primer rayo de una nueva aurora. O, si se prefiere emplear otra imagen, todo el que haya visitado Israel puede evocar el escenario que se extiende a lo largo de la ribera del lago de Galilea y recordar cuán profundamente contrasta con la desolación del desierto de Judea.

La ribera del lago de Galilea fue precisamente el lugar

en que Jesús realizó su proclamación. ¡Qué tremenda diferencia con la orilla del Mar Muerto y el vecino desierto de Judea, en el que no crece un solo árbol ni la más pequeña brizna de hierba...! Los ribereños del lago de Galilea puede que fueran enormemente pobres, pero la comarca era fértil y el paisaje innegablemente hermoso, con aquellas suaves colinas en las que crece abundante pasto para los numerosos rebaños de ovejas, y con sus bosques de altísimos eucaliptos que reflejan su imagen en la superficie del lago, mientras la brisa agita sus copas; los crisantemos amarillos y las rojas anémonas salpican de color las extensas praderas; y allá a lo lejos, lago adentro, se bambolean las barcas de los pescadores. La sociedad humana era digna de lástima, pero el escenario es indudablemente apacible y hermoso.

Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré (Mt. 11, 28).

Al leer estas palabras de Jesús que aparecen en el Evangelio de Mateo, podemos imaginárnoslo con sus brazos extendidos, de pie en la orilla del lago. La fresca brisa procedente del agua lleva la voz de su llamada a todas las ciudades y aldeas, oprimidas y sumidas en la miseria, que rodean el lago. Del sombrío interior de sus casas van saliendo, unos tras otros, viejos y ancianas, tullidos y ciegos, que han escuchado su voz: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré.»

A lo largo de la costa se alzaban pueblos de pescadores como Cafarnaúm, Magdala y Betsaida. Más al interior, situadas al abrigo de las colinas cercanas al lago, había otros pueblos como Corzaín. Eran localidades demasiado pequeñas como para merecer el nombre de ciudad, y muchos de sus habitantes vivían de lo que pescaban en el

lago. Actualmente, la mayor parte de aquellas antiguas aldeas yace sepultada bajo tierra y, en cualquier caso, sus restos no pueden identificarse con certeza. Magdala duerme ahora bajo un bosque de eucaliptos que se alza sobre un prado cubierto de hierba y flores silvestres. En el lugar que ocupaba Cafarnaúm (aunque existen dos hipótesis sobre su ubicación) no quedan más que las ruinas de una sinagoga, erigida después de la muerte de Jesús, y unas cuantas casas que debieron de pertenecer a los antiguos habitantes. Corzaín, por último, la ciudad encaramada sobre las colinas que nunca quiso escuchar a Jesús, duerme ahora el sueño de la muerte sin nada que revele su existencia, a excepción de los fragmentos de piedras ennegrecidas esparcidos aquí y allá.

Jesús iba de una a otra de aquellas aldeas de pescadores. Y aunque no poseemos más pruebas que las que nos proporciona el Nuevo Testamento, es digno de resaltar el hecho de que, al parecer, únicamente evitó poner el pie en Tiberíades, la mayor de las ciudades del lago, construida por el rey Herodes Antipas.

Por pequeñas que fueran las aldeas, en cada una de ellas había una edificación dedicada al culto judío que llevaba el nombre de sinagoga. Las sinagogas eran, después del Templo de Jerusalén, los principales lugares en que los judíos observantes cumplían sus obligaciones referentes al culto divino. En su interior, a la entrada de una estancia rectangular dividida por medio de columnas y cuyas paredes estaban decoradas con mosaicos, se hallaban unas vasijas de agua destinadas a las rituales abluciones de purificación. Como la entrada principal de la sinagoga se orientaba siempre en dirección a Jerusalén, las sinagogas galileas del tiempo de Jesús miraban invariablemente hacia el Sur. Las sinagogas estaban abiertas durante la

mañana y la tarde del sábado y otras fiestas religiosas; y una vez congregado el pueblo, comenzaba el servicio de culto con una oración llamada *Shemá* («¡Escucha, Israel!»), seguida de la lectura de algunos pasajes de la Tora; el servicio concluía con el amén, pronunciado por el anciano que presidía la asamblea.

Jesús aprovechaba estos servicios cúltricos de la sinagoga para dirigirse a los habitantes de las aldeas. Si la sinagoga se hallaba cerrada, entonces se dirigía a los grupos de gente que quisieran reunirse en una ladera próxima al lago o en un prado cualquiera. Sus más atentos oyentes eran los pescadores y sus familias, que vivían en torno al lago, y no los sacerdotes o los doctores de la Ley. Debido a su anterior pertenencia a la clase trabajadora, Jesús estaba íntimamente familiarizado con el estilo de vida del pueblo; sus discursos eran fácilmente comprensibles, y solía comenzar con algún sencillo relato extraído de la vida diaria. Sus parábolas, jamás carentes de un sentido de realismo, conseguían suscitar gestos de asentimiento por parte de todos, porque todas ellas recordaban el sudor de la vida cotidiana.

No sabemos a ciencia cierta si durante aquel primer período Jesús iba solo o acompañado de sus discípulos. Éstos tenían su propio trabajo cerca del lago y, consiguientemente, lo más probable es que, sólo cuando estaban libres, le acompañaran para trasladarlo en sus barcas de un lugar a otro de la costa. En las demás ocasiones, lo más seguro es que Jesús recorriera en solitario los caminos del país, esmaltados con el brillante colorido de las flores silvestres de la región del lago, en sus visitas a las aldeas vecinas. En contraste con los profetas de la antigüedad, Jesús no predicaba la ira y el castigo de Dios. Tan sólo hablaba de la inminencia del Reino de

Dios, del Dios del amor. A diferencia de los sacerdotes y los escribas, jamás se enzarzaba con los pescadores y sus familias en inútiles discusiones acerca de la Ley o la Tora. Él, por su parte, era absolutamente fiel a los preceptos de la Ley judaica, pero si una de las aplicaciones prácticas de dicha Ley entraba en colisión con el amor, tenía el valor suficiente para permitirse las excepciones que hiciera falta.

En torno al lago, donde la Naturaleza era tan hermosa y la gente tan desdichada, las aldeas estaban llenas de enfermos y tullidos abandonados por sus vecinos y hasta por sus propias familias. Había otras personas, como los recaudadores de impuestos y las prostitutas, que llevaban el estigma de la condena de los sacerdotes. La lectura del Nuevo Testamento ofrece la imagen de un Jesús que manifiesta su amorosa predilección y su cercanía a aquellos hombres y mujeres que eran víctimas del olvido y el desprecio de sus semejantes. En aquellos mismos pueblos del lago había enfermos de malaria a los que la gente sana despreciaba por considerarles poseídos por un espíritu maligno y a los que, sin embargo, Jesús atendía en sus necesidades. Los leprosos, a los que estaba prohibido acercarse a cualquier lugar habitado, eran considerados por la Ley como seres impuros y objeto del castigo de Dios (Lev. 13, 14), a pesar de lo cual, e ignorando este aspecto de la Ley, Jesús se esforzaba por ayudarlos. Llegó incluso a admitir en el grupo de sus discípulos más íntimos a uno de aquellos recaudadores de impuestos que eran objeto de la irrisión general. Y no volvió su rostro ante las prostitutas, despreciadas por todo el mundo.

Los Evangelios están llenos de episodios referidos al contacto de Jesús con estas almas abandonadas. Dichos episodios son de dos clases: aquellos en los que Jesús sana

sus enfermedades mediante un milagro (las llamadas «narraciones de milagros»), y aquellos otros en los que, más que realizar un milagro, lo que hace Jesús es simplemente compartir el sufrimiento de aquellos seres tan dignos de compasión (las llamadas «narraciones de consuelo»). ¿Por qué razón, entonces, las narraciones de consuelo encierran una mayor sensación de realidad que las narraciones de milagros? ¿Por qué aquéllas resultan mucho más eficaces a la hora de transmitir una imagen viva de Jesús y acercarnos más a las circunstancias del episodio?

Veamos, por ejemplo, el siguiente pasaje, tomado del capítulo séptimo de Lucas y que comienza en el versículo 36:

Un fariseo le rogó que comiera con él; y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de alabastro con perfumes y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.

Al leer este pasaje, podemos cerrar los ojos y reconstruir con la imaginación las circunstancias del episodio que no han sido explícitamente reflejadas en el texto.

Tal vez la prostituta del relato fuera una joven pobre de la aldea de Magdala o de cualquier otro lugar parecido. Para poder sobrevivir se habría visto obligada a entregarse al primer hombre que se hubiera cruzado en su camino, el cual, a cambio de haberse divertido jugando con aquella mujer mientras ella yacía inmóvil junto a él, con sus inexpresivos ojos fijos en la oscuridad, le habría dado alguna cantidad de dinero con una sonrisa de desprecio.

¿A quién había oído ella hablar de Jesús? ¿Cómo se le ocurrió la idea de acudir a él? Tal vez una noche hubiera llegado a sus oídos la fama de Jesús de labios de algún hombre que hubiera alquilado sus servicios. Quizá incluso hubiera visto a Jesús desde lejos, mientras éste se hallaba sentado, cansado y silencioso, a la orilla del lago. Con toda seguridad, ella no sabía demasiado acerca de la clase de persona que era Jesús. Tan sólo del porte y el aspecto exterior de Jesús habría intuido ella su indecible actitud interior de bondad. Tenemos aquí, pues, el caso de una mujer, acostumbrada a su propia miseria y al desprecio de los demás, que fue capaz de reconocer instintivamente a esa clase de personas que poseen una auténtica bondad de corazón.

Como la casa a la que Jesús había sido invitado a comer pertenecía a un fariseo, cuando la mujer trató de entrar es probable que los sirvientes intentaran impedirsele. Para los fariseos, ella no era más que una miserable puta a la que ellos mismos no se dignaban ni dirigir la palabra. En el mundo del Antiguo Testamento esta clase de mujeres había sido objeto de las más acaloradas denuncias por parte de los profetas. Por consiguiente, ella debió de conseguir librarse de los sirvientes, entrar en el comedor y dirigirse directamente hacia Jesús en medio de las atónitas miradas del resto de los comensales.

La mujer no dijo una palabra. En silencio, se quedó mirando fijamente a Jesús. Y en seguida comenzaron a fluir las lágrimas que durante tanto tiempo había contenido en sus ojos. Sólo las lágrimas podían expresar el dolor que la embargaba. «Con sus lágrimas le mojaba los pies.» Esta concisa expresión basta para hacernos comprender la lamentable miseria y desdicha que experimentaba en aquellos momentos.



Aquellas lágrimas le dijeron a Jesús absolutamente todo. Comprendió lo que significaba para aquella mujer el haber sido objeto público de desprecio durante casi toda su vida, y cómo había tenido que comerse su propio dolor en medio de la más amarga soledad. Aquellas lágrimas bastaban. Dios se gozaba con su regreso: «Tus lágrimas son más que suficientes. No llores más. Yo sé perfectamente lo desdichada que has sido.»

Jesús respondió con delicadeza. Las palabras que serenamente salieron de sus labios son de las más bellas de toda la Biblia: «Quedan perdonados sus muchos pecados, porque muestra mucho amor.»

*A quien ama mucho se le perdona mucho.*

Una «narración de consuelo» como ésta nos cautiva mucho más intensamente que las numerosas «narraciones de milagros» referidas a Jesús. Las palabras empleadas por el evangelista —«con sus lágrimas le mojaba los pies»— reflejan la inmensa tristeza de la mujer, y las dulces palabras de perdón que pronuncia Jesús —«quedan perdonados sus muchos pecados, porque muestra mucho amor»— poseen una resonancia que no puede por menos de conmover nuestros sentimientos.

Citemos otro ejemplo de «narración de consuelo». Tanto Mateo como Marcos y Lucas refieren su propia versión de lo que aconteció con una mujer que padecía un flujo crónico de sangre. Leamos la versión de Marcos:

Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido con muchos médicos y había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor, habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto... Jesús preguntó: «¿Quién me ha tocado?» (Mc. 5, 25 ss.).

Este episodio también ocurrió en una aldea del lago de Galilea. Aquella mujer, que se había mezclado discretamente entre la muchedumbre que se agolpaba por ver de cerca a Jesús, había sufrido durante tanto tiempo su incurable hemorragia, que el acto de tocar con sus temblorosos dedos el manto de Jesús equivalía al gesto desesperado de una persona que se estuviera ahogando y se asiera a un pequeño trozo de madera. Al mero roce de aquellos tímidos dedos, Jesús percibió todo el peso del dolor y la desesperación de aquella mujer que apelaba a su último recurso.

Volviéndose hacia sus discípulos, preguntó: «¿Quién me ha tocado?»

Ellos, sonriendo irónicamente, le respondieron: «Estás viendo que la gente te oprime y preguntas “¿Quién me ha tocado?” ¿Cómo quieres que no te empujen?»

«No; estáis equivocados», repuso Jesús sacudiendo la cabeza. «Alguien me ha tocado el manto.»

Fue entonces cuando, entre todos los rostros que le observaban absortos, descubrió la mirada asustada que asomaba en el rostro de una mujer.

La narración prosigue relatando el modo milagroso en que Jesús curó la enfermedad de aquella mujer, pero, al menos para mí, el aspecto más conmovedor es la forma en que Jesús percibió todo el desgarrador dolor de aquella mujer al simple contacto de sus trémulos dedos con el manto de Jesús. Esto es mucho más conmovedor que la subsiguiente curación milagrosa de su enfermedad. El dedo de la mujer avanza furtivamente por entre las demás personas y, apenas entra en contacto con el manto, Jesús se vuelve e intuye su sufrimiento. Nos basta ese temblo-

roso dedo para, a partir de él, completar el cuadro del rostro atemorizado de la mujer y la compasiva mirada de Jesús.

El que las «narraciones de consuelo» parezcan más reales que las «narraciones de milagros», ¿se explica tal vez por el hecho de que los milagros de Jesús sólo se pusieron por escrito después de que las múltiples tradiciones orales acerca de Jesús hubieran sido recopiladas en una tarea que llegó hasta las aldeas más remotas de Galilea, mientras que las demás narraciones se basaban en relatos de testigos presenciales que aún se conservaban frescos en el recuerdo de los mismos discípulos y que, por consiguiente, se pusieron por escrito sin necesidad de añadir detalles ficticios?

Sin duda que los discípulos debieron de ser testigos de muchas escenas en las que Jesús estableció contacto con las desdichadas gentes de los pueblos de Galilea. En tales momentos, los discípulos tuvieron ocasión de ver la mirada de la mujer con el flujo de sangre, o las miradas de los leprosos y las prostitutas; y en cada caso quedarían impresionados por la forma en que todas aquellas infortunadas personas fijaban su angustiada mirada en Jesús. Tampoco podrían olvidar jamás la mirada de simpatía que Jesús dirigía a aquellos seres. Lo que hicieron después los discípulos fue, sencillamente, referir sus profundas impresiones a los evangelistas, los cuales, a su vez, pudieron redactar por escrito esas mismas impresiones sin mayores elaboraciones por su parte.

Lo que, sin duda, más nos atrae de esas «narraciones de consuelo» es la forma en que nos describen a Jesús empleando su tiempo en atender las aflicciones de aquellos hombres y mujeres a quienes nadie prestaba atención.

En cada pueblo de Galilea, Jesús se sentaría de forma que quedara a la altura de los leprosos y los tullidos que se arrastraban hacia él desde sus lúgubres covachas; y no ocultaría su simpatía por las prostitutas y los recaudadores de impuestos que eran francamente despreciados por los demás. Las aldeas del lago eran pequeñas y miserables, pero constituían el mundo de Jesús, el cual sentía cómo las penalidades de todos los seres del mundo iban yendo a parar, una a una, sobre sus propios hombros, comenzando a producirle un dolor semejante al de la pesada cruz que un día se vería obligado a arrastrar por las calles de Jerusalén. Repito que es ese realismo de las «narraciones de consuelo» el que explica el modo tan vivo que tenemos de percibir la clase de persona que era Jesús.

Pero, al mismo tiempo, Jesús también era plenamente consciente de algo más, a saber, la inutilidad del amor en un mundo de valores materiales. Jesús amaba a los seres infelices, pero también sabía que, en cuanto percibieran la inutilidad del amor, se volverían contra él. A fin de cuentas, la dura realidad nos enseña que lo que buscan los seres humanos son resultados prácticos y tangibles. Después de todo, los enfermos le pedían ser curados, los paralíticos poder andar y los ciegos ser capaces de ver: todos ellos buscaban beneficios palpables. Pero resulta que el amor es una realidad que, en este mundo visible, no guarda relación directa con los beneficios sensibles. Aquí precisamente comienza la pasión de Jesús. Con un tono de indudable tristeza se quejaba en una ocasión: «Si no veis señales y prodigios, no creéis» (Jn. 4, 48).

Este sufrimiento de Jesús se encuentra en el trasfondo de cada una de las «narraciones de milagros» que aparecen en el Nuevo Testamento. Mucho más importante que el problema convencional de si Jesús verdaderamen-

te realizó o dejó de realizar milagros, es el hecho de que las narraciones de milagros, en cuanto tales narraciones, nos permiten apreciar el triste resultado de que la gente buscaba a Jesús no por el don de su amor, sino únicamente por las señales y prodigios que era capaz de realizar. Curiosamente, Lc. 4, 28, nos demuestra cómo la gente se enfurecía cuando no se veían cumplidas sus esperanzas. Este concreto pasaje, que no ocupa más de una línea impresa, nos da una importante clave para la lectura de las «narraciones de milagros».

Sin embargo, la situación era distinta en los primeros tiempos de la actividad de Jesús. A todo lo largo de la ribera del lago, la gente le recibía como «El que había de venir». Y había varias razones para recibirle de este modo.

El pueblo aún no se había recobrado del impacto producido por el encarcelamiento de Juan el Bautista. La voz profética de Juan clamando en el desierto había ejercido su influjo en muchos corazones, en los que había impreso la esperanza de que el mismo Juan era el hombre que había de librar a Israel de la opresión de Roma.

Pero sus esperanzas se hundieron cuando sobrevino la repentina catástrofe del profeta. ¿Acaso se había retirado Dios, una vez más, a su reino de silencio? Los judíos de Galilea, fervorosos y fieles observantes de su religión, tenían motivos para sentirse descorazonados y apesadumbrados al oír la triste noticia, porque en aquellos precisos momentos el gobierno imperial de Roma estaba iniciando una política aún más opresora de cara a los judíos. Esa nueva política había sido ideada por un hombre llamado Sejano, inspirador político de la corte del emperador, y que en la primavera de aquel mismo año había cursado al gobernador Pilato la orden de que hiciera grabar el emble-

ma del emperador de Roma en todas las nuevas acuñaciones monetarias. Además, Sejano había rescindido el derecho del Sanedrín a ejecutar sentencias de muerte, y los sacerdotes y los escribas de Jerusalén se veían impotentes para hacer otra cosa que no fuera someterse a las nuevas medidas de opresión. La tormenta de protestas aún no había estallado, pero la atmósfera comenzaba a agitarse. El pueblo esperaba que alguien asumiera los objetivos de Juan el Bautista. Y en ese mismo momento hacía Jesús su aparición a orillas del lago.

Al principio, el número de los que escuchaban a Jesús era probablemente demasiado reducido para llamar la atención, pero en breve las multitudes fueron haciéndose cada vez más numerosas.

Un sencillo análisis revela que estas multitudes estaban formadas por los discípulos propiamente tales y, además, por la gente sencilla que compartía los sentimientos de los discípulos, por los marginados, las mujeres, niños y ancianos afligidos por la pobreza, y finalmente los enfermos.

No poseemos estadísticas fiables acerca de la población que vivía junto al lago. Según Flavio Josefo, «había en la región 240 ciudades y aldeas, con un mínimo de 15.000 personas en la más pequeña de las ciudades», pero estas cifras constituyen una evidente exageración para todo el que haya visitado Galilea.

Mientras los habitantes de Galilea rumiaban su negra frustración por el arresto del Bautista, comenzó a difundirse la voz de que Jesús había sido el discípulo modélico de la comunidad de Juan, y la gente no tardó en pensar en él como en el sucesor del Bautista (Lc. 9, 7; Mt. 16, 13).

Fueron pasando los días, y las multitudes comenzaban a apiñarse en torno a la frágil figura de Jesús. En palabras del Nuevo Testamento: «Bien pronto su fama se extendió por todas partes, por toda la región de Galilea» (Mc. 1, 28). «Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio» (Mc. 2, 2), e incluso se dice que no tenía tiempo ni para comer.

Poco a poco, Jesús se iba convirtiendo en el objeto de todos sus sueños. Y aunque la gente alimentara diferentes sueños con respecto a él, de hecho era el único hombre que podía ser su líder, porque era de la misma clase de hombres que Juan, Elías, o cualquiera de los antiguos profetas. En los sueños de los ultranacionalistas, Jesús sería el único capaz de acabar echando a los romanos de Palestina, el hombre que tenía en su mano la posibilidad de devolver a los judíos su orgullo. Los zelotes veían en él al posible caudillo de una resistencia armada. Estaban, por último, las mujeres, los viejos y los enfermos, para quienes Jesús era un santo que realizaba «actos de poder» y curaba sus enfermedades.

En medio de todo este torbellino de malentendidos y conceptos erróneos emprendió Jesús su ministerio. Abruñado por las muchedumbres que le rodeaban, lo que más le entristecía era comprobar cómo la gente malinterpretaba sus verdaderos propósitos. En su mente no había otro objetivo que manifestar al Dios del amor que trasciende este mundo material. Por el momento, los únicos obstáculos que tenía que salvar los constituían las súplicas y las miradas de frenética expectación que le dirigían las masas de hombres y mujeres que se apiñaban a su alrededor. Y a pesar de hallarse rodeado de sus discípulos, se encontraba solo.

**P**ARA entonces, los sacerdotes y los escribas que controlaban el Templo de Jerusalén ya habían puesto el nombre de Jesús en su lista negra. No podían cerrar sus ojos a la manifiesta intranquilidad que se detectaba a orillas del lago de Galilea. Habían salido victoriosos de la serie de acontecimientos que culminaron con el arresto, junto al Mar Muerto, de aquel peligroso profeta llamado Juan el Bautista y ahora concentraban su atención en otro peligroso sujeto al que los patanes de Galilea estaban comenzando a aclamar como sucesor de Juan. ¿No era acaso el mismo individuo que se había permitido despreciar abiertamente el descanso sabático durante la fiesta de los Tabernáculos?

Cada movimiento de Jesús, la popularidad de que gozaba en las ciudades del lago, las esperanzas y los sueños que sus habitantes habían depositado en él..., todo, punto por punto, era transmitido a Jerusalén. Los infor-

mes procedían de los agentes que los escribas y los fariseos habían establecido en Tiberíades, la ciudad más importante del lago. El jefe supremo de los agentes era el sumo sacerdote de Jerusalén, Caifás, yerno del anterior sumo sacerdote, Anás (en hebreo, *Ananías*), cuya influencia sobre el gobernador romano de Judea le había valido para ratificar el nombramiento de su yerno para tan importante cargo.

El cargo de sumo sacerdote, que equivalía a ser primado de toda la clase sacerdotal, había sido anteriormente privilegio hereditario de la dinastía de los Asmoneos, pero a raíz de la caída de dicha dinastía, el primado espiritual pasó a ser objeto de elección por parte de los miembros de la poderosa nobleza sacerdotal. La función específica del sumo sacerdote era la de presidir los sacrificios y otros servicios religiosos que se celebraban en el Templo, pero también era responsable ante Roma de otros asuntos ajenos al ámbito de las ceremonias religiosas. El cargo de sumo sacerdote incluía, pues, la obligación de presidir el Sanedrín, supremo consejo administrativo en cuestiones religiosas y seculares.

El Sanedrín, incluido su presidente, estaba formado por setenta y un miembros pertenecientes a tres grupos distintos. El primer grupo lo formaban los anteriores sumos sacerdotes y algunos miembros de aquellas familias nobles de entre las que podía ser elegido algún nuevo sumo sacerdote. El segundo grupo era una mezcla de ancianos procedentes de la aristocracia laica (todos ellos, como los del primer grupo, pertenecientes a la secta de los saduceos) y de vástagos de otras familias acaudaladas. El tercer grupo, por último, lo constituían los doctores de la Ley (los escribas), que en su mayor parte procedían de los estratos más plebeyos de la sociedad.

Todas las cuestiones, religiosas o civiles, se decidían sobre la base de la Ley judía (la Tora), y el mismo gobernador Pilato respetaba la autonomía del Consejo. Lo que no permitía Roma al Sanedrín era ejercer el derecho a imponer la pena capital.

Para ser más precisos, habría que decir que sobre este último punto hay dos teorías. Pienso volver más adelante sobre este asunto con mayor detalle, pero digamos desde ahora que actualmente nadie sabe si el Sanedrín carecía de todo poder sobre la vida y la muerte de los judíos, o si es que simplemente le había sido impuesta por Roma la prohibición de ejecutar a criminales políticos. Algunos expertos afirman que, en aquel tiempo, el Sanedrín no tenía en absoluto ningún poder para imponer la pena capital, y otros (basándose en el pasaje de los Hechos de los Apóstoles que comienza en el capítulo 6, versículo 8, donde el Sanedrín condena a morir lapidado al diácono Esteban, acusado de blasfemo) sostienen que, de hecho, el Sanedrín tenía autoridad para administrar dicha pena capital, aunque tal autoridad no se extendía a los crímenes de carácter político. Este problema de la autoridad o falta de autoridad del Sanedrín para imponer la pena de muerte es un aspecto importante para juzgar el procedimiento legal del proceso de Jesús, del que trataremos más adelante.

En cualquier caso, el Sanedrín de Jerusalén, controlado por Caifás y su suegro Anás, no dejaba de observar atentamente las actividades de Jesús en Galilea.

Allá donde acudía Jesús, aumentaba extraordinariamente el número de personas que se reunían para escucharle. Su fama corría de ciudad en ciudad. La gente aguardaba entusiasmada para darle la bienvenida cuan-

do, en compañía de sus discípulos, se trasladaba de un lugar a otro a pie o en barca. También el número de sus discípulos se incrementaba con extraordinaria rapidez. Dicho número no debemos limitarlo al selecto grupo de los Doce. El número «doce» tiene un sentido simbólico en el pensamiento judío. Sin embargo, «los Doce», cuyos nombres aparecen en las listas referidas en los Evangelios, constituían de hecho el núcleo del cuerpo total de discípulos que no dejaba de crecer. (Hemos de añadir, a pesar de todo, que existen ciertas discrepancias acerca de los nombres de los discípulos, tal como aparecen en las diversas listas de los Evangelios.)

Para entonces Jesús ya se había apartado de la comunidad religiosa de Juan el Bautista y actuaba con independencia. Ya no realizaba en Galilea el rito del bautismo que Juan había llevado a cabo en el río Jordán. Pero Jesús conservó siempre su profundo respeto y afecto por el precursor, de quien llegó a decir que fue «más que profeta... (porque) no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista» (cf. Mt. 11, 7-11); aunque inmediatamente, hablando con sus discípulos, añadió: «Sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.» Lo que Jesús rechazaba era aquella severa imagen de ascetismo que caracterizaba a la comunidad de Juan el Bautista, porque en el corazón de Jesús ya vivía el Dios del amor y el amor de Dios, en lugar del Dios del juicio y de la ira, el Dios de la retribución que proclamaba la comunidad de Juan.

Pero ¿cómo podía Jesús dar testimonio de este Dios del amor ante todo el pueblo? Evidentemente, la misma condición existencial de la humanidad favorecía la idea de un Dios de la venganza más que la de un Dios del amor. Es comprensible que, debido a la dilatada tradición vete-

rotestamentaria, el pueblo siguiera hablando de su temor reverencial a Dios y del silencio de Dios, mucho más que de su amor a Dios. ¿Cómo podía Jesús afirmar su actitud positiva frente a la inevitable paradoja que suscitaba el contraste entre la evidente realidad de la vida y el Dios del amor? Los que sufrían, los enfermos, los que lloraban, no podían considerar su situación más que como una forma de extrañamiento de Dios, mientras que los que contemplaban esa situación suya sólo podían pensar que su triste condición se debía a la ira y al castigo de Dios.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

Jesús se daba cuenta de que su tarea en la vida consistía en resolver este problema. ¿Cómo hacer que los hombres y mujeres descubrieran, dentro de la cruel realidad de la vida humana, el auténtico amor de Dios? La tarea que él mismo se había impuesto en el desierto de Judea ocupaba ahora su corazón por completo. Jesús sentía que Dios le había enviado al mundo para responder a esta pregunta, y era plenamente consciente de que habría de intentar superar muchos y muy dolorosos obstáculos si quería llevar a cabo su misión. Leyendo el Nuevo Testamento entre líneas podemos percibir la figura de Jesús, de pie junto al lago de Galilea, en la más completa soledad a pesar de estar rodeado por sus discípulos y por las multitudes.

Los escribas y los fariseos llegados de Jerusalén se mezclaban entre la muchedumbre para investigar las palabras y los hechos de Jesús. La irresistible popularidad de Jesús les impedía actuar contra él directamente, pero aquellos agentes se veían apremiados a detectar cualquier indi-

cio que pudiera servir de prueba incontestable contra él (Mc 12, 12). Habían sido enviados por el Sanedrín precisamente para descubrir unos motivos concretos sobre los que poder incoar un proceso.

A primera vista, las frecuentes disputas entre Jesús y los fariseos que aparecen en el Nuevo Testamento parecen no ser más que altercados fortuitos, pero en el fondo subyace el secreto antagonismo existente entre Jesús y el Sanedrín de Jerusalén. Es preciso leer esas discusiones sobre el trasfondo de un interrogatorio deliberadamente planeado por los escribas y los fariseos que, de hecho, no eran otra cosa que investigadores enviados con un propósito determinado; en una palabra, espías.

Aquellos hombres eran sumamente diestros en el arte de la polémica, ya que a lo largo de un dilatado período de la historia se habían enzarzado incesantemente en la discusión de las diversas interpretaciones posibles de los preceptos de la Ley. Sabían perfectamente cómo tender una trampa y cómo hacer caer en ella al adversario. Se infiltraban entre la muchedumbre y, desde allí, incitaban a Jesús a discutir con ellos, con el exclusivo propósito de obtener pruebas convincentes de que Jesús era un hereje o un peligroso enemigo de Roma.

El Evangelio de Marcos, más que cualquier otro libro del Nuevo Testamento, ofrece un vivísimo relato de estos altercados. Las preguntas de los inquisidores tienden a concentrarse en el intento de demostrar que Jesús era posiblemente un hereje que desafiaba a la Ley que obligaba a todos los judíos. Aunque los fariseos y los saduceos solían tener de vez en cuando mutuas diferencias, siempre se mantuvieron de acuerdo acerca de la fundamental importancia del Templo, y eran unánimes con respecto a la obli-

gación de observar estrictamente la Ley que les habían legado sus antepasados.

En su opinión, Jesús no era más que un blasfemo de la Ley, como había demostrado durante la fiesta de los Tabernáculos, cuando desdeñó el inviolable descanso sabático por dedicarse a atender a los enfermos y tullidos junto a la Piscina de Betsaida.

Se reúnen junto a él los fariseos, así como algunos escribas venidos de Jerusalén. Y al ver que algunos de sus discípulos comían con manos impuras, es decir, no lavadas (es que los fariseos y todos los judíos no comen sin haberse lavado las manos hasta el codo, aferrados a la tradición de los antiguos..., y hay otras muchas cosas que observan por tradición, como la purificación de vasos, jarros y bandejas), por ello los fariseos y los escribas le preguntaron: «¿Por qué tus discípulos no viven conforme a la tradición de los antepasados, sino que comen con manos impuras?» (Mc. 7, 1-5).

Atravesaba en sábado unos sembrados; sus discípulos arrancaban espigas y, desgranándolas con las manos, las comían. Algunos de los fariseos dijeron: «¿Por qué hacéis lo que no está permitido en sábado?» (Lc, 6, 1-2).

Estas espontáneas discusiones parecen haber sido referidas de un modo bastante accidental y, sin embargo, ilustran perfectamente la clase de interrogatorio a que los inquisidores de Jerusalén sometían constantemente a Jesús. Si nos sentimos inclinados a interpretar estos pasajes como simples discusiones fortuitas, se debe a que no somos capaces de captar el profundo respeto que los judíos de la época sentían por el sábado y por la Ley. Incluso en nuestros días, a los turistas extranjeros que visitan Israel les está terminantemente prohibido ingerir bebidas alcohólicas en sus hoteles en día de sábado, y ha habido ocasiones en Jerusalén en que los turistas extranjeros se han visto apedreados por conducir un automóvil en sába-

do. Esto nos puede ayudar a hacernos una más perfecta idea del enojado asombro de los fariseos y los escribas cuando, tras haber criticado apasionadamente las violaciones del descanso sabático por parte de Jesús, hubieron de escuchar de sus labios la siguiente respuesta: «El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2, 27.) No tenemos, pues, motivos para sorprendernos de que ellos se ofuscaran y «deliberaran entre sí qué harían con Jesús» (Lc. 6, 11).

Una vez detectada la sospecha de blasfemia por el procedimiento de enjuiciar las opiniones de Jesús con arreglo a la medida de sus propios valores, los inquisidores comenzaron a moverse y a propalar el rumor de que Jesús era un «bastardo» (en hebreo, *mamzer*) y un «bebedor y comilón»; cualquier cosa con tal de menoscabar la elevada opinión que el pueblo tenía de él. Al fin y al cabo, por lo que se refiere a los descreídos, la Ley establecía que si alguien era sospechoso de apostasía, debía investigarse el origen del presunto culpable, porque los bastardos (producto de un matrimonio inválido o de unas relaciones ilícitas) eran sospechosos de tener tendencia a la traición y a blasfemar de Dios. Mientras una persona de origen dudoso viviera según la voluntad divina, no tenía por qué ser objeto de afrenta alguna; pero si se le ocurría apostar, entonces debía exponerse sin piedad su origen ilegítimo (Lev. 24, 10 ss.). Además, los epítetos despectivos como «glotón», «borracho», etc., implicaban también la insinuación de un nacimiento ilegítimo (Dt. 21, 20).

Con todo, la gente sencilla no prestaba atención a tales injurias, al menos de momento. En todos los lugares acudían en tropel, entusiasmados, a escuchar a Jesús, y los inquisidores se veían atenazados por el miedo a la reacción de la gente (Mc. 12, 12).

Entonces se produjo un cambio de estrategia. Puesto que el populacho no podía reconocer en Jesús a un blasfemo contra la Ley, los inquisidores se propusieron el objetivo de intentar demostrar que Jesús era un sujeto peligroso que excitaba los sentimientos antirromanos de la población que vivía en torno al lago de Galilea; y sobre esta base podrían proceder a presentar una denuncia contra él ante el gobernador Pilato o ante el rey Herodes Antipas. Juan el Bautista, que se había visto enredado en una parecida estratagema, había sido arrestado y se le había impuesto el consiguiente castigo. Los inquisidores trataban de tender a Jesús una trampa semejante. Poniendo especial cuidado en adoptar un aire de modestia, con objeto de impresionar a la multitud, le hicieron otra pregunta: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios con franqueza, y que no te importa de nadie, porque no miras la condición de las personas...»

Se produjo un repentino silencio entre la multitud y, cuando todos habían aguzado sus oídos, escucharon la brusca pregunta: «¿Es lícito pagar tributo al César o no?»

Si Jesús decía que había que pagar tributo al emperador romano, los nacionalistas presentes entre la multitud quedarían decepcionados. Y si decía que no había que pagar el tributo, sus enemigos podrían interpretar su declaración como un acto de agitación demagógica. Atrapado en esta sutil trampa, ¿qué podía responder Jesús?

La multitud esperaba, manteniendo la respiración. Jesús pidió que le fuera mostrada una moneda de plata, y preguntó que a quién pertenecía el busto que en ella estaba grabado. Al decirle que se trataba del emperador de Roma, del César, Jesús prosiguió diciendo: «Pues lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios» (Mt. 22,



15 ss.). Los inquisidores no encontraron palabras con qué responderle. No podían hallar una prueba sólida que le hiciera sospechoso de ser un agitador antirromano y, por otra parte, no conseguían imbuir en la mente del pueblo una imagen de Jesús como hereje religioso. En consecuencia, se vieron obligados a marcharse cabizbajos.

Jesús estaba solo. Lo que le angustiaba no era la tenaz persecución de parte de los inquisidores. Las trivialidades no le inquietaban. La causa de su tristeza había que buscarla en todas las ciudades que rodeaban el lago (el único mundo que él conocía por entonces), donde se derramaban demasiadas lágrimas. A partir de las narraciones evangélicas sobre su ministerio en Galilea, entramos en contacto con los enfermos y los lisiados que en ellas aparecen.

Conocemos a una madre que ha perdido a su hijo, o a un padre al que se le muere su hijita. Conocemos también a los odiados recaudadores de impuestos y a las prostitutas cuando entran en escena. Pero esa triste situación no se reduce a aquellos individuos que son expresamente mencionados, sino que, en el trasfondo, percibimos la doliente presencia de un inmenso número de seres desdichados que los evangelistas no describen con tanto detalle.

Jesús iba andando de una ciudad a otra cuando no se trasladaba en barca de una a otra orilla del lago. Había pasado el invierno y una vez más se percibía la llegada de la primavera. El lago estaba en calma bajo el sol, y a lo largo de sus costas florecían por doquier las rojas anémonas. A lo lejos, sobre el horizonte, se destacaba el monte Hermón, con su nevada cumbre. ¡Primavera de Galilea! ¿Dónde hallar una naturaleza más apacible? Aquello no era sino un deslumbrador trasunto de la imagen del amor

de Dios y del Dios del amor que Jesús llevaba en su corazón. Y, sin embargo, resultaba extremadamente desgarrador el verse obligado a asistir a la cruel realidad de la vida humana en el interior de aquellas ciudades y aldeas. ¿Qué hacer para poder reconciliar el sufrimiento de la existencia humana con la existencia del Dios del amor?

Una ojeada a las «narraciones de milagros» nos ayudará a entender hasta qué punto se esforzó Jesús, junto con sus discípulos, por tratar de aliviar las penalidades de aquellos desgraciados seres. Incluso se atrevió a acudir a los lugares donde vivían juntos los odiados y marginados leprosos. Los enfermos de malaria inspiraban verdadero terror a quienes les consideraban «poseídos por los demonios», pero no existe la menor duda de que los pasos de Jesús se movían en dirección a las covachas en que aquellos enfermos se veían obligados a permanecer, lejos de las ciudades. Jesús no podía creer que el Dios del amor hubiera abandonado a aquellos seres que ya habían sido abandonados por los demás. Algunos de los lugares en que vivían aislados aquellos enfermos no distaban demasiado de la higiénica ciudad ribereña de Tiberíades. Pero a Jesús nunca se le pasó por la mente la idea de entrar en dicha ciudad. No sentía ningún interés por sus satisfechos moradores, tan santurriones y tan ricos. El interés de Jesús se orientaba, más bien, hacia los que vertían lágrimas a causa de la cruel realidad de la vida: los enfermos y los lisiados que salían arrastrándose de las innumerables cuevas alejadas de las ciudades y aldeas azotadas por la pobreza.

Y el corazón le dolía al verlos. Como la sangre que mana de una profunda herida, así fluía su amor y su compasión. Nosotros mismos, por propia experiencia, sabemos cómo nos atraen las personas amables y hermosas, y

con qué facilidad cerramos los ojos ante esas otras personas sucias y feas. A Jesús le ocurría lo contrario: sentía predilección por los leprosos y las prostitutas, a quienes los demás despreciaban. Piénsese en los desdichados individuos que aparecen en las narraciones de los milagros. El peso del dolor de todos ellos gravita sobre las reducidas espaldas de Jesús. Y tal vez, ya entonces, surgiera de su interior la profunda queja: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

En más de una ocasión debió de aflorar a sus labios, en nombre de aquellos infortunados seres de Galilea, este lamento del libro de los Salmos que más tarde pronunciaría desde el propio cadalso de la cruz.

Pero los espías de Jerusalén no se daban en absoluto por vencidos. Ellos sabían perfectamente cuán voluble es la opinión pública. Poco a poco llegaría el momento en que las masas sentarían la cabeza. El momento en que se desvaneciera la ilusión y se enfriara el apasionamiento. Lo que había sucedido era bien simple: el pueblo sencillo de Galilea había depositado sus sueños y esperanzas en la persona de Jesús. Pero la disparidad existente entre el Jesús real y el Jesús de sus sueños no tardaría en manifestarse. El tiempo estaba de parte de los espías, que podían permitirse tener paciencia.

Al principio, las gentes del lago habían visto en Jesús a un sucesor de Juan el Bautista. Habían proyectado sobre Jesús, el discípulo favorito de Juan, el respeto y el apoyo que anteriormente habían tributado a la persona del profeta, trágicamente muerto en la fortaleza de Maqueronte. Pero cuando se percataron de que Jesús no proseguía la práctica de bautizar a la manera de Juan, las expectativas que les inspiraba Jesús cambiaron de dirección. Se habían

oído ciertas especulaciones en el sentido de que Jesús, con el oportuno apoyo popular, podría ser precisamente el hombre indicado para intentar algo grande. En la mente del pueblo permanecía indeleble el recuerdo de la revuelta que había estallado, treinta años atrás, en la ciudad galilea de Gamala, donde un hombre llamado Judas había conseguido reclutar una banda de gentes incondicionales con las que llegó a apoderarse de Séforis, un arsenal romano a tres kilómetros al norte de Nazaret, en su primera acción encaminada a devolver su orgullo al país conquistado de los judíos. Sin embargo, gracias al general romano Varo, no tardó en presentarse a los insurgentes la oportunidad de escoger entre una muerte heroica y una rendición humillante. El espíritu de héroes que les animaba pasó, por consiguiente, a constituir la herencia de una fraternidad secreta denominada los «zelotes». Y fue la región de Galilea el lugar de nacimiento del partido zelote. No hay error en lo que Fosdick escribió en su libro *El hombre de Nazaret*: «Parece evidente que algunos de ellos (los zelotes) pensaron que Jesús podría llegar a ser el líder de su resistencia armada contra Roma. Precisamente esto constituía su principal necesidad: encontrar a una personalidad capaz de provocar el entusiasmo y hacer que el descontento general desembocara en una insurrección declarada y definitiva.»

Las personas como los zelotes, y otros elementos que propugnaban una revuelta de Galilea, tenían al menos motivos para pensar que la enorme popularidad de Jesús podía ser usada ventajosamente para su causa.

Jesús sabía perfectamente que había quienes alimentaban estas esperanzas entre las multitudes que le rodeaban; pero no sólo entre esas multitudes, sino que incluso dentro del reducido círculo de sus discípulos se encontraba Simón, el cual había estado anteriormente vinculado a

los zelotes. Y también estaba Pedro. Y Judas. Y el propio Jesús sabía qué ideas rondaban la mente de aquellos hombres mientras oían hablar a su maestro.

Pero Jesús tenía decidida la actitud que debía adoptar frente a aquellos discípulos. Como galileo, también él era sensible a la firme resolución de aquellos patriotas. Era plenamente consciente de las ansias y del tormento que padecían los judíos, tanto tiempo oprimidos por la tiranía de unos invasores extranjeros. Únicamente discrepaba con ellos acerca del modo de satisfacer aquellas tremendas ansias. Se lo diría más tarde: «Todos los que empuñan la espada, a espada perecerán» (Mt. 26, 52). Y en otra ocasión dejaría caer tranquilamente aquellas palabras: «Mi reino no es de este mundo» (Jn. 18, 36). Pero todo esto vendría más tarde. De momento, en aquella primavera de Galilea, se contentó con pronunciar moderadas frases de advertencia:

Vuestro Padre celestial hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos (Mt. 5, 45).

Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan (Lc. 6, 27 s.).

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mt. 7, 15).

No sabemos cómo acogió la multitud que le rodeaba estas palabras de Jesús. Lo más probable es que aquella muchedumbre fuera incapaz de captar el significado de lo que Jesús decía. Ni siquiera sus discípulos más íntimos podrían desentrañar su verdadera intención.

Se acercaba la fiesta de la Pascua del año 31. Tradicionalmente se creía que el Salvador mesiánico de los judíos haría su aparición durante el tiempo de Pascua. Las

cadenas romanas que sujetaban a los judíos se habían estrechado aún más desde la Pascua del año anterior, produciendo el efecto no deseado de incitar cada vez más el patriotismo judío a medida que se aproximaba la Pascua siguiente. Justamente en esta coyuntura se produjo en Jerusalén un nuevo incidente: el gobernador Pilato hacía aplicar la pena de muerte a un cierto número de galileos (Lc 13, 1); y, por si esto fuera poco, sucedió que la torre de Siloé se derrumbó accidentalmente, causando dieciocho víctimas. En la agitada atmósfera creada por estos desastres, el pueblo estaba aguardando que sucediera algo aún más grave. Y poco a poco, junto a las orillas del lago de Galilea, la gente empezó a ver en Jesús al que podía hacer que ocurriera algo realmente grande. De entre las multitudes se elevaban ciertas voces que sugerían que el Mesías tanto tiempo esperado era el mismo Jesús.

El clímax del ministerio de Jesús en Galilea resultó ser un acontecimiento ocurrido cuando «estaba próxima la Pascua, fiesta de los judíos» (Jn. 6, 4): la gente, viendo que Jesús se dirigía hacia las montañas, se congregó en torno a él en gran número (Jn. 6, 2 s.).

Aquella tarde Jesús habló de muchas cosas, y cuando el sol comenzaba a tocar el horizonte, la multitud seguía sin dar señales de querer dispersarse. Después de que Jesús oyó a sus discípulos que no disponían más que de dos peces y cinco hogazas de pan que habían preparado para sí mismos, hizo que la multitud se repartiese en grupos más pequeños y se sentase cómodamente sobre la hierba fresca; después relata el Evangelio cómo Jesús realizó el prodigio de dar de comer a todos los presentes, multiplicando los cinco panes y los dos peces en más de cinco mil raciones.

Los Evangelios recogen gran número de milagros realizados por Jesús, pero el único que relatan los cuatro evangelistas es este de la multiplicación de los panes y los peces. Muchos exegetas relacionan esta narración del milagro con el Libro II de los Reyes (4, 42 ss.), donde se nos cuenta cómo el profeta Eliseo multiplicó veinte panecillos de cebada para dar de comer a cien personas; lo que dichos exegetas tratan de indicar es que el relato veterotestamentario sirvió de base para la narración evangélica.

Pero lo que a mí me interesa especialmente es un aspecto reseñado en el Evangelio de Juan: el que los acontecimientos tuvieran lugar en una fecha próxima a la Pascua, que era la fiesta por excelencia que nutría el sentimiento nacionalista de los judíos. El episodio se produjo precisamente en el momento en que la enorme popularidad de Jesús coincidía con una tremenda intensificación del ansia popular por la llegada del Mesías, por la venida del Salvador, que arrojaría al enemigo invasor y restauraría el Reino de Judá. El número de cinco mil personas tal vez sea exageración del evangelista, pero no hay duda de que la gente que rodeaba a Jesús constituía una gran multitud. Al final del relato joánico de los acontecimientos de aquel día, el autor consigna sin dejar lugar a dudas un asombroso hecho que los demás evangelistas pasan por alto, a saber, que «dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo» (Jn. 6, 15).

Aquella multitud hambrienta de cinco mil personas carente de provisiones simboliza a la totalidad de la nación judía, y la acción de Jesús de compartir su propio sustento con todos y cada uno de ellos, como corresponde al amor, constituye el aspecto esencial de esta narración del milagro que, por otra parte, es análogo a la acción que

realiza Jesús en el transcurso de la Última Cena; sólo que en el trasfondo de la narración del milagro subyace el hecho histórico de que Jesús rechazó terminantemente el papel de «Mesías terreno» que quería atribuirle la multitud.

Si tenemos claramente presente este aspecto mientras leemos cuidadosamente otro episodio acaecido en las cercanías del lago de Galilea, el famoso Sermón del Monte, no podremos dejar de percibir una singular relación entre ambos. Todos los Evangelios emplean una parecida fórmula introductoria para crear el ambiente del milagro de los panes y los peces y del Sermón del Monte. Aunque Mateo dice que este último tuvo lugar literalmente «en un monte», y que el milagro de la multiplicación de los panes y los peces acaeció «en un lugar solitario», sin embargo, ambas expresiones tomadas en conjunto pueden interpretarse en el sentido de que los dos episodios ocurrieron lejos de cualquier lugar habitado. Además, ambos acontecimientos se produjeron en presencia de los discípulos y de una gran multitud. Apenas podremos dejar de concluir que los dos relatos se refieren a acontecimientos acaecidos en un mismo y único día. Y habremos de pensar, además, que ambas narraciones están mutuamente relacionadas.

Confrontando los dos relatos, uno con otro, vemos que la acción se desarrolla del siguiente modo: una tarde, cerca ya del día de la Pascua, una enorme multitud que se había congregado en un monte pide a gritos a Jesús, de manera unánime, que allí mismo, y en aquel momento, se ponga al frente de ellos y encabece la reconquista del Reino de Judá. Y también a voz en grito le prometen que habrán de seguirle si acepta ser su caudillo. Ante la inminencia de la Pascua, la multitud se sentía ya presa del espí-

ritu nacionalista con que se celebraba aquella fiesta. Los Evangelios no refieren explícitamente ningún detalle que refleje el ávido apasionamiento de la multitud, pero las palabras de Jesús en Jn. 18, 36 revelan con toda claridad que dicha excitación era perfectamente palpable: «Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido...»

La multitud esperaba la respuesta de Jesús. Sus discípulos se sentaron junto a él y, sin duda alguna, los espías de la inquisición se habían mezclado discretamente entre el pueblo. Tanto unos como otros aguardaban anhelantes las palabras de Jesús.

Pero Jesús no respondió. Posiblemente aprovechó la ocasión para citar algunas palabras del capítulo 61 de Isaías: «... me ha ungido Yahvé. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado; a vendar los corazones rotos» (Is. 61, 1).

Después la gente sintió cómo la voz de Jesús fluía en alas del viento:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Su voz se difundía sobre las suaves colinas de Galilea donde pastaban los rebaños, atravesaba las arboledas que se reflejaban en la superficie del lago y se alejaba por encima de las rojas anémonas que festoneaban la costa. El lago se hallaba en calma bajo el cielo soleado y las pequeñas barquichuelas se mecían en la distancia.

Una fuerte conmoción sacudió a la multitud. Nunca habían imaginado que Jesús iba a responder a sus declaradas expectativas con unas palabras tan sorprendentes. Es cierto que el judaísmo rabínico en el que habían sido formados no ignoraba en absoluto la idea del amor, pero también es cierto que los rabinos no les habían inculcado ese ideal del amor como el valor por excelencia capaz de encender su fervor religioso. A nadie se le había ocurrido exaltar de aquel modo el valor de la pobreza de espíritu, de la mansedumbre, del sufrimiento y de la pureza de corazón. ¡Qué demonios intentaba decir Jesús con aquellas palabras?

Y Jesús prosiguió:

Pero yo os digo a los que me escucháis: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltraten. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica» (Lc. 6, 27-29).

Ni los doctores de la ley ni los sacerdotes les habían jamás instruido, ni de lejos, en esta clase de amor. Ninguno de los profetas, incluido Juan el Bautista, había pronunciado jamás un discurso sobre el amor que pudiera equipararse con el pronunciado por Jesús. El principio del amor que Jesús enunciaba estaba en abierta oposición con todos los comentarios casuísticos referidos a la letra de la Ley. La doctrina de Jesús exigía de los hombres y mujeres un imposible grado de sinceridad de corazón y de espíritu, de pureza, de honradez y de abnegación:

Da a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo no se lo reclames. Y lo que queráis que los hombres os hagan, hacédselo vosotros igualmente. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?... Haced el bien... y seréis hijos del Altísimo (Lc. 6, 30 ss.).

## EL HIJO DEL HOMBRE NO TIENE DONDE RECLINAR LA CABEZA

Espíritu de perdón..., espíritu de sacrificio...; esta doctrina contrastaba totalmente con las máximas de prudencia acerca del éxito en la vida que siempre habían leído en los libros sapienciales o escuchado de boca de los fariseos. Era una invitación a amar que tal vez superaba las posibilidades de los simples seres humanos.

Aquello dejó estupefacta a la multitud. Acababan de escuchar de labios de Jesús una respuesta inequívoca: su negativa categórica. No esperaban tal clase de respuesta a su clamor nacionalista. Se quedaron sentados, llenos de desilusión. Sencillamente, no había manera de conciliar la imagen de Jesús que se habían forjado en sus sueños con la realidad de aquel Jesús que les había comunicado su propio y personal programa. Jesús había rechazado el requerimiento del pueblo con unas palabras que, a partir de entonces, se harían célebres.

La gente se puso en pie y comenzó a descender de la montaña. Algunos de los asistentes, con la amargura de su decepción, se alejaban vomitando frases insultantes. Otros iban gritando su rabia. Los únicos que daban alguna muestra de estar satisfechos eran los espías de Jerusalén: la rueda se había puesto en pleno movimiento, tal como ellos esperaban que ocurriría, y aquel día significaba el principio del fin: la decepción del pueblo con respecto a Jesús sólo podía desembocar en un marcado alejamiento de él.

**L**A desilusión provocada por Jesús no se limitaba exclusivamente a las sencillas gentes de la región del lago que aquel día formaron parte de la multitud que se congregó sobre la montaña en torno a Jesús. Es muy fácil suponer que, dentro mismo del círculo de sus discípulos, se produjo más de una vacilación.

El número de aquellos discípulos se había incrementado apreciablemente durante los seis meses que Jesús había estado predicando. Era bastante más amplio que el reducido grupo de hombres que conocemos con el nombre de los doce apóstoles. Como hemos dicho, el número «doce» era un guarismo sagrado y simbólico para los judíos. Pero, de hecho, las personas que se habían adherido al grupo de los discípulos excedían con mucho esa cifra. Y no procedían de las clases acomodadas de la sociedad, sino que solían pertenecer a grupos sociales del estilo de los pescadores o los recaudadores de impuestos. En un

principio no renunciaron a su trabajo diario; sólo más tarde algunos de ellos dejaron Galilea y se unieron al maestro en sus andanzas.

Entre aquellos galileos, fieles observantes de la religión judía, había algunos que pertenecían al partido de los zelotes; pero aun aquellos que nunca se habían integrado en aquel partido poseían un arraigado patriotismo y una profunda conciencia étnica. Sin duda, cada uno tenía sus propias razones personales para permanecer al lado de Jesús, pero en lo más profundo de sus corazones todos ellos poseían un sentir que se diferenciaba muy poco del sentir de la multitud: el deseo de convertir a Jesús en un caudillo nacionalista. La sincera confesión de uno de ellos no deja lugar a dudas: «Nosotros esperábamos que sería él el que iba a liberar a Israel» (Lc. 24, 21). Y sus esperanzas se hacían cada vez más concretas a medida que crecía la popularidad del maestro en la región próxima al lago de Galilea. Pero, cuando el maestro echó por tierra estas esperanzas terrenas con su Sermón del Monte, se produjeron bastantes dudas entre los mismos discípulos.

La decepción de la multitud y las vacilaciones de los discípulos difícilmente les pasarían inadvertidas a los inquisidores. Si Jesús hubiera seguido el juego y hubiera acogido positivamente el fervoroso requerimiento de la multitud congregada en el monte, los espías le habrían denunciado y habrían corrido a informar inmediatamente a Herodes Antipas y a Pilato, gobernador de Judea, que habrían ordenado detenerle por agitador demagógico; pero las palabras que había pronunciado Jesús eran totalmente contrarias a lo que la multitud había esperado. Los Evangelios demuestran que ni en aquella ocasión, ni en ninguna otra durante todo su ministerio en Galilea, pronunció Jesús una sola palabra que tratara de sugerir que

él era el Mesías, es decir, el que iba a liberar a Israel. Stauffer escribe: «El hecho fundamental e incontestable es que la idea de que fuera el “Mesías” no aparece por ninguna parte en los dichos de Jesús (es decir, en ninguno de los materiales históricos recopilados con anterioridad a la redacción del Nuevo Testamento y que forman un elenco de las palabras pronunciadas por Jesús). Lo mismo se puede decir de cualesquiera otros títulos mesiánicos parecidos, como “hijo de David”, “rey de Israel” o “rey de los judíos”. En otras palabras: los materiales históricos conocidos con el nombre de “dichos de Jesús” no contienen una sola palabra con la que Jesús trate de sugerir su condición mesiánica.» Y en otro lugar afirma Stauffer que «el contenido histórico de los dichos de Jesús nos lleva a la conclusión de que el mismo Jesús nunca cedió a la tentación de autodefinirse como el Mesías».

Los espías no habían conseguido obtener prueba alguna de que Jesús fuera un agitador popular, pero sí que pudieron observar aquel día la desilusión que se reflejaba en los rostros de la multitud y los primeros indicios de duda entre sus discípulos. En consecuencia, se apresuraron a informar de los acontecimientos de aquel día al Sanedrín de Jerusalén, y se reunieron inmediatamente para discutir entre ellos las posibles alternativas. El Sermón de la Montaña constituía un episodio afortunado para aquellos hombres expertos en psicología de masas. Porque cuando una multitud fanática siente que han sido frustradas sus elevadas esperanzas, tiende fácilmente a dirigir su odio contra su antiguo ídolo, con tanta mayor vehemencia cuanto más profunda haya sido su desilusión. Los espías conocían perfectamente el carácter veleidoso de las masas.

Pero también Jesús era profundamente consciente de

este hecho. A lo largo del medio año en que había ejercido su ministerio, desde el momento en que la gente comenzó a agolparse en torno a él y a recibirle en olor de multitud de ciudad en ciudad, tuvo la premonición de que habría de llegar un día en que aquellos mismos hombres y mujeres le rechazarían.

«El Dios del amor»..., «el amor de Dios»... Se dice fácilmente. Lo difícil es dar testimonio, de un modo tangible, de la veracidad de estas palabras. En muchos casos el amor, en realidad, es impotente. El amor, en sí mismo, no produce beneficios tangibles. Por eso nos resulta difícil descubrir dónde puede hallarse el amor de Dios, oculto como está por las realidades concretas que, más bien, parecen sugerir que Dios no existe, o que no habla, o que está airado.

Durante aquellos seis meses no pudo evitar la lacerante impresión de que, en definitiva, lo único que la gente busca son beneficios útiles y concretos. Él predicaba únicamente el amor de Dios y al Dios del amor, pero eran realmente muy pocos los que estaban dispuestos a escuchar su auténtico mensaje. Ni siquiera los discípulos captaban el significado de lo que decía. Al igual que los demás, los discípulos no habían acudido a él en busca del amor, sino en busca tan sólo de una utilidad terrena. Los ciegos no pedían sino recuperar la visión; los parálíticos, poder volver a usar sus miembros; los leprosos, que les fueran cerradas sus purulentas llagas.

Las numerosas narraciones de milagros que aparecen en los Evangelios Sinópticos, lo mismo que en el de Juan, nos hacen constatar la triste realidad de que la multitud no buscaba en Jesús más que prodigios; lo cual es mucho más significativo que el problema, bastante menos intere-

sante, de si Jesús realizó o no realizó los milagros. Por debajo de esas narraciones de milagros podemos percibir la solitaria figura del mismo Jesús, silencioso y de pie en medio de aquella multitud de gentes que no le pedían sino prodigios palpables.

A quien Jesús no rechazó fue a aquella clase de gente como los enfermos y los lisiados. Los Evangelios, por el contrario, nos refieren cómo acudió con sus discípulos al valle de los leprosos, despreciados por todos, y cómo visitó la covacha de un hombre que sufría los tormentos de la malaria. En aquellos tiempos los leprosos solían llevar la cabeza rapada, vestían unas ropas características y se les obligaba a vivir lejos de las ciudades y aldeas. Tenían obligación de proferir un grito de aviso cuando alguien se acercaba. Pero Jesús anduvo por las cuevas de la montaña y los barrancos donde aquellos desamparados leprosos se veían forzados a vivir. Quería devolver la salud a aquellos cuerpos y la vista a los ciegos. Deseaba que los cojos pudieran andar, y devolver a una madre afligida la vida de su hijo.

Y cuando no podía hacerlo, una sombra de tristeza oscurecía sus ojos. Tomaba la mano de un leproso, o la de un cojo, y expresaba de todo corazón su deseo de tomar sobre sí la miseria y el dolor del afligido. Deseaba compartir su sufrimiento, tener la oportunidad de ser partícipe de su tribulación. Pero los leprosos y los tullidos sólo esperaban ser curados, y se acercaban a Jesús suplicándole: «¡Cúranos, cúranos!»

¿Cómo interpretar las exclamaciones de Jesús que, al igual que las narraciones de los milagros, nos transmiten los Evangelios? «¡Generación malvada y adúltera! Una señal reclama, y no se le dará otra señal que la señal del profeta



Jonás» (Mt 12, 39). «¿Por qué esta generación pide una señal?» (Mc. 8, 12). «Si no veis señales y prodigios, no creéis» (Jn. 4, 48). «Dichosos los que aun no viendo creen» (Jn. 20, 29).

El patético realismo de estas palabras de Jesús conservadas en el Evangelio, tiene su razón de ser en el hecho de que la gente que se le acercaba no buscaba «el amor», sino señales y prodigios. Lo único que deseaban era beneficios concretos e inmediatos.

Poco a poco, las intrigas que entre bastidores andaban urdiendo los espías comenzaban a producir su efecto. La intranquilidad y la duda hacían presa en la mente de los discípulos, aun cuando todavía no estaban dispuestos a abandonar a su maestro. Las multitudes de Galilea que habían acudido a él en tropel se encontraban de pronto espabilando de su borrachera de fanático entusiasmo. A sus ojos, Jesús comenzaba a dar la apariencia de «un profeta de esperanzas imposibles». La actividad de los espías había ido engendrando paulatinamente en la mente del pueblo la nueva imagen de un Jesús que no era más que un «pobre hombre» y un «fracasado». Para entonces el verano iba de vencida y se acercaba el tiempo en que los campos de trigo que rodeaban el lago quedarían cubiertos tan sólo de amarillenta paja.

A partir de esa época comenzaron a hacerse más frecuentes las ocasiones en que Jesús podía dedicarse a la oración privada. Y aunque Jesús aún no confiaba nada de lo que le pasaba a sus discípulos, su corazón se debatía en una lucha interior, únicamente comparable en intensidad a la que había experimentado en soledad en el desierto de Judea. Tenía fe en el amor de Dios. Le enternecía tanto dicho amor, que siempre que veía a aquellos lastimosos hombres y mujeres de Galilea, deseaba compartir sus

sufrimientos. Puesto que Dios era el Amor mismo, no podía Jesús concebir que ese Dios fuera capaz de abandonar a aquellas gentes. Sin embargo, nadie parecía percibir el misterio del amor de Dios. Las gentes del lago de Galilea iban apartándose de Jesús, porque pedían beneficios materiales en lugar de amor; y por eso Jesús suplicaba intensamente a Dios que le hiciera discernir lo que debía hacer en tal situación.

«¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» ¡Cuántas veces no habrá aflorado a sus labios este angustioso versículo del libro de los Salmos...! La desgarradora soledad que experimentaba iba dejando en su rostro unas huellas que le hacían parecer más viejo de lo que realmente era. Y, sin embargo, los discípulos no comprendían. Al igual que sucedería en el huerto de Getsemaní, donde no llegarían a percatarse del sudor de sangre de su maestro, también entonces eran incapaces de percibir su sufrimiento interno.

La glacial atmósfera que se iba creando en torno a Jesús comenzó a invadir incluso a ciudades como Cafarnaúm, Corozáin y Betsaida, donde había sido tan calurosamente recibido en la primavera y durante el verano. El «pobre hombre», el «fracasado» y otras pullas parecidas comenzaron también a aparecer en boca de la gente, acompañadas de sarcásticas sonrisas. Y el desapego de estas ciudades le llegaba al fondo del alma (Mt. 11, 21).

Podemos suponer que fue precisamente esta frialdad ambiental la que decidió a Jesús a dejar aquella zona del lago para regresar a Nazaret. No había pasado un año desde que marchó de allí para establecerse junto al lago, con su madre y unos pocos íntimos, pero el desfavorable cambio de las circunstancias le incitaba a volver.

Sin embargo, al parecer, los inquisidores se le habían adelantado y habían informado a la ciudad, porque los habitantes de Nazaret recibieron con recelo a Jesús y a sus acompañantes.

Ni siquiera sus parientes se molestaron en ofrecerse a recibirle en sus casas. Por el contrario, ahora que regresaba después de haber sido medio expulsado de las ciudades y aldeas del lago, lo único que se les ocurría era reprenderle por su falta de responsabilidad al haberles abandonado para marcharse al desierto de Judea (Mc. 3, 21).

En Nazaret, los espías volvieron a provocarle a la discusión. Llegaron a acusarle de que su predicación no era producto de la inspiración de Dios, sino obra del mal espíritu. Algunos de sus convecinos se atrevieron a pedirle un milagro, al igual que los habitantes de las aldeas del lago, sólo que en sus ojos se traslucía una despectiva curiosidad más que una verdadera expectación. Pero, al ver que Jesús no realizaba prodigios, se dejaron llevar por la ira, hasta el punto de llevarle a una escarpada altura que se encontraba al sur de la ciudad, desde donde trataron de despeñarlo (Lc 4, 29).

Si reconstruimos todas las referencias que aparecen en diversos lugares de los Evangelios acerca de las cosas desagradables que le ocurrieron en Nazaret, nos haremos una idea de la animosidad que encontró Jesús a su vuelta del lago de Galilea. Al constatar dicha animosidad, e incluso la oposición de sus parientes y conocidos, Jesús observó que «las zorras tienen guaridas, las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Lc. 9, 58). Cuando escuchamos estas palabras de labios de Jesús, se estremecen de profunda compasión las fibras más íntimas de nuestros corazones. Lamentándose

de que «ningún profeta goza de estima en su tierra», Jesús abandonó una vez más su ciudad natal.

«Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él.»

Esta defección de algunos de sus discípulos, que únicamente se menciona en Jn. 6, 66, probablemente debió de ocurrir por entonces.

Los discípulos que siguieron a su lado quedaron reducidos, al parecer, a un pequeño grupo. El mismo Evangelio de Juan dice que Jesús se volvió a ellos y les preguntó: «¿También vosotros queréis marcharos?»

Los que habían decidido marchar estaban persuadidos, sin duda, de que ya no podían seguir depositando sus sueños en Jesús. La mayoría de ellos seguían considerándole un maestro plenamente capaz de hipnotizar a las masas, y continuaban teniendo motivos para ver en él a un líder digno de tomar el relevo de Juan el Bautista; pero cuando vieron cómo una y otra vez, tanto en la región del lago como en Nazaret, el pueblo le volvía la espalda, aquellos discípulos se desanimaron a seguirle. Por otra parte, también para ellos Jesús se había convertido en un «don nadie» y en un «fracasado».

Por lo que se refiere a los discípulos que optaron por seguir con Jesús, no es fácil imaginar lo que se pasaría por su mente y su corazón. Bien es cierto que cuando Jesús les preguntó con tristeza: «¿También vosotros queréis marcharos?», el Evangelio nos dice que Pedro respondió: «Señor, ¿a quién vamos a ir?»; pero puede que esta respuesta no se pronunciara realmente en aquel momento, y que esas palabras no sean más que una reflexión del *kerigma* (la confesión de fe) de la Iglesia cristiana primitiva; en

tal caso, sería el producto de un ulterior desarrollo redaccional. Pero lo que sigue en pie es el hecho de que a aquellos discípulos que se quedaron con Jesús, a pesar de sus celos y a pesar de sus dudas interiores, les resultaba imposible seguir la actitud de ruptura de los que se habían marchado. Evidentemente, también ellos habían perdido gran parte de las esperanzas que tenían puestas en Jesús. Pero, por la razón que fuese, no podían resignarse a abandonar a su indefenso maestro. Si en su ánimo hubiera estado la idea de desertar, podrían haberlo hecho. Y, sin embargo, por nada del mundo estaban dispuestos a romper con aquel Jesús que en aquellos momentos era un ser marginado y aislado.

La explicación más probable es que, cuanto más débil parecía Jesús, tanto más percibían ellos en su inconsciente el indecible pesar y la tremenda soledad que habrían de experimentar si se decidían a abandonarle.

Después de dejar Nazaret, Jesús y los pocos discípulos que aún seguían con él anduvieron caminando de ciudad en ciudad por aquella desolada región montañosa. Los discípulos estaban exhaustos y a punto de perder totalmente la esperanza. Y Jesús seguía invocando a Dios. De sus labios salía con frecuencia el triste lamento: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» Y mientras lo hacía, comenzaba a detectar en su interior la voz de Dios que le llamaba, a la vez que se iba percatando de lo difícil que había de resultarle obedecer a aquella voz. Pero de esta intensa lucha interior de su maestro, los discípulos no tenían aún la menor idea.

Realmente no sabemos cuántas personas formaban el minúsculo grupo de los que seguían con Jesús. Supone-

mos que eran algunos más de los doce que menciona el Evangelio. Tenemos, por ejemplo, el caso conocido de Judas Iscariote, que habría de desertar al final, en Jerusalén; pero podemos perfectamente suponer que entre tanto pudo haber más desertores. No sabemos los nombres de todos los discípulos, pero sí de los doce, que son: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, Mateo (Leví) y Tomás, Felipe y Bartolomé, Santiago (el hijo de Alfeo) y Tadeo, Simón y Judas Iscariote. Estos nombres aparecen en los Evangelios de Mateo y de Marcos, pero Lucas menciona a un tal Judas, hijo de Santiago, en lugar de Tadeo. No hay que confundir a este Judas con el Judas Iscariote que más tarde traicionaría a Jesús; lo más probable es que los nombres de Judas y Tadeo se refieran a la misma persona.

Hay algo realmente incomprensible en la imagen de esta docena de hombres (quizá alguno más) que caminaban silenciosos detrás de Jesús de Nazaret, arrastrando sus doloridos pies en dirección a la desolada región de las colinas que se extendían hacia el norte.

Ya dije anteriormente que los discípulos no pertenecían a la casta sacerdotal judía, ni poseían la minuciosa formación de los doctores de la Ley. Tampoco procedían de la adinerada clase superior que poblaba Tiberíades. En realidad, no eran más que un grupo de hombres, pescadores, recaudadores de impuestos, etc., pertenecientes a la clase humilde, todos los cuales (a excepción de Judas) habían vivido en las ciudades y aldeas del lago de Galilea hasta que conocieron a Jesús. Las palabras que Pablo escribiría, más de veinte años después, para describir la primitiva Iglesia cristiana de Corinto, podemos aplicarlas perfectamente a aquellos discípulos: «No hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos de la nobleza» (1 Cor. 1, 26).

Sería un error suponer que aquellos hombres se hicieron discípulos de Jesús porque hubieran comprendido su ideal de amor. Como he dicho repetidas veces, la mayoría de ellos se unieron al reducido círculo de los discípulos por las mismas razones que habían impulsado a las grandes multitudes que Jesús encontró junto al lago de Galilea. Nadie puede afirmar que los discípulos, por tratarse de personas sencillas, carecieran del sentido del bien y del mal que es propio de un devoto creyente judío, ni que como individuos estuvieran totalmente libres de vanidad y ambición personal. Los autores del Nuevo Testamento no pudieron ocultar el hecho de que a los discípulos, en definitiva, también les faltaba valor y fuerza de voluntad. Cuando Jesús fue arrestado, no sólo renegaron de él, sino que parece evidente que en lo primero que pensaron fue en su propia seguridad, llegando hasta a pedir clemencia al Sanedrín. En este sentido, eran personas corrientes y vulgares, cobardes como la mayoría de nosotros.

Ciertamente, no comprendían a Jesús. Pero no sólo no le comprendían, sino que además nunca imaginaron que pudiera ser el «Hijo de Dios». Y, sin embargo, continuaban arrastrando sus pies tras las huellas del desconsolado maestro, aun después de que otros muchos hubieran desertado. ¿Acaso veían en los ojos de Jesús una cierta e indescriptible pureza y melancolía? También a nosotros nos ocurre a veces que se cruza en nuestro camino otra persona cuya pureza de corazón nos hace caer dolorosamente en la cuenta de nuestra propia bajeza. Tal vez en aquellos difíciles momentos Jesús seguía siendo esa clase de maestro para aquellos discípulos, y lo único que mantenía unido al pequeño grupo era la sensación de que, si le abandonaban, un amargo remordimiento les acompañaría el resto de sus vidas.

Sin embargo, a pesar de todo esto, también ellos acabarían traicionándolo. (La traición no fue asunto exclusivo de Judas Iscariote, porque, como veremos más adelante, todos los discípulos que aún quedaban tuvieron parte en ella.) Los discípulos, por así decirlo, eran en definitiva exactamente iguales que nosotros: un hatajo de miserables, débiles y cobardes.

No obstante, después de la muerte de Jesús, de repente se les abrieron los ojos. A pesar de su anterior debilidad y cobardía, en adelante nada podría intimidarlos, ni siquiera la muerte. No retrocederían jamás ante el dolor físico. Por la causa de Jesús soportarían impávidos los riesgos de largos viajes y se mantendrían firmes frente a las persecuciones. Pedro padecería el martirio en Roma el año 61. Andrés moriría de hambre en la ciudad griega de Patras. Simón, que había pertenecido al grupo de los zelotes, moriría por predicar a Jesús en la ciudad de Suanir. Bartolomé, después de ser desollado vivo, sería crucificado en la ciudad de Albana.

¿Qué es lo que pudo provocar en ellos una conversión tan prodigiosa y un cambio tan extraordinario? ¿Acaso una simple influencia de Jesús, que en vida no había conseguido nada, hizo actuar a sus discípulos de aquel modo? Al leer el Nuevo Testamento, solemos enfocar sobre todo la figura de Jesús; pero si lo releemos fijándonos en el papel que desempeñan los discípulos, veremos cómo en seguida aflora algo muy singular: esos miserables, débiles y cobardes se transforman en seres de una fe inquebrantable. Pero la verdadera causa que subyace a esta prodigiosa transformación de los discípulos que nos presenta el Nuevo Testamento puede considerarse un auténtico enigma.

Sea como fuere, parece ser que en el otoño de aquel mismo año Jesús y sus discípulos, sin tener literalmente «donde reclinar la cabeza», anduvieron vagando desde la parte meridional de Galilea (Lc. 7, 11) hasta la región de Tiro y Sidón (Mc. 7, 24-31). La misma imprecisión sobre los lugares que atravesaron en su itinerario es una especie de evidencia de lo doloroso que debía de resultar el recuerdo de aquellos días para los pocos discípulos que sobrevivieron y refirieron los hechos a los autores neotestamentarios. El combate interior de Jesús superaba la capacidad de comprensión de los discípulos, y el mismo Jesús se esforzó por evitar que la atención de la gente se concentrara en su persona (Mc. 7, 36; 8, 26). Por consiguiente, podemos deducir sin esfuerzo que el ya reducido número de discípulos se iba haciendo cada vez menor: uno hoy, otro mañana, siempre había alguien que abandonaba a Jesús.

## VII

### JESÚS, EL INEFICAZ

**N**O sabemos cuánto tiempo duró este deambular semiignorado de Jesús y sus discípulos. Al parecer, atravesaron la parte meridional de Galilea, torcieron luego hacia Tiro y Sidón y regresaron por fin, una vez más, a la región cercana al lago; el Evangelio de Marcos sugiere además, aunque de un modo impreciso, que llegaron incluso hasta la parte septentrional de Transjordania. Como dice Stauffer refiriéndose a este viaje, no tuvo ninguna de las espectaculares connotaciones de sus anteriores andanzas, sino que «tuvo todo el aspecto de una auténtica huida». Fue un viaje en el que las multitudes ya no se agolpaban en torno a ellos; ya no les recibían con aclamaciones en las ciudades y aldeas. En ocasiones las lluvias del otoño les calaban hasta los huesos, y otras veces apenas encontraban un lugar en el que pasar la noche.

Fuese cual fuese la duración del viaje, la vida interior de Jesús había entrado en una etapa de lucha mucho más

angustiosa que la que tuvo que soportar en el desierto de Judea. Nos es totalmente imposible comprender la naturaleza de su interno dolor. Su corazón estaba saturado de un misterio demasiado profundo como para ser desentrañado por la mente humana.

Lo único que podemos decir es que, durante aquellos difíciles días, la confianza de Jesús en el Dios del amor no vaciló en lo más mínimo. Es cierto que clamaba a Dios con gritos de angustia, pero esa misma angustia no hacía sino profundizar su fe. Evidentemente, Jesús seguía tratando que Dios le ayudara a descubrir el modo más adecuado de dar fe ante la gente de su amorosa presencia, pero su propia sensación de confianza en Él no sufrió ninguna merma.

Aquel sinnúmero de hombres y mujeres desdichados con quienes había tropezado en todos los lugares cercanos al lago, se encontraban allá adonde dirigiera su mirada, en aldeas sumidas en la miseria. Aquellas aldeas y sus habitantes constituían para él todo el Universo. ¿Qué podía hacer él, pues, para convertirse en el compañero eterno de todas aquellas gentes infelices? Para poder revelarles el amor de Dios, tendría que arrancarles del triste mundo de desesperanza en que vivían. Jesús sabía que la pobreza y la enfermedad no son, en sí mismas, lo más difícil de soportar; lo peor es la soledad y la desesperación que producen.

Jesús no podía realizar todos los milagros que la gente le pedía. En las ciudades ribereñas del lago se había sentado a enjugar el sudor de un enfermo consumido por la fiebre y abandonado de todos, o había sostenido en silencio, durante toda una noche, la mano de una madre que había perdido a su hijo; pero no podía hacer milagros. Por

eso las multitudes comenzaron a tildarle de «inútil», exigiéndole que se marchara de su región. Con todo, la mayor desgracia que Jesús descubrió en aquellas gentes afligidas era que no tenían a nadie que supiera amarles. En el centro de su infelicidad estaba el dolor, mezclado con la propia desesperanza y soledad, de la falta de amor. Y era precisamente amor lo que necesitaban, más que curaciones milagrosas. Jesús conocía el anhelo que los seres humanos sienten de tener una compañía firme y duradera. Aquellos seres necesitaban un compañero, una especie de madre capaz de compartir su terrible dolor y de llorar con ellos. Jesús creía que Dios, por su misma naturaleza, no respondía a la imagen de un padre severo, sino que era más parecido a una madre que participa de los sufrimientos de sus hijos y les acompaña en el llanto; y para poder testimoniar el amor que Dios sentía por aquellos hombres y mujeres sumidos en el infortunio, cada vez que Jesús se topaba con ellos junto al lago de Galilea, oraba para que, una vez llegados al Reino de Dios, pudieran ver las cosas tal como él las veía:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

Pero ¿qué podía hacer él para convertirse en el compañero eterno de aquellos hombres y mujeres? Esta era una de las preguntas que Jesús no dejaba de hacerse durante aquellas tristes jornadas, mientras arrastraba sus pies a lo largo del camino en compañía de sus discípulos. Tal vez a partir de entonces comenzó a percibir paulatinamente cómo le llegaba en respuesta la voz del Dios amoroso.

Pero aún había de acecharle otro peligro inesperado

a lo largo de aquel penoso peregrinar. Según el Evangelio de Marcos, los miembros del grupo de espías se unieron a los secuaces de Herodes Antipas en un complot destinado a acabar con la vida de Jesús. Intuyendo el peligro que corría personalmente, Jesús se vio obligado a ausentarse de los dominios de Herodes con sus discípulos. Él mismo dijo tranquilamente a los fariseos: «Conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén» (Lc. 13, 33).

«Conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante...» Tal vez fuera el gran Día de la Reparación del año 30 cuando Jesús y su grupo se encaminaron hacia la región montañosa cercana a Cesarea de Filipo, la ciudad construida por el rey Herodes Filipo en honor del emperador romano Augusto. Completamente circundada de elevadas colinas y junto a las fuentes del río Jordán, la ciudad había llevado anteriormente el nombre de Baalgad (Jos. 11, 17) y también el de Baal-Hermón (Jc. 3, 3), porque desde lo alto de las colinas podía verse la nevada cumbre del monte Hermón.

Llegado a esta montañosa región con sus discípulos, abatido por el desvanecimiento de sus esperanzas, Jesús habló en privado con ellos por primera vez acerca del destino que les aguardaba. Les habló de su decisión de elegirles como sucesores suyos. El Evangelio de Marcos lo refiere con estas palabras:

Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó a los Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (Mc. 3, 13-14).

Por lo general, los comentaristas bíblicos se han atenido a una tradición que determina el momento de la elección de los doce al comienzo de su predicación junto al lago de Galilea. En mi opinión, dicha elección tuvo lugar

en la zona montañosa de Cesarea de Filipo, el lugar adonde arribó el grupo al final de la dolorosa y vacilante peregrinación que siguió a la expulsión de Jesús de la región del lago y al rechazo que tuvo que soportar en su ciudad natal de Nazaret. Es más lógico imaginar que Jesús confiara por primera vez su secreto a aquel puñado de hombres, y les urgiera a agruparse mediante un especial vínculo de unión, únicamente después de que dichos hombres hubieran decidido permanecer junto a él a pesar de la desertión de tantos otros. Podemos considerar que su peregrinar fue una especie de proceso de depuración, una oportunidad de poner a prueba la ligazón existente entre los discípulos y Jesús; y que sólo tras el definitivo abandono de los que tenían que marchar, abrigó Jesús algunas esperanzas en los que habían sido capaces de permanecer con él. En mi opinión, el pasaje de Mc. 3, 13-19 debe ponerse en relación directa con Mc. 8, 27. Del mismo modo, Mt. 10, 1-4 habría que verlo en conexión con Mt. 16, 13; y Lc. 6, 12-16, con Lc. 9, 18.

Las colinas en torno a Cesarea de Filipo ofrecen una panorámica general de la ciudad, abajo en el valle. No muy lejos de la ciudad existe un manantial del que nace un arroyo que se precipita en forma de cascada. Ese punto señala la cabecera del río Jordán, cuya corriente comienza allí su serpenteante recorrido hasta desembocar en el lago de Galilea (desde donde Jesús y sus discípulos habían iniciado su propio peregrinar); después el río vuelve a salir del lago y se adentra en el desierto de Judea. Como bien sabían los discípulos, fue en este río donde Jesús recibió el bautismo de manos de Juan.

Tal vez recordando aquel lejano día, les dijo Jesús: «Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla...!» (Lc. 12, 50).

Los discípulos no entendieron las enigmáticas palabras de Jesús de que «tenía que ser bautizado». Únicamente podían mirarle fijamente y descubrir en Jesús un rostro aún más abatido que el de ellos, y una mirada aún más triste.

«He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido...!» (Lc. 12, 49).

Los discípulos aún no se percataban de que, por primera vez, su maestro estaba confiándoles su muerte próxima. Aún no entendían que todo el objeto de la vida de Jesús consistía en afirmar la presencia del amor de Dios en el mundo real, en incendiar de amor este mundo.

¿Por qué eligió Jesús estas veladas expresiones para revelar a sus discípulos su pasión y muerte? ¿No actuaba, tal vez, como una madre que hubiera contraído alguna enfermedad incurable y decidiera dar a entender a sus hijos la inminencia de su muerte, pero con palabras que no produzcan en ellos alarma?

Más tarde se lo diría abierta y claramente: «El Hijo del Hombre se va, como está escrito de él» (Mt. 26, 24).

Finalmente, los discípulos intuyeron, por la forma de hablar del maestro, que su destino era precisamente el que los profetas habían anunciado. ¿Los profetas? ¿Qué profetas? Los Evangelios no lo dicen, pero sin duda los discípulos le pedirían que identificara al profeta en cuestión, y probablemente los labios de Jesús pronunciarían el nombre de Isaías, y les pediría que recordaran el Canto del Siervo de Yahvé:

Despreciable y desecho de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias,

Como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no lo tuvimos en cuenta.

¡Y con todo, eran nuestras dolencias las que él llevaba, y nuestros dolores los que soportaba!

Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado.

Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas.

Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados.

Todos nosotros, como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino.

Y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros.

Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca.

Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.

Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de su causa ¿quién se preocupa?

Fue arrancado de la tierra de los vivos; por nuestras rebeldías fue entregado a la muerte.

Y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba.

Por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca.

(Isaías 53, 3-9)

Los discípulos no podían sondear las verdaderas intenciones de Jesús. El Canto del Siervo de Yahvé tenía algo de siniestro y aterrador. Aún menos estaban dispuestos a aceptar que hubiera de ser su propio maestro el que debiera afrontar el desdichado destino del siervo sufriente. Pero era el mismo Jesús quien predecía su propia derrota más que su victoria. ¿Por qué debía Jesús soportar semejante pasión?, se preguntaban. ¿Qué senti-



do podía tener? ¿Por qué habría Dios de abandonarlo? Los discípulos no podían comprender.

Tal vez, en su desesperación, le hicieran directamente estas preguntas a Jesús. Pero no tenemos modo de saber si les respondió o si permaneció en silencio. Lo que sí sabemos es que ellos se quedaron sin resolver el confuso problema. Porque si hubieran sido capaces de captar todo el significado de las palabras de Jesús, no habrían tenido motivos para sumirse en aquel estado de consternación que más tarde habrían de manifestar, cuando la muerte anonadó a su maestro de aquel modo tan terrible.

Los discípulos, por tanto, no pudieron acoger este primer intento de Jesús por confiárseles sino con inquietud y asombro. Es cierto que hay en el Nuevo Testamento determinados pasajes, basados en la fe de la primitiva Iglesia, que dan la impresión de que los discípulos eran, de hecho, capaces de comprender; pero tanto el Evangelio de Mateo como el de Marcos no pueden por menos de confesar la conmoción, el desasosiego y la consternación que se apoderó de ellos.

«Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: “¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!”» (Mt. 16, 22).

«Entonces, Pedro, tomándole aparte, se puso a reprenderle» (Mc. 8, 32).

Pero esta reacción no fue únicamente de Pedro. La misma respuesta emotiva manifestaron todos los discípulos que se hallaban presentes cuando Jesús hizo aquella declaración. En mi opinión, los nombres de los discípulos que aparecen en el Nuevo Testamento no hay que entenderlos siempre referidos exclusivamente a los individuos

que son nombrados concretamente, porque en algunas ocasiones esos nombres concretos y personales parecen representar a todo el grupo de los discípulos, o a un cierto número de ellos (léase, por ejemplo, el relato de la traición de Pedro); y esta forma de emplear los nombres resulta particularmente evidente en los casos de Pedro y Judas. En los pasajes a que nos estamos refiriendo ahora, se puede afirmar con toda tranquilidad que los sentimientos atribuidos a Pedro son los sentimientos de todos los discípulos. Hay un versículo en el Evangelio de Mateo que evidencia con toda claridad que todos ellos compartían el sentir de Pedro: «... Y (los discípulos) se entristecieron mucho» (Mt. 17, 23). Naturalmente, podemos imaginar que, en el contexto de esta situación, Jesús diría a sus discípulos bastantes más cosas para ayudarles a comprender.

«... que tampoco el Hijo del Hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc. 10, 45).

«Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13).

Podemos suponer que también en esta ocasión pronunció Jesús palabras como éstas con objeto de hacer comprensible la decisión que les había anunciado. Cuando Jesús emplea las palabras «por muchos» o «por sus amigos», seguramente no se refería a las personas satisfechas de sí mismas, como muchos de los sacerdotes y doctores de la Ley que vivían en Tiberíades, sino más bien a los hombres y mujeres pobres de la región del lago de Galilea que se arrastraban hasta él desde sus miserables viviendas. Pensaba en los grupos de leprosos expulsados de las ciudades y forzados a sobrevivir en alguna inhóspita torrentera; pensaba en tantos y tantos seres que había

conocido: madres afligidas por la muerte de sus hijos, ancianos faltos de vista, hombres que no podían caminar, niños que se debatían entre la vida y la muerte. Él estaba allí, compartiendo con ellos su sufrimiento, llevando con ellos su carga, convirtiéndose en su compañero eterno. Por eso deseaba tomar sobre sí todos sus dolores y ser inmolado como el cordero sacrificial de la Pascua. No hay amor más grande que dar la propia vida por los amigos: por la humanidad. Y aunque este sacrificio pueda parecer debilidad a los ojos de algunos, sigue siendo el más sublime testimonio de la existencia de Dios.

El Evangelio de Marcos, como hemos dicho, relata el deseo de Jesús de que sus discípulos se separen de él y vayan en misión a predicar. «Subió al monte... e instituyó a los Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc. 3, 13-14).

Lucas añade que, inmediatamente antes de dar este paso, Jesús había pasado todo un día en oración. Es muy probable que esa jornada de oración supusiera para Jesús un angustioso combate interior, semejante a la agonía del huerto de Getsemaní, donde su plegaria se transformaría en un angustioso sudor de sangre. Pero, al igual que entonces, sintió que su deseo se conformaba con la voluntad de Dios; y su deseo consistía en asumir el dolor de toda la humanidad, a fin de convertirse en el compañero eterno de todos los hombres.

En aquellas colinas de la región de Cesarea de Filipo tomó Jesús la decisión de separarse durante algún tiempo de sus discípulos. El objeto de dicha separación era que los discípulos estuvieran preparados para recoger, después de su muerte, la herencia de su propia inspiración. Se trataba de adiestrarles no sólo para la obra misionera, sino tam-

bién para que fueran capaces de soportar las dificultades que habrían de presentárseles tras la muerte de Jesús.

Les dio, además, las siguientes instrucciones para el viaje: 1), viajar de dos en dos (Eccl. 4, 9-10); 2), no llevar provisiones, ni equipaje, ni dinero, sino un simple bastón, un par de sandalias y una sola túnica (Mateo dice que ni siquiera han de llevar sandalias ni bastón, y para Lucas no hacen falta las sandalias; pero yo he preferido seguir el relato de Marcos); 3), anunciar a la gente que «el Reino de los cielos está cerca»; 4), aceptar la hospitalidad de quien la ofrezca gustoso, pero no tratar de forzar a nadie a que se muestre hospitalario.

«Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica... Tratad a los demás como quisierais que ellos os trataran... No juzguéis... No busquéis recompensa... Perdonad... Sed generosos...»

Yo no sé cómo recibirían los discípulos aquellas normas prácticas que el maestro les daba para el viaje; pero sí sabemos que fue por entonces cuando Jesús les enseñó que, para orar, deberían hacerlo del siguiente modo:

Padre nuestro que estás en los cielos,  
santificado sea tu nombre,  
venga a nosotros tu Reino;  
hágase tu voluntad  
así en la tierra como en el cielo.  
Danos hoy nuestro pan de cada día,  
y perdona nuestras ofensas  
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden,  
y no nos dejes caer en tentación,  
mas líbranos del Mal.

(Mt. 6, 9-13)

Como dije antes, me resulta imposible estar de acuerdo con Schweitzer y otros exegetas, para quienes el viaje apostólico en misión tuvo lugar en la época del ministerio de Jesús junto al lago de Galilea. Tampoco creo que Jesús esperara que sus discípulos regresaran coronados por el éxito de su misión evangelizadora. Jesús sabía que la actitud de los discípulos apenas había cambiado desde los tiempos en que habían tratado de alejar al «mendigo ciego» y hacer que dejara de llamar a gritos a Jesús (Mc. 10, 48), o cuando intentaron impedir que los niños se le acercaran (Mc. 10, 13). En realidad, el verdadero interés de Jesús era doble. Por una parte, consideraba que la separación y el viaje de los discípulos eran necesarios al objeto de que su fe fuera realmente sólida el día en que, por fin, se les abrieran los ojos; lo cual sucedería después de la muerte del maestro. Por otra parte, deseaba que también la gente de fuera de Galilea supiera que su muerte inminente significaba la venida del «Reino de Dios», un universo de amor basado en la presencia del amigo y compañero de toda la humanidad. Jesús, por consiguiente, sólo concibió la idea de enviar a sus discípulos en misión después de haber percibido que su propia muerte estaba próxima.

He mencionado el nombre de Schweitzer, y me gustaría añadir que este celeberrimo biblista concedía una gran importancia al pasaje de Cesarea de Filipo en que Jesús declara por primera vez que él es el Mesías:

Salió Jesús con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo, y por el camino hizo esta pregunta a sus discípulos...: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Pedro le contestó: «Tú eres el Cristo.» Y les mandó enérgicamente que a nadie hablaran acerca de él.

(Mc. 8, 27-30)

Insisto en lo que ya he repetido muchas veces: Hasta entonces, Jesús no había dicho una palabra acerca de sí mismo. La palabra «Cristo» es una traducción literal de «Mesías», pero Jesús había rechazado con toda claridad el que se le aplicara este título, especialmente en aquella ocasión en que las gentes de la región del lago de Galilea habían pretendido nombrarle el «Mesías», es decir, el caudillo de su movimiento nacionalista.

Cuando, por primera vez, plantea en Cesarea de Filipo la pregunta acerca de su propia identidad y Pedro responde diciendo que él es «el Cristo (Mesías)», ¿cómo hemos de interpretar el hecho de que, al menos aparentemente, Jesús no rechazara el título?

Muchos exegetas actuales consideran que toda esta escena de declaración mesiánica no es sino un ejemplo de la creatividad narrativa que manifiesta la fe de la primitiva Iglesia. Bornkamm, por ejemplo, dice que «Todo este relato es producto de la confesión de fe y de los ideales de la Iglesia que nació poco tiempo después. No se trata de un acontecimiento histórico que tuviera lugar realmente. El pasaje puede perfectamente ser un importantísimo testimonio histórico de la idea que se tenía de la vida de Jesús desde el ventajoso punto de vista de la cruz y la resurrección.»

Pero ni Bornkamm ni nosotros mismos podemos aducir la menor prueba en apoyo de esta hipótesis negativa. Aun cuando nos atrevamos a admitir que Jesús no movió la cabeza en señal de desacuerdo con las palabras de Pedro «Tú eres el Cristo», sigue en pie el hecho incontestable de que existía una diferencia sustancial entre lo que Pedro y Jesús entendían por «Mesías». Pedro pensaba en un «mesías» líder del movimiento nacionalista, un mesías

que habría de echar del país de Judá al invasor extranjero; mientras que Jesús pensaba en el Mesías del amor que había de ser el compañero eterno de toda la humanidad en todo tiempo y lugar. Yo pienso que tiene razón Zahrnt cuando, en su libro *En busca del Jesús histórico*, afirma: «Jesús nunca hizo de su propia gloria el fin de su enseñanza religiosa. Jesús nunca reclamó para sí ningún título honorífico, ni pretendió que su propia personalidad fuera el centro de su predicación.»

## V III

### LA PATÉTICA FIGURA DE JUDAS

**S**ABEMOS muy pocas cosas acerca de las actividades de Jesús en la siguiente etapa de su carrera terrena. El Evangelio de Juan apenas dice algo al respecto, y el de Mateo aún dice menos. En Lucas únicamente descubrimos una vaga alusión a una visita que Jesús hizo a Samaria.

Todo lo cual viene en apoyo de la teoría de que la separación temporal de Jesús y sus discípulos que hemos referido en el capítulo anterior no tuvo lugar en las cercanías del lago de Galilea, sino que está íntimamente relacionada con la errante peregrinación que iniciaron cuando se derrumbaron las esperanzas que había suscitado el ministerio en Galilea. Lo que quiero decir es que, una vez que los discípulos marcharon de dos en dos en las más diversas direcciones, al objeto de realizar la experiencia deseada por Jesús, no pudieron ya verificar en qué lugares estuvo Jesús, ni qué es lo que hizo; consiguientemen-

te, los autores de los Evangelios no dispusieron de los suficientes datos con los que componer los respectivos relatos de este concreto período.

De cualquier forma, podemos aventurar la hipótesis de que, durante este intervalo, Jesús decidió vivir retirado en algún sitio desconocido, con el fin de evitar nuevos malentendidos acerca de su persona. Y en su retiro se entregaría a una fervorosa vida de oración en soledad y, mientras llevaba a cabo su preparación remota para la pasión y la muerte inminentes, esperaba la vuelta de sus discípulos.

¿Cuándo regresaron éstos, y qué es lo que hicieron en su primera misión? El Nuevo Testamento no indica nada a este respecto.

Pero durante aquel tiempo había tenido lugar un trascendental acontecimiento de distinto género en la ciudad de Roma: Sejano, que detentaba un desmesurado poder político, había caído en desgracia ante el emperador Tiberio, lo cual ocasionó su arresto y ejecución. Esta conmoción política produjo un profundo efecto en Pilato, gobernador romano de Judea, y en el Sanedrín judío. Al fin y al cabo, Pilato había alcanzado su ventajosa posición gracias a la protección de Sejano; en cuanto al Sanedrín, el cambio de la situación también le daba motivos para temer el verse desposeído de la autoridad que Roma le permitía conservar. Ni que decir tiene que también el rey Herodes Antipas comenzó a ser víctima de esa misma sensación de inseguridad. El más profundo deseo de todos ellos (Pilato, el Sanedrín y Herodes) era el que no se produjera ningún desorden político en Judea. Su intranquilidad subió de tono con la proximidad de la Pascua, la fiesta que todos los años excitaba el espíritu patriótico de los judíos, y que ellos esperaban que transcurriera sin incidentes.

El sumo sacerdote del Templo y presidente del Sanedrín era Caifás, cuyo principio fundamental había sido siempre el de mantener el equilibrio a toda costa. Su política propugnaba la paz a cualquier precio, no sólo en el terreno propiamente político (exterior e interior), sino también en la esfera de lo religioso. Pero esta política descansaba sobre una base sumamente frágil. Como ya he indicado en varias ocasiones, el alma de la nación judía estaba obsesionada por el odio a los romanos que habían invadido su país. Nadie era capaz de predecir cuándo podría estallar la insurrección o la revolución; el país era un barril de pólvora, y cualquier chispa podía hacerlo saltar. Ni los esenios ni los fariseos alimentaban sentimientos excesivamente contrarios a los zelotes, el partido de los extremistas antirromanos. Y aunque los fariseos y la nobleza sacerdotal (encabezada por Caifás) sentían un mutuo y cordial desprecio, la verdad es que, de cara al exterior, mantenían una coalición que les permitía conservar el poder.

Caifás se veía permanentemente enfrentado a un dilema: no podía desafiar los sentimientos antirromanos de sus compatriotas, pero, al mismo tiempo, tenía que preservar el poder político del Sanedrín, que, en definitiva, dependía de su disposición a colaborar con la hegemonía de la Roma imperial.

Y precisamente en ese momento se producía en Roma la convulsión política originada por la ejecución de Sejano. Si sus efectos alcanzaban a Judea, entonces Caifás y los saduceos, y todo el Sanedrín con ellos, podían darse por perdidos. Para colmo, en esta insegura situación la fiesta de la Pascua estaba cada vez más cerca.

Como ya hemos dicho, no sabemos a ciencia cierta dónde había estado Jesús después de enviar en misión a

los discípulos, ni dónde volvió a reunirse con ellos. Pero el Sanedrín seguía temiendo que, en aquella inestable situación política, el pueblo pudiera intentar en cualquier momento convertir en caudillo a Jesús, como ya había ocurrido anteriormente junto al lago de Galilea. Pero sus temores no se reducían únicamente a Jesús, sino que incluían a otros individuos que se habían autoproclamado profetas. El Sanedrín no podía permitirse el lujo de ignorar sus propios temores con respecto a Jesús, a pesar de que ya estuvieran informados de que por entonces ya era considerado como un «fracasado» en Galilea.

A fin de precisar el trasfondo de nuestras ulteriores consideraciones sobre el proceso judicial que había de entablarse contra Jesús, veamos en este momento qué era lo que producía mayor temor a los dirigentes judíos (que se concretaba en los herejes contra la Tora) y qué medidas se tomaban contra ellos:

1. Quien profiere insultos o de algún modo profana el templo es merecedor de la muerte (cfr. Jer. 7, 10 ss.).
2. Quien se atribuye la gloria debida únicamente a Dios, o se arroga cualquier prerrogativa que pertenece a Dios, es un blasfemo.
3. Quien blasfeme el nombre de Yahvé, será muerto; toda la comunidad le lapidará (Lev. 24, 16).
4. Después de que el blasfemo ha sido lapidado, su cadáver será colgado de una cruz y enterrado aquel mismo día (Dt. 21, 22).
5. Quien deliberadamente viole el sábado o cualquier otro precepto de la Ley, es despreciado por Dios a causa de su acción.
6. Si el culpable no hace caso a las advertencias y sigue violando la Ley, será condenado a morir lapidado.

Estas normas referentes a la heterodoxia, que acabamos de mencionar, incluyen cualquier tipo de desafío a Dios, transgresión de la Ley o blasfemia. A los ojos del Sanedrín, Jesús merecía ser lapidado porque había incurrido en estos seis delitos concretos.

Pero, por si fuera poco, se acusaba a Jesús de ser un falso profeta; y entre las leyes relativas a los falsos profetas, las que el Sanedrín consideraba aplicables a Jesús eran, por ejemplo:

1. Es un falso profeta cualquiera que, por medio de visiones, pseudoprocías, brujería o auténticos prodigios, induzca a Israel a renegar de su fe (Dt. 13, 2 ss.; Lev. 19, 31, etc.).
2. El falso profeta deberá ser condenado por el Consejo y ejecutado en Jerusalén (Dt. 13, 6).
3. La ejecución deberá ser por estrangulamiento. (Según una tradición referida por el Rabí Judá, Jesús Nazareno murió estrangulado.)
4. La ejecución podrá ser también por lapidación.

Sus enemigos veían en Jesús no sólo a un falso profeta, sino además a un apóstata, por lo que otros determinados artículos de la Ley judía referentes a la heterodoxia eran igualmente aplicables al renegado Jesús:

1. En el caso de que alguien resulte sospechoso de apostasía, se investigarán las circunstancias del nacimiento del encausado. La razón de ello es que un bastardo (*mamzer*) —fruto de un matrimonio inválido o de una relación ilícita— tiende por naturaleza a la traición y a blasfemar de Dios (Lev. 24, 10 ss.). (Todo esto, como hemos dicho, contribuye a explicar el rumor de que Jesús era hijo ilegítimo de una unión entre María y un legionario romano.)
2. Mientras un bastardo viva en conformidad con la voluntad de Dios, no deberá recibir afrentas en razón de su origen ilegítimo; pero si se convirtiera en renegado, deberá ser propalado sin piedad su nacimiento ilegítimo (Lev. 24, 10 ss.).

3. Los insultos de «comilón» y «borracho» conllevan la insinuación de un nacimiento ilegítimo (Lev. 21, 20). (En el Evangelio de Juan, como recordaremos, los fariseos se refieren a Jesús con los epítetos de glotón y bebedor.)

Con respecto a la pena capital decretada contra los apóstatas, la normativa que se consideraba aplicable a Jesús era la siguiente:

1. Incluso la ejecución de una persona inocente puede contribuir positivamente al mantenimiento de la ley y el orden y al bien universal del pueblo de Dios.
2. El dar muerte a un descreyente es un beneficio, tanto para el malvado como para el pueblo en general.
3. La ejecución de los apóstatas deberá ser llevada a cabo con el mayor grado posible de publicidad (Lev. 24, 14).
4. En consecuencia, las ejecuciones deberán realizarse, en lo posible, con ocasión de las grandes fiestas de peregrinación (Fiesta de los Tabernáculos, de Pascua y de Pentecostés), siendo el momento más indicado aquel en que todos los peregrinos se hayan congregado ya en Jerusalén, inmediatamente antes del comienzo de la semana de celebraciones, es decir, el día antes de la gran fiesta. El lugar más apropiado es el que se encuentra frente a las puertas de Jerusalén.

Existen algunos pasajes en el Nuevo Testamento que parecen sugerir que Jesús realizó otra visita a Jerusalén (Jn. 7, 10; Lc. 21, 37), pero no podemos saber a ciencia cierta si dicha visita se produjo, o no, en aquella época. En mi opinión, Jesús, previendo que en Jerusalén le aguardaba su pasión, decidió no acudir a la ciudad santa hasta poco antes del comienzo de las fiestas de Pascua.

En cualquier caso, se volvió a reunir en algún lugar con los discípulos, que acababan de realizar su experiencia misionera. Si se me permite hacer uso de mi imaginación, yo diría que el reencuentro tuvo lugar en el desierto

de Judea, en algún punto cercano al río Jordán, no muy lejos de donde Jesús había sido bautizado por Juan. En aquella ocasión había recibido su «bautismo de agua», pero ahora (según sus propias palabras) estaba a punto de recibir el «bautismo de muerte».

Era la época en que los peregrinos que se dirigían al Templo de Jerusalén para celebrar la Pascua afluían en gran número desde el valle del Jordán e invadían la ciudad de Jericó.

Ya he mencionado varias veces cómo la fiesta de Pascua se caracterizaba por una intensa excitación del fervor nacionalista de los judíos. Un elemento concreto de la religiosidad judía lo constituía precisamente la creencia de que el Mesías haría su aparición durante el tiempo de Pascua y procedería inmediatamente a restablecer el reinado de Israel. La noticia de la ejecución de Sejano en Roma era ya del dominio público en todo el país, lo cual contribuía a que aquel año el pueblo ansiara la venida del Mesías con mucha más intensidad que en años precedentes.

En estas circunstancias ocurrió que un individuo llamado Barrabás, a la cabeza de una cuadrilla de secuaces, acababa de iniciar un levantamiento antirromano. El brote de rebelión fue inmediatamente aplastado por el ejército romano, y el mismo Barrabás fue capturado y conducido a Jerusalén. Pero aquel incidente sirvió para avivar aún más el exacerbado sentimiento antirromano entre los peregrinos del valle del Jordán. No poseemos datos históricos que nos revelen el carácter de aquel sujeto llamado Barrabás o las características de su levantamiento. Pero los estudiosos han descubierto, basándose en una investigación de los manuscritos del Evangelio de Mateo, que aquel hombre al que Pilato acabó dejando en libertad a cambio

de Jesús, llevaba también el nombre de Jesús, lo cual dio lugar a la hipótesis de que este Jesús Barrabás era la misma persona que Jesús de Nazaret; sin embargo, creemos que no existe ninguna prueba terminante a este respecto. Otros investigadores suponen que el levantamiento de Barrabás habría que identificarlo con la insurrección de los galileos que se menciona en Lc. 13, 1, o tal vez con el «incidente del tesoro del templo» que aparece en las *Antigüedades judías*, de Flavio Josefo (18, 6-62). Pero sería muy temeraria toda especulación que fuera más allá del hecho conocido y escueto de que realmente hubo una insurrección antirromana por parte de un tal Barrabás y su cuadrilla.

El incidente de Barrabás había hecho crecer la excitación que reinaba entre la masa de peregrinos que iba congregándose en la cuenca del río Jordán, cerca del desierto de Judea. El pueblo gritaba: «¡Salvad a Barrabás, salvad a Barrabás!», a la espera de que alguien asumiera esta iniciativa durante la Pascua.

Es en este contexto como hay que recrear la atmósfera en la que se movía Jesús cuando, tras haberse reunido con sus discípulos, hizo aparición una vez más a orillas del río Jordán. En el valle aún seguía el recuerdo de aquel Jesús que, después de haber sido bautizado en el río, se convirtió en el discípulo más prometedor de Juan. Y una vez más la gente centró en él su atención cuando volvió a entrar en escena. Todos ellos revivían la imagen que se habían hecho de él como de un Juan Bautista redivivo. Los enloquecidos peregrinos comenzaron a agolparse en torno a él.

«Jesús... vino a la región de Judea, al otro lado del Jordán. Le siguió mucha gente...» (Mt. 19, 1-2).

«Se habían reunido miles y miles de personas, hasta pisarse unos a otros» (Lc. 12, 1).

Estas indicaciones de los Evangelios dejan constancia de cómo la gente se apiñaba junto a Jesús a orillas del lago de Galilea, poco antes de la Pascua del año anterior. Ahora, una vez más, todo volvía a ser lo mismo. Una vez más, como el año anterior, los peregrinos, cada uno de los cuales depositaba sus propios sueños en Jesús, comenzaron de nuevo a pensar en el modo de convertirle en el caudillo de su pueblo.

Naturalmente, estas inquietantes noticias llegaron sin tardanza a oídos del Sanedrín de Jerusalén. Inmediatamente un grupo de espías fue destacado desde la ciudad santa hasta el lugar de la acción. Y una vez más, como habían hecho el año anterior, incitaron a Jesús a entrar en debate (Mc. 10, 1 ss.), ansiosos por descubrir en sus palabras el más mínimo pretexto para mandar detenerle (Lc. 11, 54). Mientras tanto, el Sanedrín no se demoró en convocar una sesión urgente.

Entonces los sumos sacerdotes convocaron consejo y decían: «... Si le dejamos que siga así, todos creerán en él; vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.» Pero uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo sacerdote de aquel año, les dijo: «Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta de que es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación.»

Al leer este pasaje podemos comprender el extraordinario temor que invadía al sumo sacerdote y al Sanedrín de que el delirio de los peregrinos que se encontraban en la cuenca del río Jordán, delirio que se centraba en la persona de Jesús, pudiera degenerar en una insurrección que obligara a las autoridades romanas a adoptar una política de exterminio total de los judíos. Al mismo tiempo, pode-



mos suponer por qué el sumo sacerdote Caifás pensaba que era más prudente matar a Jesús, aunque el mismo Jesús demostrara que no tenía la menor intención de erigirse en el caudillo temporal de la nación. Pero, según su razonamiento, si mataban a Jesús, tanto él como sus colegas podrían capear la peligrosa situación que se les presentaba. En conclusión, propuso convertir a Jesús en el chivo expiatorio.

No sabemos si esta conclusión fue refrendada inmediatamente, o no, por todo el Sanedrín, pero indudablemente el asunto llegó a oídos de Jesús y sus discípulos. Según el Evangelio de Juan, Jesús se hallaba, a partir de aquel instante, en continuo peligro de muerte.

«Por eso Jesús no andaba ya en público entre los judíos, sino que se retiró de allí a la región cercana al desierto, a una ciudad llamada Efraím, y se quedó allí con sus discípulos» (Jn. 11, 54).

Este breve pasaje hace suponer que los sabuesos enviados a la cuenca del Jordán tenían un plan para asesinar a Jesús, el cual, a su vez, eludió cualquier dificultad retirándose a la ciudad de Efraím. No es que Jesús tratara de volverse atrás de sus propósitos concernientes a su propia pasión. Sencillamente, estaba decidido a no sucumbir antes de la fiesta de la Pascua.

Efraím es una ciudad de Samaria, la provincia por la que había pasado Jesús a su regreso a Galilea después de la fiesta de los Tabernáculos. Pero, a diferencia de aquella ocasión, no hay que suponer que también ahora los samaritanos recibieran calurosamente al grupo. De cualquier manera, Jesús y sus discípulos quedaban lejos del alcance de los inquisidores, ya que éstos no se atreverían a actuar en una ciudad samaritana, donde se odiaba a muerte a los

judíos. Jesús y su grupo estaban seguros hasta el día de la Pascua.

En Efraím, Jesús se dedicó intensamente a la oración para prepararse a una muerte que al fin era inminente. Por lo que se refiere a los discípulos, todavía se hallaban excitados por el entusiasmo que Jesús había despertado entre los peregrinos del valle del Jordán. Tal explosión de popularidad superaba todas sus previsiones, hundidos como habían quedado tras el fracaso de Galilea el año anterior. De su memoria se había borrado el recuerdo del largo y penoso deambular que concluyó en Cesarea de Filipo; e igualmente se había esfumado el recuerdo de los compañeros que habían desertado. Sentían que sus esperanzas revivían. Esta actitud de los discípulos queda perfectamente reflejada en la escena en que a Jesús y su grupo se les recibe hostilmente al llegar a Efraím, y Santiago y Juan le preguntan a Jesús: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y les consuma?» (Lc. 9, 52). Los discípulos, aun después de su experiencia misionera, seguían sin comprender el solitario papel de su maestro, su lucha interior y sus sentimientos más íntimos.

Es entonces cuando, de entre el grupo de los discípulos, surge el rostro de un individuo —el rostro de un personaje fascinante—, los endurecidos rasgos de Judas Iscariote, el hombre que acabará traicionando a su maestro.

Los datos que los Evangelios suministran acerca de Judas Iscariote son, por desgracia, muy escasos. Más adelante intentaré describir la dramática escena de su traición. Por el momento, me limitaré a dar un pequeño esbozo de su origen y de su trayectoria.

El lugar de su nacimiento es un verdadero enigma. Cheyne afirma que la palabra «Iscariote» es una variante de «Jericó», el nombre de la ciudad más antigua del mundo, en el desierto de Judea. Otros opinan que el «apellido» no tiene nada que ver con el lugar de nacimiento, sino que «Iscariote» se deriva de la palabra latina *sicarius* (sicario), es decir, «el hombre del puñal», en cuyo caso su significado incluiría la idea de «asesino», de donde los estudiosos podrían especular acerca de la hipótesis de que Judas era uno de los terroristas antirromanos.

Nada sabemos sobre la historia personal de este hombre. Suponiendo que «Iscariote» fuera una degeneración local de la palabra latina *scortia* («túnica de cuero»), un determinado erudito afirma taxativamente que Judas perteneció al gremio de los curtidores, aunque no hay forma humana de verificar esta hipótesis.

Dejemos estar el asunto. Porque, aunque no poseamos ninguna evidencia acerca de su lugar de nacimiento o de sus circunstancias personales, yo tengo la impresión de que, entre todos los discípulos, exultantes en aquellos días inmediatamente anteriores a la Pascua, el único que conservaba su sangre fría era precisamente Judas. Durante aquellos días en que los demás comenzaron de nuevo a pensar en Jesús como caudillo de la nación, Judas era el único que, en su interior, sabía que Jesús rechazaría semejante proyecto. En este sentido, podemos decir que era el único discípulo que demostraba poseer un singular conocimiento de Jesús.

Un buen día, muy poco antes de la Pascua, Jesús anunció inopinadamente al grupo que había decidido marchar de Efraím, atravesar el desierto de Judea y subir de nuevo a Jerusalén por Jericó.

«Rabbí, conque hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?»

Jesús respondió:

«Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle...» (Jn. 11, 8 ss.).

A partir de este punto del texto comienza la narración del famoso milagro de la resurrección de Lázaro; ahora bien, tenemos todo el derecho a pensar que «Lázaro» simboliza a los muertos, es decir, a aquellos judíos que aún no habían reconocido al Dios del amor. Tales personas estaban como muertas, y Jesús debía despertarlas de su sueño mediante su propia muerte.

Una vez más los discípulos le interpretaron equivocadamente. Creían que aquel «despertar» de que hablaba el maestro indicaba su decisión de poner por fin manos a la obra, que el león dormido al fin se había puesto en pie. Pensaron que Jesús había llegado finalmente a la conclusión de que era el momento de satisfacer las esperanzas del pueblo. El discípulo llamado Tomás, en una explosión de entusiasmo, gritó a sus compañeros: «¡Vayamos también nosotros a morir con él!» (Jn. 11, 16).

Eran las palabras de un discípulo que no había comprendido absolutamente nada, el entusiasmo de un discípulo incapaz de desentrañar el misterio de Jesús. ¡Cómo le debieron de doler al mismo Jesús estas palabras! Gracias a ellas, Jesús volvía a darse cuenta de que su destino era el de estar totalmente solo hasta el momento de su muerte.

Abandonando Samaria, Jesús caminó hacia el este, en dirección al valle del Jordán. Al igual que otros peregrinos que acudían a Jerusalén, al llegar al valle torció hacia el sur

y se dirigió a Jericó. Sintiendo ya cercana su pasión, «Jesús marchaba delante de ellos» (Mc. 10, 32). La frase revela un detalle que los discípulos, testigos presenciales, debieron de comentar repetidas veces mucho tiempo después. Es algo que nos hace vislumbrar diáfananamente la solitaria figura de Jesús.

En un momento dado, todos los peregrinos que acudían a Jerusalén confluían en una gran multitud allá donde el río Jordán comienza a adentrarse en el calcinado desierto de Judea. Sus gritos saludaron frenéticamente la llegada de Jesús. A lo lejos, en medio del desierto, se destacaban las elevadas murallas de Jericó.

Un torbellino de emoción sacudió a los peregrinos, que comenzaron a exclamar: «¡Jesús, Hijo de David!» (Lc. 18, 38 ss.). La multitud, al igual que los discípulos, pensaban que Jesús se había decidido por fin a cumplir sus expectativas. Cercado por las masas por todas partes, Jesús susurró para que le oyeran únicamente sus discípulos: «Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas» (Mc. 10, 33). Pero sus apagadas palabras se perdieron entre el clamor de la multitud y no llegaron a ser oídas por los discípulos, hipnotizados como estaban por el delirio general.

En tiempos de Jesús, Jericó estaba ubicada a poca distancia de la actual ciudad. Su antiguo emplazamiento está hoy de tal modo cubierto de ruinas que una simple visita del lugar no puede darnos una idea del antiguo trazado. No queda nada, a excepción de un lugar —sumamente raro en el desierto de Judea— en el que manan unas fuentes bajo la sombra de eucaliptos y cedros del Líbano. Cerca de allí se hallan las ruinas del palacio que fue mandado construir por Herodes el Grande como residencia de

invierno. Con la proximidad de la Pascua, la población de aquella ciudad aumentaba inusitadamente. Los peregrinos que acudían a Jerusalén pasaban casi necesariamente por Jericó.

Aquella noche Jesús se alojó en casa de Zaqueo, el jefe local de los recaudadores de impuestos, y a la mañana siguiente una entusiasta multitud se congregaba en torno a la casa (Lc. 19, 11). Jesús ya no se molestaba siquiera en mover de un lado a otro su cabeza en señal de negativa para hacer ver a aquella enloquecida multitud su equivocación con respecto a él. Todas sus negativas habían sido siempre inútiles, incluso cuando, tiempos atrás, había declarado sus verdaderas intenciones al mismo tipo de multitudes en Galilea.

Por la tarde, Jesús y sus discípulos estaban de nuevo en camino hacia Jerusalén, atravesando las montañas por medio de los secos torrentes (*wadi*). El angosto camino serpeaba entre las desnudas montañas en las que no crecía un solo árbol. El calor era excesivamente riguroso para aquella época del año. Probablemente Jesús permanecería silencioso mientras avanzaba por aquel desolado paisaje igualmente envuelto en un sepulcral silencio.

Tras una laboriosa marcha entre las montañas, los viajeros arribaron a una amplia meseta. Finalmente se ofreció a su vista un minúsculo poblado de casas blanquedas. Era Betania. Jesús y sus compañeros se alojaron aquel día en la casa de un vecino llamado Simón. En la casa de Simón vivían también dos jóvenes, llamadas Marta y María. Y en este punto los Evangelios de Marcos y de Juan hacen salir al centro de la escena a Judas Iscariote.

Es muy probable que, al llegar a Betania, los fanáticos que habían seguido a Jesús y a su grupo desde Jericó ro-

dearan la casa de Simón. Sus voces debieron de perturbar la habitual tranquilidad del lugar con gritos tales como «¡Jesús, Hijo de David! ¡Jesús es el Mesías, Jesús es el Mesías!», gritos que se oirían en el interior de la casa. De pronto, María (de un carácter más espontáneo que el de su callada hermana mayor) apareció con una jarra de preciado perfume de aceite de nardo y lo vertió por entero sobre los pies de Jesús. La acción de María era mucho más que un gesto de hospitalidad. Lo que hacía era actuar en consecuencia con los gritos que atronaban las paredes de las casas: «¡Jesús, Hijo de David!», «¡Jesús es el Mesías!» En realidad, *el significado etimológico de la palabra «mesías» es: «el ungido con óleo».*

Los discípulos, naturalmente, captaron al instante la intención del gesto de María, el cual les produjo una intensa emoción. Nunca su maestro había sido acogido con un gesto de bienvenida semejante.

Pero, por el momento, Judas fue el único que abrió la boca: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?» (Jn. 12, 5). La suave fragancia del unguento llenaba toda la casa, y cuando todos los presentes se sentían visiblemente emocionados, sólo la voz de Judas puso una nota de estridencia. Su manera de hablar era ofensiva, como si sólo él poseyera sentido común.

Judas había entendido como el que más los motivos que habían impulsado a María a realizar aquel gesto. El autor del Evangelio de Juan interpreta la extemporánea intervención de Judas como un ejemplo de hipocresía. Pero las palabras de Judas revelan algo mucho más profundo. Lo que Judas estaba diciendo con toda claridad es que Jesús nunca sería aquel Mesías que todos estaban buscando.

Mientras los restantes discípulos no aventajaban a la multitud de peregrinos en su conocimiento de los planes de Jesús, sólo Judas Iscariote había descubierto el secreto del maestro. Pero lo que sabía Judas no le agradaba en absoluto. Y por primera vez se atreve a desafiar abiertamente a Jesús: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?» Sus palabras revelan el convencimiento de Judas de que, en este mundo visible, lo que realmente cuenta son los resultados tangibles: «Maestro, lo que has estado predicando es un amor que no tiene sentido en el mundo real. Tu amor no funciona. Tú aspiras a poder ser el compañero eterno de todos los desdichados. Pero esos desdichados, ¿acaso no preferirían recibir esos trescientos denarios de los que yo hablo?»

No podemos pensar que Judas no era más que un sujeto malhumorado y rebelde. Había sido uno de los pocos que siguieron con el maestro cuando la mayoría de los discípulos habían ido abandonando, uno tras otro, a Jesús. El hecho de que hubiera perseverado siempre junto a Jesús, como lo hizo, indica que en el alma de Judas tuvo que producirse una tremenda lucha interior cuando intuyó los verdaderos propósitos de Jesús, cosa que los demás no habían sido capaces ni de sospechar. Parecería que el mismo Jesús debió de sentir mucha estima por Judas. Le había confiado la bolsa en que se guardaban los fondos de todo el grupo (Jn. 12, 6), señal de que realmente gozaba de la confianza de Jesús.

Tal vez con sus palabras pretendía Judas hacer su última advertencia a Jesús: «Maestro, has decidido ir a la muerte para convertirte en el compañero eterno de toda la humanidad. Pero lo que la gente exige es algo muy diferente. ¿No recuerdas que tampoco allí, en Galilea, los

leprosos se acercaban a ti en busca de amor? Lo único que querían, naturalmente, era ser curados; como los tullidos sólo deseaban poder caminar, y los ciegos sólo querían ver. Así es la naturaleza humana.» Tal vez era este el significado oculto de las palabras de Judas.

Y esta sería la respuesta de Jesús: «No he permitido que María derramara sobre mí el óleo como si yo me considerara el mesías terreno. Se lo he permitido porque lo que ella ha hecho es parte de la preparación de mi sepelio» (cf. Jn. 12, 7).

Una vez más negaba Jesús ser el *mesías*, en el sentido en que la gente le aclamaba. Estaba indicando inequívocamente a Judas que su decisión de morir era irrevocable.

Sólo Judas fue capaz de comprender la respuesta del maestro. Solo él cayó en la cuenta de que el destino del maestro no podía ser cambiado. Más aún: probablemente Judas llegó a intuir que sus compañeros, llegado el momento, abandonarían a Jesús. Pero, por el momento, Judas era el único capaz de imaginar que Jesús podría ser arrestado, torturado y muerto en la más absoluta soledad.

## IX

«¡JERUSALÉN, JERUSALÉN...!»

**V**OLVEMOS al fin la página con que se inicia el acto tercero de nuestro libro, la parte más dramática del relato evangélico. Este tercer acto constituye el punto álgido de toda la Biblia, y para un escritor de novelas japonés, como yo, este concreto drama nunca se hace rancio, por más veces que lo lea. Nada puede apartarme del convencimiento de que las escenas de la pasión y muerte de Jesús, tal como aparecen en los Evangelios, son infinitamente más impresionantes que la mayor parte de las tragedias clásicas de la historia de la literatura. La tragedia siempre representa la pasión y muerte de algún héroe, pero este bíblico tercer acto representa la muerte de alguien que era mucho más que un héroe humano. Ninguna otra tragedia es capaz de poner en escena una aureola sagrada comparable al halo luminoso que irradia del Santo de los santos y que no podemos dejar de percibir cómo se destaca sobre el sombrío telón de fondo

de la acción dramática. Pero no sólo eso, sino que además todos los interrogantes acerca de la persona de Jesús, que hasta ahora habían sido otros tantos motivos secundarios, pasan a un primer plano encarnados en los personajes que rodean a Jesús en este tercer acto, unos para traicionarlo y otros para condenarlo, pero todos ellos forzados a enfrentarse inevitablemente con sus propios problemas concretos y con el misterio que supone el mismo Jesús. No sólo Jesús, sino todos y cada uno de los personajes en escena son seres humanos dotados de un realismo aún mayor que el de los personajes que aparecen en las demás escenas evangélicas; y además podemos ver todos sus gestos y todos y cada uno de los cambios de expresión que se producen en sus rostros. Entre nosotros mismos podemos descubrir caracteres como los de Pedro, Judas o los demás discípulos, todos los cuales traicionaron a Jesús; o como los de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, que le condenaron; o como el del centurión que le dio escolta hasta el lugar de la ejecución; o simplemente cómo los caracteres de todos aquellos que, mezclados entre la multitud, insultaron y arrojaron piedras contra Jesús.

Al leer este acto tercero (todas las escenas que componen lo que habitualmente se conoce como «relato de la pasión»), inevitablemente nos preguntamos hasta qué punto se están describiendo unos hechos reales, o hasta qué punto dichas escenas no han sido retocadas por la primitiva Iglesia cristiana, o incluso si algunas de ellas no habrán sido totalmente inventadas. Existe, por ejemplo, una determinada leyenda (procedente de aquellos judíos que juzgaron a Jesús), según la cual Jesús no fue crucificado, sino que murió de otro modo. Naturalmente, conozco la primera mención de Jesús hecha por un historiador profesional —Flavio Josefo, que en sus *Antigüedades judías*

afirma que Jesús «fue condenado a morir en la cruz»—, aunque la mayoría de los historiadores opinan que este pasaje concreto no fue escrito por el mismo Flavio Josefo, sino que se trata de una interpolación introducida posteriormente por los cristianos.

Por otra parte, si se compara el relato de la pasión con determinadas páginas del Antiguo Testamento, se descubren muchas escenas enormemente semejantes. Fijémosnos, por ejemplo, en el capítulo 21 de Mateo (vv. 1-11), cuando Jesús, montado en un asno, entra triunfante en Jerusalén entre las aclamaciones de la multitud (cf. Mc. 11, 1-10 y Lc. 19, 29-44). «Fueron, pues, los discípulos e hicieron como Jesús les había encargado: trajeron el asno y el pollino. Luego pusieron sobre ellos sus mantos, y él se sentó encima...»

Para quien esté familiarizado con el Antiguo Testamento, esta escena deberá evocarle el oráculo que aparece en el capítulo 9 del libro de Zacarías:

¡Exulta sin medida, hija de Sión, lanza gritos de gozo, hija de Jerusalén!

He aquí que viene a ti tu rey: justo él, y victorioso, *humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna.*

El mismo capítulo de Mateo, después de citar las palabras de Zacarías que hemos puesto en cursiva para describir cómo Jesús entró en Jerusalén a lomos de un pollino, prosigue:

Y la gente que iba delante y detrás de él (de Jesús montado sobre el pollino) gritaba: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!»

(Mt. 21, 9)

Si se comparan ambos pasajes, no dejará de sorprender el hecho de que las dos descripciones son, en esencia, idénticas. Entonces resulta imposible rechazar categóricamente cualquier interpretación que sostenga que esta escena no responde a un hecho histórico realmente acontecido durante el último viaje de Jesús a Jerusalén, sino que, cuando el relato de la pasión narrado por los discípulos acabó siendo redactado para ser incluido en la liturgia de la primitiva Iglesia cristiana, este pasaje, tal como ahora aparece en Mateo, en realidad fue compuesto a partir del versículo 9 del capítulo noveno de Zacarías.

Avanzando aún más en este sentido, como, por ejemplo, hace Bornkamm en su famoso libro *Jesús de Nazaret*, es evidente que la descripción que se hace de la traición de Judas, en el contexto de la Última Cena, está tomada en realidad de las palabras del Salmo 41:

Hasta mi amigo íntimo en quien yo confiaba, el que mi pan comía, levanta contra mí su calcañar.

(Sal. 41, 10)

Y lo mismo se diga del precio de treinta monedas de plata pagadas a Judas por el Sanedrín, que son un trasunto directo del versículo 12 del undécimo capítulo de Zacarías: «Ellos pesaron mi jornal: treinta siclos de plata (como precio de Dios).»

Como el comentar en detalle cada uno de estos ejemplos rompería el ritmo de nuestra narración, me limitaré a citar unas cuantas escenas más de la pasión, emparejándolas con las respectivas referencias veterotestamentarias, y trataré de concluir brevemente con el asunto.

1. Pilato... mandó azotar a Jesús... Y los soldados, trenzando una corona de espinas, se la ciñen... y le escupían... (Mc. 15, 15-19).

Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos (Is. 50, 6).

2. Y después de haberse burlado de él, le quitaron la púrpura, le pusieron sus ropas... (Mc. 15, 20).

Repártense entre sí mis vestiduras y se sortean mi túnica (Sal. 22, 19).

3. (Cuando Jesús fue arrestado) abandonándole (los discípulos), huyeron todos (Mc. 14, 50).

«¡Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas...!» (Zac. 13, 7).

Naturalmente, sería un error deducir, a partir de la presencia de estos pasajes paralelos, que todo el relato de la pasión no sea más que una obra de ficción en la que los autores insertaron una serie de imágenes que tenían grabadas en su mente por el contacto con determinadas palabras del Antiguo Testamento. Y en este sentido, me parece que Bornkamm ha ido demasiado lejos.

Pero, al mismo tiempo, sería peligroso insistir en que las diversas escenas del relato de la pasión respondan, detalle por detalle, a hechos históricos.

En aquellos puntos en que los expertos no consiguen ponerse de acuerdo acerca del carácter real o ficticio de determinados pasajes, yo prefiero mantener una actitud constructiva. Personalmente, también yo soy partidario de que se distinga claramente entre lo que son *hechos* y lo que son *verdades* en los Evangelios. No tengo dificultad en admitir que muchas de las escenas entreveradas en el texto del Nuevo Testamento no responden necesariamente a los hechos que pretenden describir en el relato de la pasión. Sin embargo, puede haber escenas normales que, a pesar de todo, reflejen la verdad, porque se derivan de la fe de quienes creían en Jesús. La fe trasciende, con mucho, la trivialidad de los hechos no-esenciales y, consi-

guientemente, las escenas son verdaderas porque, en lo más profundo de sus corazones, los creyentes de aquella generación quisieron que lo fueran. Es perfectamente posible que Jesús jamás cabalgara a lomos de aquel pollino, sino que, decidido como estaba a entregarse a la muerte, seguramente prefirió entrar en la ciudad sin grandes alharacas. Pero, tras la muerte de Jesús, aquellos que no podían olvidarle hicieron que su entrada en Jerusalén coincidiera con las palabras de Zacarías 9, 9, a fin de crear una escena gloriosa que simbolizara para ellos la realidad del Mesías Salvador. Habiendo sido testigos presenciales de la horrible muerte de Jesús, tenían que enfrentarse al misterio de por qué aquel hombre, que además era su Salvador, tuvo que pasar por una muerte tan espantosa. Tal vez esta misma perplejidad angustiosa pudo haberles hecho crear la escena. Yo me atrevería a decir que esta escena representa la verdad, precisamente porque ellos no pudieron evitar el creerla. Y además, dada mi condición de novelista, quiero decir que la creación literaria no tiene por qué ser equiparada con el «contar mentiras».

Supuesto que dentro del relato se hayan entreverado determinados elementos ficticios, no significa en absoluto que puedan viciar el verdadero significado de la pasión. La verdad es que Jesús, en el intento de llevar a cabo su misión, se vio abocado a un conflicto con el Sanedrín de Jerusalén, el cual lo remitió a Pilato y, más tarde, a Herodes y, consiguientemente, el amor de Jesús fue la razón última de su ejecución. Prescindiendo de los numerosos pasajes del Antiguo Testamento que pueda aducir Bornkamm, lo cierto es que los discípulos traicionaron a su maestro, y que posteriormente Pedro y los demás derramaron lágrimas por su traición. La Iglesia primitiva habló clara y terminantemente de la debilidad y la traición de

Pedro, cabeza de la Iglesia, y de los demás discípulos de Jesús, sencillamente porque se trataba de hechos evidentes y no susceptibles de retoques o silenciamientos. (Si comparamos el Evangelio de Marcos con los otros Evangelios, observaremos que en lo referente a la debilidad de Pedro se produce un evidente cambio de tono entre la época en que se fundó la primera comunidad cristiana y la época posterior; pero ese cambio carece de importancia en sí mismo.)

A partir de este momento voy a tratar de seguir el orden cronológico de los acontecimientos en mi análisis del relato de la pasión. Y, al mismo tiempo, intentaré en cada momento tener presente cualquier cosa que se refiera a las diversas personas con las que Jesús se va encontrando. ¿Cuál era la postura del Sanedrín en ese momento? ¿Qué era lo que pensaba Pilato? ¿Cuál era el papel de Herodes? ¿Cuál el estado de ánimo de la multitud? ¿Y cuál el de los discípulos?

Jesús pasó una noche en casa de Simón de Betania, y al día siguiente, lunes, llegó al fin a Jerusalén.

Desde la aldea de Betania hasta la ciudad de Jerusalén apenas había media hora de camino. Atravesando el monte de los Olivos, y tras una revuelta del camino, apareció ante sus ojos, como por parte de magia, una visión panorámica de la ciudad santa, con su color ocre y sus murallas fortificadas. El Templo daba la impresión de ser una ciudadela y, tras él, se erguía la imponente Torre Antonia. Las murallas de la ciudad, elevándose por encima del valle, tenían un aspecto amenazador, y a cierta distancia de ellas se alzaba el palacio del rey Herodes; un poco más hacia el sur se encontraba la mansión del sumo sacerdote Caifás. A lo largo del valle y por la suave pen-



diente del monte de los Olivos avanzaban las masas de peregrinos que acudían para la fiesta de la Pascua con sus animales domésticos.

El Evangelio de Marcos dice que Jesús descendió aquel monte montado sobre un asno, y que, al verle, los peregrinos comenzaron a agitar sus hojas de palma, mientras otros extendían sus mantos sobre el camino o cortaban ramas de árboles; y todos prorrumpían en aclamaciones:

¡Hosanna!  
¡Bendito el que viene en nombre del Señor!  
¡Bendito el reino que viene,  
de nuestro padre David!  
¡Hosanna en las alturas!

(Mc. 11, 9-10)

Yo no sé si todo lo que aparece en este relato aconteció realmente o no. Como ya he dicho, puede perfectamente tratarse de una escena ficticia, basada en el noveno capítulo del libro de Zacarías:

¡Exulta sin medida, hija de Sión; lanza gritos de gozo, hija de Jerusalén!

He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna.

(Zac. 9. 9)

En cualquier caso, sea literalmente cierto o no, este pasaje del Evangelio de Marcos nos hace caer perfectamente en la cuenta de la animación que reinaba en aquellos momentos en Jerusalén, y del entusiasmo y la excitación de los peregrinos.

Al igual que había sucedido en Jericó, la multitud no recibía a Jesús como a un fracasado y a un «inútil», sino como al auténtico «hombre capaz de hacerlo todo».

La *Pesaj* (Pascua) estaba al llegar. El pueblo que se preparaba para la fiesta volvía la mirada atrás, recordando tristemente las tremendas advertencias de su dilatada historia, en especial la marcha por el desierto, y pedía con fervor a Dios que regresara para devolver la prosperidad a su pueblo, sometido ahora al yugo de los gentiles. Naturalmente, Jesús sabía cuál era el espíritu de la fiesta. Y aquel día, poco antes de que comenzara la misma, se atrevió a meterse de lleno en aquel torbellino de incompreensión popular, con plena conciencia de lo que hacía. Al descender del monte de los Olivos entre las aclamaciones de la multitud, sabía con toda seguridad que muy pronto iba a desilusionar a aquellas gentes, y que éstas, en su frustración, se volverían contra él. C. H. Dodd reconoce francamente sentir algo siniestro en todo este asunto. El arte religioso tiende a presentar la figura de Jesús en aquella ocasión como si se tratara de un héroe victorioso. Pero lo cierto es que Jesús, al descender del monte y entrar en la ciudad, mostraba en su expresión una dolorosa sonrisa que no era sino el reflejo de los pensamientos que le suscitaba su propia soledad interior. Recordaba cómo las multitudes que le rodeaban junto al lago de Galilea se habían sentido defraudadas y desilusionadas con él en ocasión del Sermón de la Montaña. Y no habría de pasar mucho tiempo antes de que también estos peregrinos se volvieran contra él. ¿Quizá al día siguiente? ¿O tal vez al cabo de dos días? Lo único que tenía decidido era el día en que había de morir. Debería ser el mismo día en que comenzara la Pascua, el día en que el pueblo sacrificaba un cordero y lo llevaba al Templo para ofrecérselo a Dios en reparación de sus pecados. El día del sacrificio del cordero también habría de morir Jesús, y del mismo modo.

El Sanedrín —compuesto de saduceos y fariseos— era lógicamente consciente de la llegada de Jesús a la ciudad. Pero no todos ellos compartían la misma postura, porque dentro del mismo Sanedrín había determinados miembros que tenían una actitud favorable a Jesús, especialmente los fariseos, una secta bastante más cercana a los estratos humildes de la sociedad. Los miembros del Sanedrín más desconcertados eran, evidentemente, los partidarios de la línea del sumo sacerdote Caifás. No veían forma de entender por qué motivo Jesús, que poco antes se había retirado a Samaria huyendo del desierto de Judea, hacía su entrada en la mismísima Jerusalén sin que, al parecer, sintiera temor alguno por su integridad personal.

Su reacción inmediata fue convocar una asamblea. ¿Qué estaba tramando Jesús? ¿Por qué no se escondía? ¿Qué había que hacer? Los miembros del Sanedrín se enzarzaron en una interminable discusión acerca de la política que había que adoptar.

Ya hemos visto cómo, en una anterior asamblea de urgencia, Caifás había propuesto que se arrestara inmediatamente a Jesús. ¿Había llegado el momento de poner en práctica ese plan? Pero resultaba que por entonces la situación del Sanedrín no le permitía emprender una acción directa. El problema lo constituía el inusitado entusiasmo popular suscitado por Jesús, el creciente clamor favorable que le había acompañado desde el desierto hasta la ciudad de Jericó, y desde allí a Jerusalén. Si el Sanedrín ignoraba la popularidad de Jesús y decidía arrestarlo, se exponía al furor de los peregrinos, que estaban convencidos de que únicamente Jesús podía liberar a Barrabás, y que estaban llegando a formarse la idea de que Jesús era el Mesías.

Si los enardecidos ánimos de los peregrinos desembocaban en una insurrección abierta, el Imperio romano, en la persona del gobernador Pilato, no dudaría en hacer responsables al mismísimo Caifás y a su consejo. Por consiguiente, no podían permitirse el lujo de enfrentarse a los peregrinos. En su situación sólo podían recurrir a la solución que siempre se ofrece a un político en tales circunstancias: observar y esperar. Tratarían de ganar tiempo.

El ver de este modo la situación nos ayuda a comprender por qué el Sanedrín dejó de molestar a Jesús durante los tres días que van del lunes al jueves, a pesar de las innumerables ocasiones que tuvo para arrestarlo. Y explica también por qué Jesús pudo acudir a diario al Templo y hablar a la gente del amor de Dios y del Dios del amor (Lc. 19, 47).

Por supuesto que entre sus oyentes se encontraban siempre los espías del Sanedrín, que seguían empeñados en provocar a Jesús al debate, haciendo uso de cualquier stratagema con la que poder minar la fe que el pueblo había depositado en él.

Probablemente fue el miércoles, el día tercero después de su llegada a Jerusalén, cuando se produjo el famoso incidente de la expulsión de los vendedores del Templo. Según el Evangelio de Marcos, Jesús intimó a los mercaderes instalados en el patio del Templo a abandonar sus tenderetes; después volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas, proclamando que el Templo era un lugar de oración.

¿Cómo podemos interpretar esta acción de Jesús, aparentemente tan poco propia de su carácter? ¿Ocurrió el hecho realmente? Entre los comentaristas existe infinidad

de opiniones. Y entre los más recientes biblistas que consideran a Jesús como un revolucionario político ultranacionalista, hay uno, por ejemplo, que se atreve a afirmar que el incidente del Templo, tal como ha llegado a nosotros, no es sino una versión «edulcorada» de «un intento, por parte de Jesús, de ocupar el recinto del Templo empleando la misma táctica que ya había empleado Barrabás en su ataque a una instalación militar de los romanos en Palestina. Pero si Jesús hubiera emprendido un acto de rebeldía semejante, el ejército romano habría procedido inmediatamente a sofocarlo. Sin embargo, ni el ejército romano, ni la guardia de seguridad del Templo controlada por el Sanedrín, hicieron entonces el menor movimiento, lo cual demuestra que esta hipótesis no es más que el fruto de un exceso de imaginación.

Yo pienso más bien, de acuerdo con Cullmann, que el incidente nos muestra a un Jesús que pasa a la ofensiva para desafiar a los sacerdotes que administraban el Templo y obtenían de ello considerables ingresos. Había algo que era más que el Templo, y ese algo era el amor. Lo lógico sería pensar que, en esta ocasión, Jesús trataba de expresar esta idea con la acción y no con palabras.

Pero tampoco esto lo explica todo. Si se me permite añadir otra idea, diré que Jesús había decidido morir durante la Pascua. El Sanedrín había dejado pasar ya tres días en su intencionada actitud contemporalizadora. Sólo faltaban dos días para la fiesta en sí. ¿Es posible que, mediante su acción, estuviera Jesús provocando su propio arresto? Por supuesto que esto no es más que una opinión mía personal. Pero el hecho es que el Sanedrín no movió un solo dedo. Y tampoco la guardia de seguridad del Templo hizo entonces el menor movimiento por detener a Jesús, sencillamente porque, aunque parezca paradójico,

su actitud le iba granjeando un apoyo cada vez mayor por parte de los peregrinos, los cuales veían en la acción de Jesús una advertencia al Sanedrín por su evidente compromiso con Roma y creían, equivocadamente, que la acción de Jesús era un gesto patriótico encaminado a la reforma de la religión judía.

Jesús sabía que su propia popularidad y el apoyo que le prestaba el pueblo, basado en un malentendido bastante general, no tardarían en propiciar un verdadero desastre para su persona: «Muy pronto, todos me rechazaréis. No pasará mucho tiempo sin que os pongáis de parte de los que tienden hacia mí sus violentas manos. Porque no voy a hacer lo que vosotros esperáis. Dentro de muy poco no seré más que una “calamidad”, un auténtico “inútil”. Y cuando esto ocurra, os enojaréis, os burlaréis de mí y me despreciaréis, tal como predijo Isaías.»

Al atardecer, mientras los peregrinos abandonaban el recinto del Templo, también Jesús desapareció. No sabemos dónde se alojó, junto con sus discípulos, durante aquellos días. Algunos opinan que pasaba las noches en Getsemaní, un lugar donde había un molino de aceite y que se encontraba en la parte inferior del monte de los Olivos; según otros, Jesús se hospedaba con sus discípulos en casa de Simón de Betania.

Lo que sí sabemos es lo que son las noches de Jerusalén en la época de la Pascua. De pronto desaparece radicalmente el calor del día. Si se alza la vista al cielo, se ven brillar, enormes y luminosas, las infinitas estrellas. Los peregrinos solían dormir al raso, junto a las bestias que habían llevado consigo, y todo estaba envuelto en el más absoluto silencio. La luz de la luna bañaba las sombrías y amenazantes murallas de la ciudad que se erguían al otro

lado del torrente del Cedrón. Sólo Jesús se mantenía despierto, mientras pensaba en su pasión y muerte, cada vez más inminentes. Aun así, los discípulos seguían sin percatarse. Incluso la última noche la pasaron profundamente dormidos. ¡Qué difícil y qué descorazonador resulta dar testimonio de la realidad del Dios del amor...! Y, aun cuando el momento de dar este testimonio estaba a punto de llegar, los discípulos dormían tranquilamente. De entre todos ellos, tal vez fuera Judas Iscariote el único capaz de presentir la crisis que se avecinaba.

Judas Iscariote... Probablemente sus motivaciones no eran tan simplistas como da a entender el Evangelio de Juan. Si hubiera tenido una mentalidad tan simple, habría abandonado al maestro mucho antes, junto al lago de Galilea, o durante los días de aquella penosa huida hacia el norte. El hecho de que entonces no hubiera roto con Jesús parece indicar que compartía con los demás discípulos el sueño de que el maestro había de resurgir algún día de sus cenizas de fracaso y abandono, y devolver a Israel su antigua gloria.

No están necesariamente equivocados los que piensan que Judas era un rabioso patriota bastante metido en política. Pero, desde el momento en que Jesús habló en Cesarea de Filipo, debieron de irse esfumando paulatinamente sus sueños. Sus temores sólo se verían confirmados con lo que sucedió en el valle del Jordán, cerca del desierto de Judea, y después de lo de Jericó. Tres días antes había tenido lugar, en casa de Simón de Betania, su decisivo enfrentamiento con Jesús. Pero entonces, ¿por qué acompañó a Jesús hasta Jerusalén? Probablemente ni el mismo Judas habría podido dar razón de las complejas fuerzas que actuaban en su atormentado espíritu. Aquel Jesús de abatida mirada que le hacía parecer mayor de lo

que era...: cuanto más lamentable era su aspecto, mayor era la indescriptible fascinación que parecía ejercer sobre Judas. Al igual que el resto de los escasos discípulos que permanecieron con Jesús hasta que sobrevino la catástrofe, también Judas tendría la sensación de que, si abandonaba al maestro, se vería atormentado el resto de sus días por una tensión, un remordimiento y una soledad indecibles. Tal vez tuvo que combatir muchas veces contra esa atracción interior, tratando de romper los lazos que le unían a Jesús. Su corazón era como el de un hombre que se ha visto decepcionado por su mujer y que, a pesar de todo, al tratar de separarse de ella, descubre con tristeza que no puede vivir sin su compañía.

¿Siguió pensando, tal vez, que Jesús podía cambiar su decisión? Aún quedaban dos días para la Pascua. Quizá Judas esperaba que en esos dos días podía producirse el cambio. Él amaba a Jesús como a sí mismo, pero también le odiaba como se odiaba a sí mismo. Esta actitud ambivalente, esta mezcla de amor y de odio, le hicieron mantener los ojos fijos en Jesús desde el mismo momento en que llegaron a Jerusalén.

## LA NOCHE DEL ARRESTO

**P**OR fin había llegado el momento. Era jueves. Juan no coincide con los sinópticos a la hora de determinar qué día del mes de Nisán era exactamente. (En nuestro calendario, el mes de Nisán comprendería desde mediados de marzo hasta mediados de abril.) Los sinópticos dan a entender que aquel jueves era el 14 de Nisán, mientras que Juan piensa que fue el 13; pero no tenemos por qué escoger entre los diversos argumentos que aducen unos u otros estudiosos del asunto. El dato no tiene realmente mayor trascendencia para la esencia del relato.

El primer acontecimiento de aquel día que relatan los Evangelios es la famosa Última Cena, la comida de despedida que celebraron Jesús y sus discípulos, una escena que han pintado infinitas veces Leonardo da Vinci y otros artistas cristianos.

Probablemente era uno de esos espléndidos días propios de esa época del año en aquella parte del mundo. Pero, al igual que sucedía siempre en aquella fecha, la ciudad estaba envuelta en una auténtica nube de polvo, producida por el ir y venir de los miles de peregrinos. Los vendedores ambulantes recorrían las estrechas y serpeantes callejuelas ofreciendo a los transeúntes sus mercancías: el pan ácimo de la Pascua, las hierbas amargas y las palomas. Las ovejas y los asnos acompañaban a sus amos en medio de la agitada masa humana. En determinados puntos estratégicos de aquel laberinto de calles «se hallaban apostados los soldados romanos en prevención de posibles disturbios», como nos informa Flavio Josefo. El gobernador de Judea, Poncio Pilato, estaba presente en la ciudad, recién llegado de la ciudad de Cesarea, en la costa mediterránea, con objeto de seguir de cerca la celebración de la Pascua. Pilato había oído hablar de Jesús, pero aquel nombre apenas había provocado en él el menor interés. Lo que le preocupaba era el reciente curso de los acontecimientos producidos en Roma, donde Sejano, el «padrino» político a quien Pilato debía su propia posición, había caído en desgracia ante el emperador.

También se hallaba presente en la Ciudad Santa Herodes Antipas, el reyezuelo de Galilea, que vivía en el lugar que hoy se conoce como Palacio de Herodes, a escasa distancia de la Torre Antonia, lugar de residencia de Pilato (según André Parrot). Ambos mandatarios mantenían una tremenda rivalidad que hacía que uno y otro estuvieran siempre al acecho de cualquier traspiés político del rival del que poder sacar partido. También Herodes Antipas estaba al tanto de las andanzas de Jesús, y de hecho había sentido bastante curiosidad cuando, tiempo atrás, llegó a sus oídos el rumor de que Jesús era un Juan Bautista redi-

vivo. Pero, para entonces, su curiosidad ya se había esfumado.

Las fiestas duraban ocho días, comenzando la víspera del día grande de la Pascua, es decir, el 14 de Nisán. Durante la mañana del día 14, toda familia judía se deshacía del pan de uso diario que pudiera haber en la casa, y durante la subsiguiente semana sólo se comían las frágiles y alargadas piezas del pan sin levadura llamadas *mazzoth*. A media tarde se daba muerte al cordero sacrificial. Normalmente era el cabeza de familia, o el representante de un grupo, el que llevaba el cordero al Templo, en cuyo patio se le daba muerte. La sangre del cordero era recogida y entregada a los sacerdotes, los cuales, a su vez, la derramaban sobre el altar del sacrificio.

Después, la carne del cordero se llevaba a casa para servirla en el banquete de Pascua. Hemos de suponer que la comida en la que Jesús participó, y que conocemos como la Última Cena, sería precisamente ese banquete pascual.

¿Subió Jesús aquel jueves al Templo, tal como había hecho todos los días anteriores? Y si subió, ¿qué fue lo que ocurrió allí? No lo sabemos con certeza. De lo que sí podemos estar seguros es de que, durante todo aquel jueves, la zona del Templo estaría abarrotada de una ingente multitud de hombres que acudían a sacrificar sus corderos. La amplia explanada del Templo se vería atronada con la barahúnda de los balidos de los corderos que, desde todas las direcciones, se mezclaban con las monótonas voces de los hombres que recitaban sus plegarias.

¿Dirigió Jesús algún mensaje a la multitud, tal como había hecho los tres días anteriores? Parece probable que fuera el jueves, o tal vez el día antes, cuando, señalando el

Templo, dijo: «¿Veis estas grandiosas construcciones? No quedará piedra sobre piedra que no sea derruida» (Mc. 13, 2). «Destruid este santuario y en tres días lo levantaré» (Jn 2, 19).

Estas palabras de Jesús serían interpretadas como una blasfemia contra el Templo cuando, al día siguiente, fueran repetidas como testimonio contra él durante el proceso.

Aunque no lo digan expresamente los Evangelios, podemos imaginar fácilmente que aquel jueves las masas de peregrinos que habían llegado a la ciudad no perderían de vista a Jesús, especialmente a medida que se acercaba la gran fiesta. Durante los tres días anteriores habían estado aguardando el momento en que Jesús decidiera ponerse a la altura de las circunstancias. Los estrepitosos balidos de los corderos que eran sacrificados en el Templo y el incesante ajetreo de las personas que durante la tarde llenaban los atrios de éste de tal modo que no cabía ni una persona más..., todo aquel delirante maremágnum habría de excitar con toda seguridad sus esperanzas mesiánicas. Cualquier movimiento, cualquier acción de Jesús, concitaba indudablemente la curiosidad y el interés de la gente.

Y a su manera, también el Sanedrín estaba preparado para reaccionar ante cualquier contingencia.

Debemos, pues, contemplar la cena de aquel jueves dentro del contexto en que hemos visto que transcurrió el día. De este modo, la Última Cena resulta ser algo más que una reunión de un grupo de amigos que se juntan para cenar tranquilamente. Quien haya presenciado alguna vez un *seder* judío sabrá que el sagrado convite es bastante más que un banquete normal. No se trata de una cena familiar como cualquier otra. En el *seder*, el cabeza de familia parte

el pan sin levadura; luego, tras una plegaria litúrgica, explica a su familia el profundo significado de la fiesta. Recuerda los innumerables sufrimientos que sus antepasados tuvieron que soportar en su errante marcha. A continuación, mientras hace pasar en círculo la copa de vino, reza para que todos ellos se vean libres de las humillaciones que han constituido su propio destino, al igual que el de sus antepasados.

Una lectura superficial de los relatos evangélicos podría darnos la impresión de que la Última Cena fue una tranquila reunión privada de Jesús y sus discípulos. Pero ¿fue realmente así? Los mismos Evangelios nos refieren cómo pocos días antes, en la ciudad de Jericó, la muchedumbre se agolpaba junto a la casa donde se hallaba Jesús, tratando de entrar allá donde no cabía ni un alfiler. No tenemos motivos, por tanto, para pensar que aquel jueves los exaltados peregrinos hubieran perdido todo interés por saber dónde estaría Jesús celebrando la cena de Pascua.

Todos los Evangelios Sinópticos informan de que la Última Cena tuvo lugar en cierta casa que Jesús había mandado reservar para tal ocasión. Dicha casa, ubicada en algún lugar de Jerusalén, pertenecería a un amigo de Jesús que, después de haber hecho los preparativos necesarios, estaría esperando para recibirle. Podemos suponer que Jesús y sus discípulos se dirigirían a la casa seguidos de una multitud, la cual no dejaría de instar al mismo Jesús a que aprovechase la circunstancia de verse rodeado y apoyado por tanta gente para erigirse en su caudillo. Podemos imaginar también cómo las aclamaciones y gritos de esperanza enardecerían a los mismos discípulos, que se sentirían arrastrados de un modo cada vez más intenso por aquel torbellino de entusiasmo.

Por todo ello, no puedo resignarme a aceptar el ambiente o la composición escénica que de la Última Cena han reflejado en sus cuadros los grandes artistas occidentales. Pero no sólo ellos, sino también la mayor parte de los cristianos del mundo, influenciados por el Evangelio de Juan, se imaginan al grupo en torno a una tranquila mesa que preside Jesús, sentado en el centro, con Pedro a su derecha y Juan a su izquierda; junto a éste, Judas Iscariote, y luego los demás discípulos, hasta llegar a los doce.

En la actualidad, el turista que visita Jerusalén es conducido a un antiguo edificio llamado Casa de la Última Cena. Dicho edificio, adornado con estrellas y leones en bajorrelieve, se halla cerca de un mausoleo que lleva el nombre de Tumba de David. En el interior de la casa se conserva un cenáculo que coincide, punto por punto, con la imagen tradicional que ha creado la imaginación popular. Pero, a fuer de sinceros, tanto la casa como el cenáculo son un engaño en el que han caído generaciones de artistas, que jamás llegaron a reflejar la verdadera atmósfera de la Última Cena tal como fue en realidad. Personalmente, creo más probable que la Última Cena tuviera lugar en medio de un ambiente más ruidoso y menos íntimo, porque en torno a la casa se agolparía una multitud de personas, algunas de las cuales, las más audaces, se colarían hasta el mismo cenáculo para escuchar, junto a los discípulos, las palabras de Jesús.

Pero no es este el punto más importante. Si unimos la idea de «comida» y la idea de «multitud», recordaremos por asociación un acontecimiento distinto y anterior a éste. La escena de la Última Cena está indisolublemente unida a aquella otra escena junto al lago de Galilea (también cercana a la Pascua), en que Jesús dio de comer a la multitud

que se apiñaba para escucharle. Ya hemos visto cómo, en aquella ocasión, lo realmente central fue la negativa de Jesús a satisfacer las esperanzas mesiánicas que en él había depositado la multitud congregada en la montaña. El Sermón del Monte evidenciaba con toda nitidez que el Dios del amor que Jesús predicaba no tenía nada que ver con la imagen de un mesías temporal y chauvinista. La consecuencia de aquel episodio fue la decepción de las masas, que comenzaron a apartarse de Jesús hasta llegar al extremo de hacerle abandonar la región.

La Última Cena es una repetición de lo acaecido cuando el Sermón del Monte. En ambas ocasiones los acontecimientos siguen líneas paralelas. Quisiera llamar la atención acerca del modo en que el relato evangélico de la Última Cena recrea las circunstancias de aquel otro acontecimiento ocurrido un año antes junto al lago de Galilea.

La escuela de la Historia de las Formas, siguiendo a Bultmann, niega el carácter histórico de la Última Cena, pues supone que se trata de una creación literaria que tiene su origen en tradiciones litúrgicas cristianas, o en la iglesia helenizada sometida al influjo de Pablo. Bornkamm llega a afirmar que «basándonos en el texto bíblico, no podemos saber con exactitud cómo se desarrolló la Última Cena, porque el texto que hoy poseemos refleja la celebración eucarística y otras prácticas litúrgicas de la Iglesia posterior». Pero, por otra parte, estos estudiosos no hacen el menor comentario acerca del estado de excitación general en que se encontraban los peregrinos, ni del estado de ánimo, apasionado y lleno de susceptibilidades, que embargaba a las masas aquella noche.

Por mi parte, pienso que la Última Cena es un aconte-



tecimiento histórico, aunque no estoy de acuerdo con la idea tradicional de que únicamente se hallaran presentes Jesús y los Doce, reunidos casi en secreto y en un ambiente de solemnidad y recogimiento. Prefiero imaginar una escena dramática, erizada de enfrentamientos entre Jesús y los peregrinos y entre Jesús y los discípulos.

Como ya indiqué antes, en los pocos días transcurridos desde su llegada a Jerusalén, Jesús había resuelto en su interior que era llegado el momento de romper definitivamente con la masa de peregrinos y demás gente que se aferraba a su figura. Ciertamente él era el Mesías del amor, pero no tenía el más mínimo deseo de ser el mesías político que el pueblo esperaba. Había intentado con todas sus fuerzas que le aceptaran como el compañero eterno de todos los hombres, pero jamás se le pasó por la mente la idea de ser el caudillo terreno ansiado por las masas. Por eso pensó que había llegado el momento de romper con la multitud, de romper con todos los que le apoyaban por razones equivocadas. La cena sería su último contacto; este era el motivo principal de la Última Cena.

Los Evangelios desarrollan este «motivo» con cuatro variaciones. La primera es el pasaje en que Jesús instituye el misterio de la Eucaristía mediante la distribución del pan y el vino entre los comensales, afirmando que se trata de su cuerpo y su sangre; la segunda es cuando Jesús repite el anuncio de su pasión y muerte; la tercera es lo concerniente a la apostasía de Judas; la cuarta es la predicción de las negaciones de Pedro.

El misterio de la Eucaristía arroja una nueva luz sobre el clima que se respiraba en la cena. Jesús y los doce discípulos están sentados en torno a la mesa, mientras otros muchos se sientan en el suelo, lo más cerca posible de ellos.

La multitud que rodea la casa observa y espera. Todos sus sueños dorados se centran en Jesús, por lo que no pierden de vista el más mínimo de sus gestos. Al dar comienzo a las plegarias de la Pascua, la multitud se deja arrebatar por una ola de entusiasmo (al igual que aquella otra multitud en el monte, junto al lago de Galilea), y prorrumpe en aclamaciones: «¡Jesús, Hijo de David!», «¡Mesías, Mesías!»

Lucas es el único evangelista que refiere en términos inequívocos cómo el ambiente de excitación se adueñó también de los mismos discípulos: «Entre ellos hubo también un altercado sobre cuál de ellos debía ser considerado el mayor» (Lc. 22, 24). Dado que compartían la misma esperanza del pueblo de que Jesús había de ser un mesías temporal, comenzaron a discutir entre sí acerca de cuál de ellos, en el prometedor alborear del triunfo final, se llevaría la mayor parte del botín después de Jesús.

Jesús les reprende y, al hacerlo, da rienda suelta a sus sentimientos. Y lo que dice, que no es nuevo para los discípulos, sí lo es para la multitud: «Y les dijo: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento *en el Reino de Dios*”» (Lc. 22, 15-16). Como ya había hecho en la montaña de Galilea, Jesús no hace otra cosa sino afirmar la existencia del amor de Dios y del Dios del amor. A este respecto señala Juan que Jesús pretendía mostrar la plenitud de su amor: «Los amó hasta el extremo» (Jn. 13, 1). Al instituir el sacramento de la Eucaristía, Jesús demuestra su irresistible deseo de seguir siendo, para siempre y por encima de la muerte, *el compañero y amigo inseparable de todos y cada uno de los seres humanos*.

La tarde iba oscureciendo y se iba haciendo la noche. La multitud no había entendido una palabra de la doctri-

na de amor de Jesús. Lo único que había quedado claro era que Jesús se había negado a colmar sus expectativas. Aquella gente experimentó la misma desilusión y el mismo desencanto que había experimentado un año antes la multitud congregada junto al lago de Galilea. Y como sus esperanzas habían sido tan grandes, su desencanto se transformó en odio. Tal como ellos lo veían, Jesús, enfrentado una vez más con la realidad, volvía a ser aquel sujeto inútil, débil y fracasado.

Tal vez entonces Judas se atreviera a hablar en nombre de la multitud para reprender a Jesús: «Maestro, tú dices que Dios es amor. Pero ¿dónde se halla el amor de Dios en medio de la triste realidad de esta vida? ¿Acaso Dios guarda silencio ante nuestros infortunios? Lo único que conocemos de él es su ira. Maestro, tú dices que no hay nada más valioso que el amor. Pero los hombres anhelan algo más. Los hombres exigen acción, y la exigen ahora mismo. Es muy propio de la naturaleza humana el desear algo práctico.»

No resulta fácil desentrañar la psicología de Judas. Sabía de antemano que su intervención no lograría cambiar en lo más mínimo la decisión de Jesús. Pero habló para atormentarse a sí mismo, para castigarse a sí mismo por haber seguido a Jesús hasta entonces. (Los Evangelios refieren previamente cómo Jesús había dicho que uno de los Doce le había de traicionar; después viene la escena en que Jesús da a entender que el traidor es Judas. Sin embargo, se cree que todo esto constituye una interpolación basada en el Salmo 41. A pesar de lo cual, yo creo que Judas y la multitud debieron realmente de discutir con Jesús.)

La respuesta de Jesús es escueta: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto» (Jn. 13, 27).

Sus palabras no estaban cargadas de odio contra Judas. Sabía de sobra lo que Judas estaba sufriendo. Jesús pretendía ser el compañero de todas las almas atormentadas, de toda persona que padeciera algún dolor, y Judas no era la excepción. Pero fue Judas quien no supo captar este profundo anhelo de Jesús. Y al oír las palabras del maestro, se levantó de su asiento en un arranque de cólera. Detrás de él salieron otros personajes que hasta ese momento habían estado en el cenáculo. Por tanto, no fue Judas el único que se marchó bramando, porque todos ellos salieron ofendidos mientras expresaban su desencanto, sus esperanzas frustradas y su indignación.

Judas no es sino el prototipo de los que abandonaron el cenáculo, mientras que Pedro lo es de quienes permanecieron en él.

Entre la multitud había, lógicamente, espías del Sanedrín que corrieron inmediatamente al palacio del sumo sacerdote para informar a éste del giro que habían dado los acontecimientos. Caifás debió de brincar de alegría al enterarse de lo sucedido, porque únicamente el apoyo que Jesús había encontrado entre los peregrinos y entre la población local habían disuadido a Caifás y al Sanedrín de intentar el arresto de Jesús. Pero, ahora que la turba había abandonado a Jesús, ya no le importaba a Caifás si el tal Jesús era o no era un agitador político que pudiera representar una amenaza. El mayor peligro para Caifás lo constituía ahora la posibilidad de que los peregrinos, enardecidos por el incidente de Barrabás, iniciaran un amotinamiento antirromano durante la Pascua. Pero, dado que la animosidad de las turbas se dirigía ahora contra Jesús, Caifás comprendió inmediatamente que era el momento de aprovechar la situación y, en consecuencia, convocó otra asamblea del Sanedrín.

No tardó mucho la multitud en congregarse ante el palacio del sumo sacerdote. De entre ella se destacó la figura de Judas, el cual entró en el palacio y, en presencia de los miembros del Sanedrín, prometió testificar contra las afirmaciones extremistas de Jesús; más aún: se ofreció a colaborar en su captura. Después aceptó la recompensa que se le ofrecía por sus servicios (Mt. 26, 14-15).

Hay dos pasajes en los Evangelios que arrojan cierta luz sobre la psicología de Judas. En primer lugar, cuando Judas rompe definitivamente con Jesús y sale del cenáculo, el Evangelio de Juan dice: «Era de noche» (Jn. 13, 30). Pero esa «noche» se refiere a algo más que a la oscuridad física de las horas nocturnas. Simboliza también la total soledad de Judas en ese su tenebroso estado de ánimo de autopunición en que se veía metido como en un pozo sin fondo. Rodeado de la multitud que acudía con él al palacio de Caifás, Judas debió de experimentar, sin embargo, el deseo de gritar que no tenía nada que ver con dicha multitud. La turba era unánime en sus injurias a Jesús, pero Judas la despreciaba. Más aún, se despreciaba a sí mismo.

El segundo pasaje revelador es aquel en que Judas acepta de Caifás la mísera recompensa de treinta monedas de plata. Judas era dolorosamente consciente de que aquella cantidad era un auténtico insulto a la vida y a la obra de Jesús. Apenas servía para pagar una lágrima de gorrión y, sin embargo, Judas sabía que estaba vendiendo su alma por ese precio. Tomó, pues, la insignificante suma que con gesto de desprecio le entregaba el sumo sacerdote, con absoluta conciencia de que era un precio totalmente acorde con su innoble acción. Casi podemos percibir el rictus de repugnancia que asomó al rostro de Judas, y la rabia con que se apoderó del dinero. La mordacidad con

que el Evangelio relata el episodio permite hacerse una viva idea del tormento, el odio de sí y la soledad que debió de padecer Judas.

Seguramente pensaría que al día siguiente Jesús sería rechazado, escarnecido y escupido por el pueblo. Pero también debió de pensar que hasta el final de los tiempos, él mismo, Judas, el traidor, sería igualmente rechazado, escarnecido e insultado por toda la humanidad. No sabemos hasta qué punto fue capaz Judas en aquellos momentos de percibir la extraña analogía existente entre el traidor y el traicionado. Pero lo cierto es que quien se cruza con Jesús en su vida ya no puede olvidarlo jamás.

Volvamos de nuevo al sitio donde tiene lugar la Última Cena.

Una vez que la decepcionada multitud se hubo marchado tras de Judas, los que se quedaron allí debieron de quedar sumidos en un atónito silencio. Fue Pedro el único que no pudo contenerse y exclamó: «¡Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte!» (Lc. 22, 33).

Una triste sonrisa asomó en los hundidos ojos de Jesús, mientras meneaba su cabeza con miserativamente. La protesta de Pedro no le consolaba de su soledad, porque sabía que no sólo Pedro, sino los restantes discípulos, habían de renegar de él, al igual que había hecho Judas.

«Te digo, Pedro: No cantará hoy el gallo antes de que hayas negado tres veces que me conoces. (No digas más.) Pero yo he rogado por ti... para que, cuando hayas vuelto, confirmes a tus hermanos» (Lc. 22, 32-34).

A Jesús le preocupaba la posibilidad de que, después de su muerte, la vida de los once se viera amenazada no sólo por el Sanedrín, sino por los peregrinos de Pascua,

cuya decepción podía transformarse en odio desenfrenado. «El que tenga bolsa, que la tome, y lo mismo la alforja; y el que no tenga, que venda su manto y compre una espada» (Lc. 22, 36).

De estas palabras han sacado algunos exegetas determinadas conclusiones acerca de una posible rebelión armada por parte de Jesús y sus discípulos. Esta interpretación es absolutamente descabellada; lo único que puede deducirse es que Jesús sentía verdadera preocupación por las posibles dificultades que podían tener sus discípulos aquella misma noche, una vez que a él le hubieran detenido.

Así fue cómo, muy poco antes de la fiesta de la Pascua, el grupo de seguidores de Jesús quedó dividido en dos. Sin embargo, tengo la impresión de que esta división entraba dentro de las previsiones de Jesús. Aun antes de que se produjeran los acontecimientos, Jesús sabía perfectamente que Judas y la facción rebelde serían inmediatamente sobornados por el Sanedrín y, en consecuencia, era del todo consciente del destino que le aguardaba.

Una vez que Judas y la turba se hubieron adentrado en la noche, abandonando a Jesús durante la Última Cena, el maestro se afanó en reforzar los lazos entre él y los que con él se habían quedado, por más que seguía pensando que su muerte era una condición necesaria para la eficacia de tales lazos. Fue precisamente entonces cuando Pedro exclamó: «¡Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte!»

Pero Jesús conocía la traición humana. En las ciudades y aldeas del lago de Galilea le había seguido toda clase de gente en un primer momento; pero más tarde esas mismas personas le habían apedreado e incluso habían inten-

tado arrojarle por un precipicio en una colina cercana a Nazaret. Más de una vez había tenido que experimentar cómo los enfermos y tullidos, cuyo dolor había tratado de compartir, una vez libres de sus sufrimientos, se habían alejado de él y le habían olvidado. Ahora se habían marchado Judas y los demás, pero Jesús tenía el presentimiento de que incluso el escaso número de discípulos que se habían arriesgado a permanecer en el cenáculo habrían de desertar pocas horas más tarde, en cuanto se desencadenara la tragedia.

Con todo, únicamente su muerte podía salvar de su debilidad a los discípulos. Reconocía que seguirían siendo débiles hasta que él hubiera muerto, pero se lo jugaba todo a una carta, en la esperanza de que su propia muerte reforzaría el vínculo de solidaridad que le unía a ellos. Cuando, durante la Última Cena, Jesús distribuyó el pan y el vino pronunciando unas palabras que establecían una conexión entre dichos elementos y su propio cuerpo y sangre, comprendemos que lo que está haciendo es alentar esa unión que dependía de que él muriera. El relato no es la simple transcripción de una tradición litúrgica, como algunos creen. Hemos de considerar lo que en aquel momento bullía en su corazón: el deseo de inspirar a sus discípulos, sellando con ellos ese vínculo de unión fundado en su muerte. Si no se tiene esto en cuenta, entonces sí podría pensarse que se trata de una interpolación originada en la Iglesia helenizada y sometida al influjo de Pablo. La Última Cena fue para Jesús el momento de la ratificación de sus discípulos, a la vez que la celebración de la unión íntima establecida con los que permanecieron a su lado.

Acabada la cena, Jesús y sus amigos salieron de la ciudad y se dirigieron al monte de los Olivos, fuera ya de las

murallas. Todavía hoy puede verse en Jerusalén una anti-gua escalera excavada en el atrio de una iglesia. Se dice que es lo único que queda del antiguo palacio de Caifás. Los escalones están hoy casi totalmente desgastados, pero por ellos debieron de pasar Jesús y sus discípulos en su descenso hacia el pie del monte de los Olivos, donde había una zona reservada para enterramientos y otra cubierta de olivos. Dentro de esta última se alzaba un molino destinado a la extracción del aceite, de donde proviene el nombre de Getsemaní.

Justamente enfrente de Getsemaní se podían divisar el Templo y las murallas de la ciudad. Era de noche. Esparcidos por todo el monte, los miles de peregrinos que habían acudido a celebrar la Pascua dormían profundamente. La oscura silueta de las enormes murallas y la imponente masa del Templo se alzaban amenazantes en medio del silencio, bajo un cielo tachonado de estrellas. Una vez en el olivar, cada uno de los discípulos se buscó un lugar adecuado donde pasar la noche. No les quitaba el sueño lo que el grupo de Judas pudiera estar tramando después de haberse separado de ellos. Sólo Jesús parecía presentir que la decepción podía inducirles a actuar contra él. Alejándose de los soñolientos e inconscientes discípulos, se puso a reflexionar con tristeza en su propia soledad, luchando contra el miedo que le inspiraba la rigurosa prueba que muy pronto había de afrontar.

Llevaba ya varios meses dispuesto a morir, pero la muerte que ahora se avecinaba era tremendamente amarga. Puesto que era el amor lo que le hacía desear la muerte, estaba seguro de que ésta le sobrevendría de un modo terriblemente amargo y espantoso. Es fácil morir por los que nos aman, pero resultaba tremendamente desgarrador ofrecer la vida por una gente que no correspondía al

propio amor, por una gente que no comprendía nada. Es fácil morir de un modo heroico y glorioso, pero es sumamente difícil ir a la muerte en medio de la incomprensión, las burlas y los salivazos. Jesús sabía que su muerte sería más miserable y abyecta que la de un perro.

El Evangelio de Lucas refiere con estas palabras su grito de angustia: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz (de dolor); pero no se haga mi voluntad, sino la tuya... Y sumido en angustia, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lc. 22, 42-44).

Por su parte, los discípulos estaban totalmente rendidos. ¿Quizá el desasosiego de Jesús resultaba demasiado para ellos? El caso es que en seguida se quedaron profundamente dormidos bajo los árboles. Y por más que lo intento, yo no logro comprender cómo pudieron dormirse. ¿Acaso no eran conscientes de la gravedad de la situación y de que Caifás había de apresurarse a detener a Jesús? ¿O es que se confiaron ante la perspectiva de pasar la noche en aquel tranquilo lugar del monte de los Olivos en vez de pasarla en casa de Simón, como habían hecho los días anteriores?

No muy lejos de allí, Caifás, tras convocar al Sanedrín en sesión extraordinaria, informó a los miembros del Consejo de que la opinión pública se había vuelto contra Jesús, el cual ya no gozaba del apoyo popular y, consiguientemente, ya no había peligro de que los peregrinos se amotinaran en el caso de que se arrestara a Jesús. Era el momento de que el interés de la chusma dejara de centrarse en el Nazareno y pasara a fijarse en la liberación del activista antirromano Barrabás.

En consecuencia, ¿por qué no proponer al goberna-

dor de Judea que soltase a Barrabás a cambio de Jesús? ¿Por qué no aprovechar la ocasión de conservar la ley y el orden en toda Judea, reforzando de paso el poder del Sanedrín, cuando el precio no era más que la vida de un solo hombre, Jesús? Caifás ya se lo había insinuado anteriormente al Consejo. Ahora sometía la idea a votación. Había que llevar a cabo el arresto y el juicio de una forma rápida y decidida, porque la Ley judía prohibía todo tipo de acciones legales una vez comenzada formalmente la semana de fiestas de la Pascua.

Sin pérdida de tiempo, el sumo sacerdote dio orden de que un destacamento de la guardia del Templo acudiera a Getsemaní, al pie del monte de los Olivos. Por supuesto que había sido Judas quien le había informado de que era allí donde se encontraban Jesús y sus amigos. Algunos de los que habían seguido a Judas se unieron al pelotón. Los soldados iban armados de porras y espadas, y en sus manos portaban antorchas cuando, dejando atrás las murallas de la ciudad, iniciaron el descenso hacia el valle en dirección a Getsemaní.

Mientras tanto, y apartado «como un tiro de piedra» (Lc. 22, 41) de sus dormidos discípulos, Jesús seguía luchando encarnizadamente con el miedo a la muerte. Si quería ser el compañero eterno de los hombres, si quería demostrar la realidad del Dios del amor, no tenía más remedio que afrontar la más horrenda de las muertes. Tenía que padecer toda la miseria y el dolor que pueden padecer los hombres y mujeres; de lo contrario, no podría compartir realmente la miseria y el dolor de la humanidad, ni podría tampoco ponerse ante nosotros para decirnos: «Miradme: yo estoy a vuestro lado. He sufrido como vosotros. Comprendo vuestra tristeza porque también yo la he padecido.»

Jesús temía a la muerte hasta el punto de que «su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra». Deseaba decir a sus discípulos: «Por favor, despertad» (y de hecho despertó en una ocasión a Pedro, pero éste volvió a dormirse en seguida). Al fin divisó, sobre el fondo de las murallas de la ciudad, la hilera de antorchas que avanzaba hacia él. Y en ese momento repitió su plegaria: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.»

De entre «la turba» (Mc. 14, 43) que invade el olivar se destaca la figura de Judas Iscariote.

«Rabbi, *shalom*.» La paz contigo, maestro.

Judas puso sus manos sobre los hombros de Jesús y le besó. Era la forma normal de saludo entre los judíos, pero en esta ocasión era también una señal que esperaban los soldados para apresar a Jesús.

Debido, sin duda, a que la escena del arresto de Jesús quedó indeleblemente grabada en la memoria de los discípulos que la presenciaron, el Evangelio de Marcos, basado fundamentalmente en esa memoria, refiere la escena con un realismo extraordinario. Uno de los discípulos (según el Evangelio de Juan, se trata de Pedro) sacó una espada y logró cortar de un tajo la oreja de uno de los guardias del Templo, pero Jesús alzó su voz e hizo que Pedro se detuviera en su acción. Presas del pánico, los discípulos salieron corriendo del huerto; y el más joven de ellos, que no llevaba encima más que una sábana, dejó caer ésta y escapó completamente desnudo.

Jesús se dirigió a los soldados de la guardia del Templo: «Todos los días estaba junto a vosotros enseñando en el Templo, y no me detuvisteis.»

Jesús sabía cuál era la situación. Sabía que el Sanedrín, que no le había molestado los días anteriores, se había decidido a prenderle aquella noche porque necesitaba a alguien a quien poder cambiar por Barrabás. Pero, al mismo tiempo, las circunstancias que rodeaban su detención le indicaban bien a las claras que, independientemente de los cargos que pudieran aducir en su contra, ya había sido condenado de antemano. A partir de aquel momento ya no podía tener fe alguna en la equidad del proceso legal que iba a iniciarse contra él, ni podía tampoco pensar en la posibilidad de escapar a la pena capital.

Un grupo de hombres con antorchas encendidas formó un cordón en torno a Jesús y se inició el regreso hacia las tenebrosas murallas de la ciudad que se alzaban desafiantes sobre el cielo estrellado.

La detención se había realizado con toda presteza. Nadie había salido en ayuda de Jesús cuando fue rodeado por sus aprehensores. Los peregrinos siguieron dormidos dentro de sus tiendas, sin percatarse, al menos en apariencia, de que hubiera ocurrido algo en Getsemaní. Pero, aun suponiendo que se hubieran dado cuenta, jamás se les habría ocurrido mover un dedo por ayudar a aquel hombre ojeroso y demacrado que había defraudado sus esperanzas.

Los mismos discípulos, después de haber huido atropelladamente del olivar, seguían aún dominados por el pánico. Estaban sorprendidos de que Jesús no hubiera opuesto la menor resistencia y se hubiera dejado prender dócilmente. Pero lo que más les preocupaba era la peligrosa situación en que ellos mismos se encontraban ahora. El pánico les impedía discurrir la forma de escapar del apuro. Estaban seguros de que a la mañana siguiente el

Sanedrín daría orden de detenerlos como cómplices de Jesús. Y esto era lo que les aterrorizaba.

Si tenemos en cuenta este pavor que sintieron los discípulos a raíz del arresto de Jesús, entenderemos perfectamente el auténtico trasfondo del famoso episodio de las negaciones de Pedro en el palacio del sumo sacerdote; un episodio en el que hay algo más que los hechos que relata el Evangelio.

Más adelante trataré de describir la escena con mayor detalle, pero digamos por el momento que, una vez que los discípulos volvieron a agruparse para estudiar la situación, escogieron a Pedro para representarles y, sirviéndose de alguna persona que conociera al sumo sacerdote, el mismo Pedro acudió al palacio de Caifás para interceder en favor del grupo. Por supuesto que esta reconstrucción del episodio es una pura hipótesis personal. Pero, a juzgar por su estado de ánimo y su posterior libertad de movimientos, es evidente que los discípulos no sufrieron el menor acoso por parte del Sanedrín. Lo cual nos permite suponer que ambas partes habrían llegado a algún tipo de acuerdo.

Así pues, Pedro y los demás no sólo abandonaron a Jesús. Por decirlo con franqueza, fueron tan traidores como Judas. Los discípulos negaron a Jesús ante Caifás, sumo sacerdote y presidente del Sanedrín, y prometieron no volver a tener la más mínima relación con él. A cambio de esa negación y esa promesa evitaron ser detenidos. Al menos es así como yo lo veo.

Los discípulos eran individuos de poco carácter y, precisamente por ello, una vez cerrado el trato, su sentimiento de humillación y sus remordimientos les llevaron indefectiblemente a derramar lágrimas de auténtica histeria. El episodio de Pedro en el palacio de Caifás negando

conocer a Jesús y su posterior llanto de amargura, simbolizan el remordimiento experimentado por todo el grupo de discípulos. (El relato más vívido de las negaciones de Pedro es el que ofrece el más antiguo de los Evangelios, el de Marcos. Los restantes Evangelios, escritos con posterioridad, tenían que destacar en mayor medida la dignidad de Pedro como cabeza de la Iglesia y, en consecuencia, anduvieron con más cautela a la hora de relatar el episodio.)

¡Discípulos necios y pusilánimes! ¡Discípulos ruines y cobardes como nosotros mismos! Y, sin embargo, al cabo de muy poco tiempo, aquellos mismos discípulos se convirtieron en un grupo de hombres fuertes que no retrocedieron ni siquiera ante el martirio. ¿Cómo pudo ser esto? La respuesta constituye uno de los temas centrales del Nuevo Testamento.

Por su parte, Judas Iscariote había regresado al palacio de Caifás en compañía de los guardias del Templo que mantenían a Jesús bajo custodia. Y allí asistió al proceso de Jesús, probablemente como testigo. El Evangelio de Mateo nos dice que cuando Jesús fue condenado a muerte, Judas trató de devolver las treinta monedas de plata, diciendo: «He pecado entregando a la muerte a un inocente.» Si esto ocurrió realmente, ¿acaso Judas había pensado que Jesús no sería condenado a muerte? ¿O tal vez se había comprometido a conducir a la guardia del Templo a Getsemaní con la condición de que no corriera peligro la vida de Jesús, y ahora estaba horrorizado al constatar cómo le había engañado Caifás? Algo de esto pudo suceder.

A Judas, en realidad, no le interesaba ya el dinero. Cuando vio cómo todo el mundo descargaba sus golpes

sobre la figura de su querido Jesús, cuando vio cómo éste vertía su sangre, se quedó atónito ante el rumbo que habían tomado los acontecimientos; en su interior se desató una tormenta de sentimientos encontrados: a un tiempo se odiaba a sí mismo y trataba de disculparse, odiaba a Jesús y no podía dejar de amarlo.

Una vez pronunciada la sentencia de muerte contra Jesús, Judas decidió que también él debía morir. En aquellos momentos Jesús estaba siendo insultado y condenado por la chusma, pero él había de ser condenado para siempre por toda la raza humana. Lo que Jesús estaba sufriendo entonces habría de sufrirlo Judas perennemente. Esta extraña analogía no podía pasarle inadvertida. Y ciertamente entonces llegó Judas a comprender el significado de la vida de Jesús. A pesar de lo que los Evangelios digan de él, lo cierto es que Judas creyó en Jesús en aquellos instantes.

Trató de devolver el dinero a Caifás, pero éste lo rechazó fría y terminantemente. Después de arrojar al suelo las treinta monedas de plata que anteriormente había tomado con avidez en sus manos, abandonó el palacio del sumo sacerdote y, alejándose de las murallas de la ciudad, se ahorcó. Más adelante, refiriéndose a Judas, diría Pedro que «cayó de cabeza, se reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas» (Hch. 1, 18). Es una imagen ciertamente macabra del triste final de Judas. Pero ¿podemos suponer que incluso Judas fue salvado por los méritos de Jesús? Yo prefiero creer que sí. Y no por otra razón, sino porque, cuando Judas cayó en la cuenta del paralelismo existente entre él y el maestro, creyó en Jesús. Y Jesús, por su parte, comprendió el sufrimiento de Judas. Y con su propia muerte derramó su amor incluso sobre el hombre que le había traicionado.



**A**l fin tenemos ante nosotros la escena del juicio y la condena de Jesús que se han de producir aquella misma noche. Pero antes me gustaría decir unas palabras acerca de ciertas dificultades que algunos expertos encuentran en el relato evangélico de estos acontecimientos, y acerca de la credibilidad del Nuevo Testamento sobre la que aún siguen debatiendo determinados biblistas.

Uno de los motivos de la controversia radica en las normas judías referentes a los procesos judiciales, donde se acostumbraba a no pronunciar sentencia sobre delitos graves durante las horas nocturnas, y donde nunca se emitía un veredicto si el proceso público había durado menos de un día. Por otra parte, aunque la Ley de los judíos determinaba que «un veredicto unánime es inválido», los Evangelios nos dicen que la decisión de condenar a Jesús fue tomada por unanimidad. Otro punto conflictivo lo

constituye el hecho de que los relatos de Mateo y de Marcos no coinciden en ciertos detalles, y el Evangelio de Juan apenas hace alusión al interrogatorio de Jesús por parte del sumo sacerdote Caifás. Por último, se piensa que los discípulos, en el mejor de los casos, no estuvieron al corriente de las incidencias del juicio porque, como se habían dispersado en todas las direcciones, no asistieron al proceso. No faltan, por otra parte, quienes ponen en duda la legalidad del procedimiento, preguntándose si no estuvo todo el juicio plagado de irregularidades.

Sin embargo, a pesar de sus diferencias, todos están de acuerdo en que el juicio ante el Sanedrín estuvo viciado desde un principio por la determinación previa de conseguir la ejecución de Jesús y, por consiguiente, no se observó el debido procedimiento. Bien es verdad que en el juicio estuvieron presentes algunas personas que no estaban necesariamente inclinadas a destruir a Jesús, como es el caso de José de Arimatea (Lc. 23, 50-53) y de Nicodemo (Jn. 7, 50-52); pero lo que parece evidente es que, en el transcurso del proceso, nadie salió en defensa del acusado.

Si aceptamos literalmente lo que nos relatan los Evangelios Sinópticos, el Sanedrín, bajo la presidencia de Caifás, comenzó el juicio acusando a Jesús del delito de blasfemia contra el Templo.

Ni que decir tiene que el Templo de Jerusalén, morada de Yahvé, era para los judíos el lugar más santo de la tierra. La blasfemia o cualquier falta de reverencia contra el Templo era, por consiguiente, una nefanda violación de la Ley judía.

Pero se había informado que, durante su estancia en Jerusalén, Jesús había anunciado a sus discípulos, extasiados ante la magnificencia del Templo, que toda aquella

enorme edificación había de derrumbarse, «sin que quedara piedra sobre piedra». En otra ocasión había dicho al pueblo que le escuchaba: «Destruid este templo, hecho por los hombres, y en tres días lo reedificaré.» Basándose en estas palabras, el Sanedrín interrogaba despiadadamente al acusado. Por supuesto que el templo al que Jesús se refería era un edificio de amor, un templo en sentido espiritual, no material. Pero los fariseos y saduceos del Sanedrín entendían que la pretensión de Jesús era tan blasfema que se veían obligados a taparse los oídos para no escucharla.

Manteniéndose en silencio, Jesús no respondió una palabra a sus acusadores. Incluso los testigos presentados por el Sanedrín se contradecían mutuamente en sus declaraciones, las cuales ni siquiera bastaban para alcanzar el mínimo de testimonios requeridos para llegar a un veredicto. Y como el Consejo era el último que podía atreverse a contravenir la Ley judía, no tuvo más remedio que rechazar la acusación de blasfemia.

Caifás estaba comenzando a inquietarse seriamente. Tenía que descubrir algún delito, fuera el que fuere, lo suficientemente grave como para condenar a Jesús. Desmoronada la primera acusación, se decidió a formular una pregunta cargada de intención:

«¿Eres tú el Cristo?»

La palabra «Cristo» significa «mesías», y este era un término lleno de connotaciones sumamente complejas. Etimológicamente, «mesías» se refiere al que «ha sido ungi-do con óleo» y, consiguientemente, la palabra servía para referirse a la «soberanía real» o al «rey». En su uso normal, incluía los dos significados de «rey» del pueblo judío y de «salvador» espiritual de la nación. Interpretada en un sen-

tido político, la palabra «mesías» venía a significar el salvador que había de liberar a los judíos de la ocupación romana y devolverles la gloria que antiguamente tuvieron como nación. En consecuencia, si Jesús respondía que él era el Cristo, inmediatamente le denunciarían ante el gobernador Pilato bajo la acusación de delincuente político. Por el contrario, si Jesús se definía como mesías espiritual, no dudarían en castigarle por blasfemar contra Dios. La pregunta de Caifás era ingeniosa y astuta. (Indudablemente, Caifás ya había pensado en ello y preparado la pregunta de antemano.)

¿Cómo respondió Jesús? En mi opinión, el Evangelio de Lucas refleja la respuesta con más exactitud que los Evangelios de Mateo y de Marcos.

Jesús intuyó perfectamente la verdadera intención que ocultaba la pregunta de Caifás y, rompiendo su silencio, respondió: «Si os lo digo, no me creeréis. Si os pregunto, no me responderéis, ni me dejaréis libre.»

En realidad, lo que Jesús estaba diciendo era que aquel proceso no era más que una charada encaminada a asegurar su condena; que, cualquiera que fuese la respuesta que él diera, ellos no estaban dispuestos a aceptarla. Entonces reconoció que sí, que él era el Salvador.

Al oírlo, Caifás se rasgó sus vestiduras y apeló a los miembros del Consejo: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?» Sus palabras implicaban un veredicto de culpabilidad con el que todos estuvieron de acuerdo, decretando inmediatamente la pena de muerte. Sin embargo, algunos de los más recientes expertos opinan que el Sanedrín no pronunció realmente la sentencia hasta que no hubo amanecido.

Pero lo cierto es que la sentencia de muerte fue dictada aun cuando, para ser exactos, el Sanedrín no tenía poder para ejecutar dicha sentencia, a pesar de que Roma le reconocía el derecho a pronunciarla. Para que la pena de muerte pudiera llevarse a cabo, era preciso el consentimiento del gobernador Pilato.

El sumo sacerdote, por tanto, decidió solicitar de Pilato la ejecución de Jesús, pretextando que se trataba de un criminal agitador antirromano. Con ello el sumo sacerdote conseguía que el Sanedrín guardara las apariencias tratando de conseguir un intercambio de Jesús por Barrabás, líder del partido zelote que se hallaba en prisión y cuya libertad solicitaba el populacho.

Al mismo tiempo esperaba Caifás que, al morir como un criminal, la figura de Jesús llegara a borrarse de la memoria del pueblo.

Es posible que toda esta maquiavélica estrategia le fuera sugerida a Caifás por su suegro, el antiguo sumo sacerdote Anás.

Según el capítulo veintitrés del Evangelio de Lucas, Caifás se puso al frente de todos los miembros que se hallaban presentes en el Sanedrín y se dirigió con ellos a la residencia de Pilato con objeto de dejar bien claro que el veredicto del Sanedrín había sido unánime. Sabía Caifás que la presencia masiva de los componentes del Consejo causaría una fuerte impresión al gobernador.

El Pretorio, residencia oficial de Pilato, se encontraba en una zona de Jerusalén próxima a lo que hoy se conoce como la Puerta de David, a unos siete u ocho minutos de la mansión de Caifás. El gobernador romano de Judea no solía vivir permanentemente en Jerusalén, sino en su resi-

dencia de Cesarea. Pero se daba la circunstancia de que aquella semana Pilato se hallaba en Jerusalén, porque normalmente los gobernadores solían acudir a la «ciudad eterna» durante las fiestas de la Pascua.

Pilato era originario del Sannio, en la parte sudoriental de Italia, y pertenecía al mismo grupo étnico que algunos de los conspiradores implicados en el asesinato de Julio César. Y no era infrecuente encontrar gente de aquella región en determinados puestos administrativos de la corte del emperador Tiberio. Pilato había accedido al cargo de gobernador de Judea en el año 26 del calendario occidental, llevando consigo a su mujer Prócula, y allí permaneció durante diez años. Apenas llegado, se apresuró a hacer una entrada solemne en Jerusalén que ocasionó la indignación de los judíos porque, ignorando sus sentimientos religiosos, encabezó el desfile militar bajo los estandartes romanos en los que figuraba la imagen del emperador.

Pero aquella mañana en la que se le comunicó la petición del sumo sacerdote Caifás y los demás miembros del Sanedrín, la posición de Pilato era, evidentemente, muy distinta de la de los primeros días en el desempeño de su cargo. Tras la caída de Sejano, su poderoso protector en la corte, Pilato no contaba más que con sus propios recursos para mantener la autoridad. Y como su cargo de gobernador estaba sujeto al control del legado romano de Siria, le aterraba la posibilidad de dar a los judíos cualquier motivo de queja, y su ansia por evitar el más mínimo conflicto con los judíos le colocaba en una situación desventajosa. Hasta qué punto era consciente Caifás de la precaria posición de Pilato nos lo revela la actitud casi insolente con que el Sanedrín se enfrentó con él, según se desprende del relato evangélico.

Según la costumbre romana, Pilato atendía las obligaciones de su cargo durante la mañana.

Naturalmente, el Sanedrín no dijo una palabra acerca del carácter religioso del interrogatorio nocturno que había tenido lugar en la mansión de Caifás pocas horas antes, porque lo que pretendían era acusar a Jesús de delincuente político.

Una comparación entre los Evangelios Sinópticos y el Evangelio de Juan permite comprobar que Juan y Lucas describen con más detalle que los otros dos autores la fase inicial del juicio ante Pilato, y especialmente el Evangelio de Juan cita con mucha más profusión las palabras de Jesús.

De las preguntas y respuestas que se cruzaron entre Pilato y los miembros del Sanedrín podemos componer el siguiente relato, basándonos en lo que nos refieren Lucas y Juan.

En primer lugar hay que aclarar que los miembros del Sanedrín, como judíos religiosamente observantes que eran, tenían prohibido entrar en la casa de un gentil antes de haber comido el cordero pascual. Por consiguiente, hicieron que Jesús entrara solo en la residencia del gobernador, mientras ellos se quedaban fuera esperando que el gobernador saliera a recibirlos. Pilato no tenía más remedio que salir para que le informaran de los motivos de la acusación. Así comenzó el diálogo (las frases en cursiva pertenecen al Evangelio de Lucas, el resto es de Juan):

SANEDRÍN: Si éste no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado.

PILATO: Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra Ley.

SANEDRÍN: *Nosotros no podemos matar a nadie... Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es Mesías y rey.*

Este diálogo revela que, ya desde el comienzo, Pilato intuyó que Jesús no era un delincuente político, sino alguien que había violado las normas de la religión judía, lo cual no era de su competencia; y el mismo diálogo permite ver lo poco dispuesto que estaba el gobernador a dejarse enredar en las disputas de los judíos. Por eso aconsejó al Sanedrín que resolviera el caso según su propia Ley, sin implicar a la autoridad romana. Pero el Sanedrín, que se oponía a ello, insistió ante el gobernador que se trataba realmente de un caso político y presentó dos acusaciones que exigían la incoación de un proceso legal: 1), que Jesús, al proclamarse rey y mesías, estaba fomentando entre el populacho un movimiento antirromano; y 2), que había prohibido pagar tributos a Roma.

Ante la insistencia del Sanedrín en que se trataba de un agitador antirromano, Pilato no podía eludir el deber de interrogar a Jesús. Si se negaba a hacerlo, el Sanedrín podía presentar una queja contra Pilato ante su superior inmediato, el legado romano de Siria.

Atrapado entre dos fuegos, Pilato no tuvo más remedio que regresar al interior y proceder al interrogatorio del prisionero:

PILATO: ¿Eres tú el rey de los judíos?

JESÚS: Tú lo dices (pero) mi reino no es de este mundo.

Pilato aceptó la respuesta de Jesús que le confirmaba que su presentimiento había sido correcto. A él no le inte-

resaban en absoluto las enseñanzas religiosas de Jesús y, por supuesto, no podía creer que aquel individuo extenuado y totalmente deshecho que tenía ante él, aquella figura demacrada y de ojos hundidos, pudiera ser jamás un peligroso cabecilla del activismo antirromano, al estilo de Barrabás.

Únicamente el Evangelio de Juan (que, como hemos dicho, recoge con más detalle las palabras de Jesús) nos dice cómo al responder a la pregunta de Pilato, Jesús prosiguió diciendo con toda libertad: «Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que está por la verdad escucha mi voz.»

Ante la respuesta de Jesús, Pilato, que no dejaba de ser un cínico romano, puso en su sonrisa todo el escepticismo de que era capaz y dijo: «¿Y qué es la verdad?»

Fue todo lo que se le ocurrió. No fue capaz de encontrar mejor manera de responder a las palabras de Jesús que preguntar escépticamente qué era eso de «la verdad», lo cual demuestra la indiferencia o el ligero desprecio que le inspiraba al romano la figura de Jesús; lo que en modo alguno podía ocurrírsele a Pilato es que Jesús fuera un activista antirromano. Por segunda vez salió el gobernador al exterior, donde el sol comenzaba ya a calentar, para hacer frente a los obstinados miembros del Sanedrín que esperaban su decisión.

«No encuentro ninguna culpa en este hombre», insistió (Lc. 23, 4).

Como ya dije antes, el Sanedrín se veía obligado a tratar de conseguir la liberación de Barrabás, en cuyo lugar querían poner a Jesús. Y para ello intentaron hacer mayor presión sobre Pilato.

SANEDRÍN: *Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí.*

PILATO: *¿Es galileo este hombre?*

Al escuchar la respuesta afirmativa, el gobernador recordó que, casualmente, también el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, había venido a la ciudad con motivo de la Pascua.

No es que mediara excesivo afecto entre el gobernador de Judea y Herodes Antipas. Y como, de hecho, se despreciaban mutuamente, no sorprende el que a Pilato se le ocurriera pasar aquel enojoso asunto del juicio de Jesús al tetrarca de Galilea, por quien sentía una profunda aversión. (Los Evangelios de Juan, Marcos y Mateo no recogen el interrogatorio de Jesús por Herodes. Únicamente lo hace Lucas, lo cual no impide que el relato tenga bastantes visos de credibilidad.) Afirmando que un galileo tenía derecho a ser juzgado por la autoridad de Galilea, Pilato comunicó al Sanedrín su decisión de remitir a Jesús a Herodes.

Conscientes de que, tiempo atrás, Herodes había hecho matar a Juan el Bautista, los miembros del Sanedrín, aunque a regañadientes, aceptaron la sugerencia. Sabían que, si conseguían que Herodes aprobara la decisión de aplicar a Jesús la pena capital, el gobernador Pilato no se atrevería a oponerse.

El Sanedrín en pleno, con Caifás a la cabeza, se trasladó al palacio del rey Herodes, no muy distante del Pretorio de Pilato.

Desde hacia tiempo, allá en Galilea, Herodes había deseado conocer a Jesús. Le habían llegado rumores de

que Jesús podía ser un Juan Bautista redivivo y, consiguientemente, deseaba verle por dos razones: el miedo supersticioso y la morbosa curiosidad que le inspiraba. De modo que Herodes «se alegró mucho» (Lc. 23, 8) por la oportunidad que le brindaba la instancia del gobernador de que interrogara a Jesús.

Parece ser que Jesús nunca tuvo una opinión excesivamente benévola sobre Herodes (Lc. 13, 32). Los sentimientos de uno y otro quedaron bien manifiestos en el palacio de Herodes, pues en esta ocasión Jesús guardó un silencio absoluto en presencia del rey de Galilea (a quien anteriormente se había referido con las palabras «ese zorro»), y «no respondió nada» a ninguna de las preguntas que la enfermiza curiosidad del rey le hizo formular. Herodes deseaba ver algún milagro de Jesús, pero cuando comprendió que Jesús no estaba dispuesto a complacerle, comenzó a perder paulatinamente su temor supersticioso. Y cuando se vio libre de su neurótica aprensión, se le ocurrió la idea de utilizar a Jesús como instrumento para limar las asperezas existentes en su relación con el gobernador de Judea. Haría ver a Pilato que también a él le parecía que aquel individuo no merecía ningún interés por parte de las autoridades. Y entonces, con objeto de mofarse de Jesús, un «mesías» sin poderes milagrosos, hizo que le vistieran con una llamativa túnica, como se hacía con los locos, antes de devolverlo al Pretorio del gobernador. Y puesto que ambos, Herodes y Pilato, coincidieron en su opinión sobre Jesús, «aquel día... se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados», según palabras del Evangelio de Lucas.

Por su parte, Pilato, aunque le molestó que Herodes le devolviera a aquel pobre hombre, al mismo tiempo se

sintió más seguro ante los miembros del Sanedrín, a los que dijo claramente:

«Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis. Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido. Nada ha hecho, pues, que merezca la muerte.»

En consecuencia, Pilato, con el fin de calmar los ánimos de los sanedritas, prometió aplicarle un castigo y dejarle después libre. Pero entonces se le ocurrió otra solución: conceder a Jesús la especial amnistía que solía concederse por Pascua. Esa «especial amnistía» consistía en liberar a un delincuente con ocasión de dicha fiesta. No está muy claro cuándo comenzó a practicarse esta costumbre, pero, en todo caso, al sugerir el perdón para Jesús lo que el gobernador pretendía era librarse de él y resolver el asunto lo más pacíficamente posible (en el fondo, Pilato también temía que, si mandaba ejecutarle, los amigos de Jesús pudieran ocasionar alguna violenta alteración del orden).

De este modo concluyó la primera parte del juicio de Jesús ante Pilato. Pero, a medida que se acercaban las horas centrales del día y el calor comenzaba a apretar de firme, la situación cambió de improviso y se inició una segunda fase. Lo que sucedió fue que, de todas las partes de la ciudad, comenzó a reunirse una gran multitud que fue a congregarse ante el Pretorio.

Puesto que el Nuevo Testamento no dice nada al respecto, en realidad no sabemos si la multitud se reunió de modo espontáneo o si se trataba de una manifestación organizada de antemano por el Sanedrín. Ya hemos visto cómo, la tarde anterior, la multitud que había acudido al

cenáculo se había sentido defraudada por Jesús, y cómo su decepción se transformó en animosidad. Tal vez fuera aquella misma gente la que ahora se agolpaba junto al Pretorio de Pilato pidiendo que fuera liberado Barrabás, que era el auténtico revolucionario, en lugar de soltar a Jesús con toda su inútil palabrería sobre el amor.

Precisamente en el instante en que Pilato estaba a punto de salvar a Jesús mediante la oportuna orden de gracia, la muchedumbre que por momentos afluía en tropel ante el Pretorio ofreció su poderoso apoyo a Caifás y a los sanedritas en su exigencia de que se condenara a Jesús como delincuente político.

Caifás y sus secuaces, plenamente conscientes de la debilidad de Pilato, corrigieron su táctica y comenzaron a presionar en el punto en que el gobernador era más vulnerable. Lo que más temía Pilato era que pudiera producirse cualquier tipo de insurrección durante la Pascua, cuando cualquier menudencia podía prender la mecha que hiciera estallar el explosivo nacionalismo de los judíos. Le aterraba la posibilidad de la más mínima alteración de la ley y el orden mientras él estuviera presente en Jerusalén. Como he repetido más de una vez, desde el momento en que Sejano (su protector político) había perdido todo su poder, Pilato ya no podía permitirse mostrar la arrogancia que había caracterizado sus anteriores medidas disciplinarias contra los judíos. Únicamente mientras había gozado de tan importante respaldo pudo exhibir un carácter despiadado e inflexible; pero cuando a un hombre como él se le deja únicamente a merced de sus propias fuerzas, deja de ser una fiera para convertirse en un insignificante ratoncillo. En cualquier caso, en aquel momento concreto de su carrera la prioridad absoluta de Pilato consistía en conservar su puesto de gobernador de Judea y,

consiguientemente, el principio que determinaba todos sus actos era el de mantener la paz a cualquier precio.

Caifás y los miembros del Sanedrín percibían con toda claridad la difícil situación de Pilato, porque también ellos mismos se hallaban en una situación igualmente precaria. Si los ultranacionalistas y el grupo de los zelotes (todos los cuales apoyaban a Barrabás por haber provocado un incidente antirromano) organizaban un tumulto con el fin de liberar a Barrabás, entonces Roma podría suprimir el Sanedrín judío, y Caifás y sus secuaces se verían privados de toda influencia política. En consecuencia, el Sanedrín necesitaba obtener la liberación de Barrabás y sacrificar a Jesús si quería que la celebración de la Pascua se desarrollase sin ningún tipo de desórdenes públicos. A este respecto, es curioso constatar que los intereses de Pilato y los del Sanedrín coincidían de un modo absoluto.

Una lectura superficial de los Evangelios podría dar la impresión de que Pilato deseaba, más que nunca, salvar a Jesús, aun después de que la multitud hubiera rodeado el Pretorio en las últimas horas de la mañana; pero mi opinión es un tanto diferente. Una vez que se encontró frente a las masas, Pilato tardó muy pocos minutos en cambiar de rumbo. El gobernador, que había llegado a proponer la amnistía de Jesús porque temía que el condenarle a muerte pudiera provocar una insurrección por parte de sus seguidores, comprendió inmediatamente que sus temores habían sido injustificados, y que lo más prudente era precisamente soltar a Barrabás en lugar de Jesús.

Para confirmar su intuición, se dirigió a la multitud congregada frente al Pretorio con la siguiente pregunta: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Cristo?» (Mt. 27, 17).

Pilato no hacía esta pregunta simplemente porque, como dice Mateo, supiera que el Sanedrín «lo había entregado por envidia». Esta vez a Pilato ya no le preocupaba en modo alguno la suerte de Jesús; lo que deseaba era racionalizar su decisión, haciendo que la petición de la pena de muerte pareciera representar la voluntad general de los judíos. Pilato estaba desempeñando su papel de político.

Por su parte, a la plebe no le inspiraban ninguna consideración los tipos como Jesús. Era el rebelde Barrabás, el hombre de acción, el que verdaderamente sostenía la antorcha que concitaba todas sus esperanzas.

PILATO: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte?

LA PLEBE: ¡A Barrabás!

SANEDRÍN: ¡Si sueltas a ése, no eres amigo del César!

PILATO: Y ¿qué voy a hacer con Jesús, el llamado Cristo?

LA PLEBE: ¡Crucifícale!

Este dialogo, referido tanto por los Sinópticos como por Juan, encierra toda la tensión de un drama que hubiera sido creado para la escena. Los sanedritas acertaron con el punto más débil del gobernador cuando le insinuaron que no sería amigo del emperador de Roma si no condenaba a muerte a Jesús. Evidentemente, el tono amenazante de sus voces produjo su efecto en aquel hombre al que le aterraba más que ninguna otra cosa la posibilidad de perder el cargo de gobernador.

Por su parte, Pilato, con el fin de hacer recaer en los judíos toda la responsabilidad por la muerte de Jesús, volvió a consultar a la multitud acerca del modo en que



debía realizarse la ejecución. De este modo abortaba toda posibilidad de que, posteriormente, el Sanedrín tratara de indisponerle con el legado romano de Siria, su superior inmediato. La presión era muy fuerte por ambas partes, pero detrás de las preguntas y respuestas podemos adivinar los motivos que actuaban en uno y en otros.

La multitud pedía la crucifixión para Jesús. Tal vez lo hizo a instancias de Caifás y el Sanedrín, ya que la crucifixión era el método de ejecución empleado por Roma, ajeno a la tradición judía. Volveré más adelante sobre este punto, pero de momento conviene recordar que el método habitual de ejecución practicado por los judíos y el Sanedrín contra los *disidentes religiosos* no era la crucifixión, sino la lapidación (tampoco conviene perder de vista que, en la época de Jesús, Roma todavía reconocía el derecho del Sanedrín a imponer la pena de muerte, aunque se reservaba para sí el derecho de ejecutar tales sentencias). Por citar un ejemplo, recordemos cómo un hombre llamado Esteban, miembro de la primera comunidad cristiana, fue lapidado (Hech. 7, 57-58) por haber sido considerado hereje por el judaísmo.

En el caso de Jesús, por consiguiente, no podemos olvidar sin más el hecho de que la respuesta del Sanedrín y de la multitud fuera precisamente la de «¡Crucifícale!» Con esta palabra, si pedían la pena de muerte para Jesús no es porque le consideraran un hereje, sino un delincuente político. Su deseo de que la ejecución no se llevara a cabo mediante la lapidación, sino mediante la cruz, no era más que un intento de acabar con Jesús bajo la acusación civil de activismo antirromano, no por causa de su heterodoxia.

Pero ¿por qué? Ya lo hemos dicho repetidas veces. El sumo sacerdote Caifás lo había previsto todo de antemano. Los aventureros políticos acaban siempre borrándose de la memoria del pueblo. Pero no faltarían personas que reflexionaran en su interior y siguieran hablando de un hombre que, como Jesús, predicó una clase de amor que trasciende todo interés político. Por consiguiente, había que borrar la figura de Jesús del recuerdo de los judíos. Para Caifás, Jesús constituía una auténtica amenaza para la religión judía y, por lo tanto, al sumo sacerdote le resultaba imposible cerrar los ojos y tratar de ignorar las enseñanzas de Jesús.

La cruz empleada por los romanos para ejecutar a los criminales solía ser, por lo general, de uno de estos tres tipos: la cruz en forma de «X» (*crux decusata*), la cruz en forma de «T» (*crux commissa*) y la cruz en forma de «+» (*crux immissa*). De entre estos tres tipos, la mayor parte de los cristianos actualmente creen que Jesús fue clavado sobre una *crux immissa*, basándose para ello en Mt. 27, 37, donde se dice que en la parte superior de la cruz «pusieron por escrito la causa de su condena: “este es Jesús, el Rey de los judíos”», pero lo cierto es que no podemos saberlo con exactitud.

A los criminales se les solía flagelar antes de clavarles en la cruz, y en algunos casos el castigo tenía lugar durante el trayecto hasta el lugar de la ejecución.

Una vez soltado Barrabás, y después de haber hecho azotar a Jesús conforme al procedimiento acostumbrado, Pilato dejó al prisionero en manos de sus soldados. Éstos, por su parte, condujeron a Jesús hasta sus dependencias militares; una vez allí, reunida toda la guardia en torno a Jesús, le despojaron de sus vestiduras, le cubrieron con un

manto escarlata y pusieron sobre su cabeza una especie de corona hecha con las ramas de un espino conocido como *etabu* que crecía en el patio del acuartelamiento; por fin, tras haberle obligado a sostener en su mano derecha una caña, comenzaron a burlarse de él con toda clase de ultrajes, entre los que no faltaron los humillantes salivazos.

Mientras tanto, y siguiendo la costumbre de la ley romana, Pilato dio orden a uno de sus subalternos de que preparara una inscripción en la que constara el delito del reo. Tenía además que hacerlo constar en los archivos, para posteriormente notificarlo al emperador romano. Tras pensarlo probablemente durante unos breves instantes, decidió que la acusación se concretara en las siguientes palabras: «Jesús Nazareno, el Rey de los judíos.» La elección de estas palabras por Pilato era una especie de venganza contra el Sanedrín y, especialmente, contra Caiás. Lo único que pretendió con ello fue mortificarles. Era el pago que les daba por haber pretendido humillarle con aquellas amenazadoras palabras: «Si sueltas a ése, no eres amigo del César.»

La tablilla, escrita en hebreo, griego y latín, fue colgada al cuello de Jesús; luego le hicieron cargar con la cruz; y apenas había dado los primeros pasos, con la cruz a cuestas, en su penosa marcha por las calles de Jerusalén, cuando al punto los sanedritas leyeron la inscripción y advirtieron inequívocamente el sarcasmo de Pilato.

Aun cuando este detalle sólo aparece en el Evangelio de Juan, creo que refleja perfectamente lo que sucedió: «Los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: “No debes escribir: *El Rey de los judíos*, sino: *Éste ha dicho: Yo soy el Rey de los judíos.*” Pilato respondió: “Lo que he escrito, escrito está”» (Jn. 19, 21-22).

El lugar de la ejecución en Jerusalén, adonde fue conducido Jesús, recibía el nombre de Gólgota (montículo de la Calavera) y se hallaba al noroeste de la ciudad, nada más pasar las murallas. Lo normal era que una guardia de cuatro soldados acompañara al *cruciarius* (el condenado a la cruz) hasta el lugar de la ejecución; al frente de ellos iba un centurión, al que incumbía la responsabilidad de cerciorarse de que el condenado moría realmente en la cruz; o bien, en aquellos casos en que el suplicio se prolongara en exceso, también correspondía al centurión acelerar la muerte del condenado mediante unos golpes de maza.

El espectáculo público que suponía hacer marchar al delincuente por las calles de la ciudad no tenía otro objeto sino el de que sirviera de escarmiento o amenaza para los demás, y por ello el pelotón de ejecución solía pasar por las calles más transitadas. Hoy día, no obstante, no nos es posible determinar cuál fue exactamente el camino seguido por Jesús a través de Jerusalén, porque la topografía de la ciudad moderna es totalmente distinta de la de entonces. De todos modos, y para edificación de los peregrinos y turistas, existe hoy en Jerusalén un itinerario que se conoce con el nombre de «Vía Dolorosa», aunque sigue siendo absolutamente imposible establecer cuál fue exactamente el trayecto que recorrió Jesús, sobre todo porque hay dos diferentes hipótesis acerca del emplazamiento del Pretorio de Pilato. Sin embargo, por lo que se refiere al Gólgota, y aunque no quedan restos del montículo en cuanto tal, prácticamente todos los arqueólogos y escrituristas coinciden en localizarlo en un mismo punto. Y afirman, además, que antiguamente el lugar era una pequeña elevación rocosa en la que crecían unos escasos arbustos.

Era el mediodía. Pusieron sobre los hombros de Jesús el travesaño horizontal de la cruz y le obligaron a caminar en compañía de otros dos condenados a muerte (probablemente, secuaces de Barrabás).

El brazo horizontal de la cruz pesaría unos treinta y cinco kilos, y toda la cruz probablemente pasaría de los sesenta kilos. Jesús no había podido pegar ojo después de ser arrestado en Getsemaní la noche anterior. La pesada cruz se clavaba en sus escuálidos hombros y sus debilitados brazos apenas podían sostenerla.

Las calles de Jerusalén eran, al igual que hoy, sumamente estrechas. En ellas se agolpaban los curiosos que miraban asombrados la fúnebre procesión. Aun en pleno mes de abril, la cegadora luz del sol de mediodía resultaba insoportable.

## XII

### «PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU»

**J**ERUSALÉN, al igual que la mayor parte de las ciudades antiguas del Medio Oriente, es un auténtico laberinto de calles estrechas y tortuosas que muchas veces desembocan en callejones sin salida. Los muros de las casas que se alinean a ambos lados de las calles se diría que padecen una enfermedad cutánea, debido a las múltiples manchas ocasionadas por los desechos que se arrojan desde el interior de las viviendas y al excremento de las ovejas y las bestias de carga que transitan por ellas. Sin duda, las calles por las que pasó Jesús con la cruz a cuestas se parecían mucho a las actuales: angostas, retorcidas e inmundas. El calor que hace en Jerusalén durante las horas centrales de un día de abril es semejante al que puede hacer en el Japón cualquier mediodía del mes de junio o comienzos de julio.

Jesús, agotado por la falta de sueño y tambaleándose bajo el peso de la cruz, cayó por tierra en repetidas

ocasiones, pero una y otra vez fue obligado a seguir caminando, aunque fuera a paso de tortuga, por los soldados romanos que no dejaban de darle brutales órdenes y feroces latigazos. Aunque el Nuevo Testamento no describa la escena con detalle, sí sabemos que Jesús llegó a un grado de agotamiento absoluto, porque, según podemos leer en los tres Sinópticos, hubo un momento en que los soldados romanos se vieron obligados a echar mano de «un cierto Simón de Cirene, que venía del campo» (Lc. 23, 26), al que ordenaron que cargara con la cruz.

Quizá la razón por la que no nos ha llegado una descripción detallada de aquella penosa marcha, es porque los discípulos mismos no llegaron a presenciarse. Desde el momento de la detención de Jesús en Getsemaní, los discípulos, que sintieron cómo sus propias vidas corrían peligro, se dispersaron en todas las direcciones, como los hilos de una tela de araña. Si hubieran vuelto a dejarse ver en la ciudad, podrían haber sido denunciados como secuaces de Jesús. Y esto les infundía verdadero pánico. Tal vez Pedro y alguno más de los discípulos fueran a ocultarse en algún lugar cercano a la ciudad, quizá en la casa de Marta y María en Betania, a la espera de que les llegaran noticias de lo ocurrido.

La imagen que Jesús mostraba ante la gente que contemplaba su marcha hacia el lugar de la ejecución era la personificación de la no-resistencia, de la debilidad y del más absoluto desamparo. Ninguno de los discípulos acudió en su ayuda, y la multitud, que hasta el día antes había aguzado los oídos para no perderse una sola de sus palabras, ahora hacía llover sobre aquel hombre impotente una catarata de insultos y gritos soeces. Los miembros del Sanedrín y los sacerdotes saduceos que acompañaban al

macabro cortejo observaban el espectáculo con aparente frialdad pero con íntima satisfacción.

Lo más llamativo del relato de la pasión es la forma en que destaca, sin la menor vacilación, la debilidad y el abandono de la figura de Jesús, que ocupa constantemente el centro de la escena. Según afirman los autores del Nuevo Testamento, Jesús había realizado hasta entonces numerosos milagros y signos poderosos, como curar a los enfermos y resucitar a los muertos, a la vez que proclamaba un mensaje lleno de sabiduría. Los discípulos y las multitudes habían podido observar innumerables señales indicadoras de que Jesús era un maestro y un profeta con un brillantísimo futuro. Es cierto que a partir de aquel verano transcurrido en Galilea, la multitud se había vuelto en su contra, y hasta habían tratado de matarle en una ocasión, cuando pensaron despeñarle por aquel precipicio de Nazaret; pero incluso en tales circunstancias los evangelistas no presentan nada que pueda parecerse a esa desamparada e indefensa figura de Jesús que aparece en el relato de la pasión. Antes de la pasión, Jesús era la figura luminosa que difundía el Evangelio (la buena noticia) de que «el Reino de Dios está cerca», y no se asemejaba en absoluto a ese individuo patéticamente inactivo e inútil que no manifestaba la menor señal de protesta ante los latigazos de los soldados y las burlas y salvazos del populacho.

Sin embargo, ahora sabemos que, precisamente bajo esa realidad del Jesús débil e ineficaz, se oculta el misterio de la auténtica enseñanza cristiana. El significado de la resurrección (que consideraremos un poco más adelante) es ininteligible si se considera al margen de esa debilidad y esa ineficacia. Uno sólo puede empezar a seguir a Jesús si acepta el riesgo de ser débil e ineficaz en este mundo visible.

Sea como fuere, en medio del calor primaveral de Jerusalén, la comitiva de los condenados con sus cruces (Jesús y los otros dos delincuentes) se hallaba finalmente en marcha, avanzando lentamente a lo largo de las sucias y estrechas calles, cada vez más cerca del lugar de la ejecución, una zona despejada cercana a una de las puertas de la ciudad.

Según el Evangelio de Juan, en el lugar donde fue crucificado «había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que nadie había sido todavía depositado» (Jn. 19, 41).

El mismo Evangelio dice que el lugar «estaba cerca de la ciudad» (Jn. 19, 20); y, según la carta a los Hebreos, «por eso... Jesús... padeció fuera de las murallas» (Heb. 13, 12).

Está perfectamente atestiguado, por tanto, que el lugar de la ejecución se hallaba próximo a Jerusalén, en un paraje en el que había un huerto y que se conocía con el nombre de Gólgota. Entre los arqueólogos existe casi total unanimidad en afirmar que la actual iglesia del Santo Sepulcro se halla ubicada en el mismo lugar que, desde la época del emperador Constantino, se ha considerado como el lugar en que fue ejecutado Jesús, todo lo cual coincide con lo que dice el Evangelio de Juan.

En aquella época, dicho lugar se hallaba cubierto de piedras graníticas, entre las que crecían algunos árboles y matas de agave; había también unas cuantas tumbas. La palabra «huerto» que aparece en el Evangelio de Juan no debemos interpretarla en el sentido de un terreno cultivado al estilo occidental. Se refiere, más bien, a un terreno no edificado. Del mismo modo, la palabra «monte» no significa sino una ligera y desigual elevación del terreno. No hay que imaginarse el Gólgota, por consiguiente, como esa

elevada colina que han solido pintar los artistas de Occidente.

En aquella época, una vez llegado al lugar de la ejecución, el condenado era despojado de todas sus vestiduras (si es que no las había ido dejando a pedazos por el camino a consecuencia de los latigazos), aunque a veces se le permitía conservar un trapo con el que cubrir sus genitales. A continuación se le obligaba a tenderse de espaldas, con los brazos extendidos sobre el travesaño horizontal de la cruz que él mismo había transportado, y se le clavaban las manos al madero. Una vez que habían sido fijados los clavos, se alzaba la cruz por medio de cuerdas y se procedía a clavar los pies con otros *dos* clavos. Los artistas suelen representar los pies de Jesús uno sobre otro, atravesados por un mismo clavo; pero esto es un error, *porque lo normal era clavar los dos pies por separado*.

El Evangelio de Juan nos dice que los soldados romanos tomaron las vestiduras de Jesús y se las repartieron en cuatro lotes, jugándose a los dados su túnica, lo cual coincide con la costumbre romana. Era poco después de mediodía cuando se alzó sobre el Gólgota la cruz de Jesús.

No hay palabras para describir el tormento que supone estar colgado en semejante patíbulo; sin embargo, se daban casos de individuos que tardaban horas y horas en expirar. En tales ocasiones, los soldados atravesaban al crucificado con una lanza, o bien el centurión aceleraba su muerte quebrándole las piernas con una pesada maza. También era costumbre dar al condenado un brebaje de vino mezclado con mirra amarga, con objeto de embotar sus sentidos antes de clavarlo en la cruz. Pero el Evangelio de Marcos (15, 23) nos dice que Jesús no quiso tomar el brebaje. Estaba decidido a degustar

hasta el final todo el dolor y el tormento que puede padecer el ser humano.

A ambos lados de la cruz de Jesús se alzaron las cruces de los otros dos condenados. Los notables del Sane-drín, que desde el principio se habían sumado al pelotón de ejecución, se acercaron entonces al sumo sacerdote Cai-fás y se situaron detrás de la cruz para presenciar el acto final. Los Evangelios relatan que tanto los sanedritas como los demás espectadores no dejaron de lanzar insultos y burlarse de Jesús. Más aún: uno de los dos criminales que habían sido crucificados con él comenzó también a increparle en parecidos términos.

Como novelista, me resultan enormemente interesantes las palabras de aquellos dos criminales a las que los escrituristas no suelen conceder demasiada atención.

Suponiendo que sus palabras fueran reales y no un puro invento de los evangelistas por razones apolo-géticas, uno de los criminales increpó a Jesús diciendo: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!» (Lc. 23, 39).

En realidad no sé si estas palabras hay que interpretarlas como una desesperada súplica de un criminal condenado para ser liberado del intolerable tormento, o como un sarcasmo sin otro objeto que el de burlarse de Jesús. Sea como sea, Jesús no respondió al insulto ni a la súplica. Tampoco sé si aquellas palabras no sonarían en los oídos de Jesús como un eco de aquellas otras palabras provocadoras que el mal espíritu le había susurrado mucho tiempo atrás, en el desierto de Judea. Lo que sigue siendo incontestable es el hecho de que, a pesar de que los Evan-gelios nos dicen que había curado a enfermos y hasta resucitado muertos en Galilea y en otros lugares, Jesús no exhibió en la cruz sino la más absoluta debilidad y desamparo.

El relato de la pasión no nos ofrece más imagen de Jesús que la de una absoluta impotencia. Y la razón de ello es que el amor, en términos de los valores de este mundo, será siempre vulnerable y desvalido. Aquellos dos delin-cuentes políticos, en la medida en que fueran delincuen-tes y políticos, habían vivido siempre en busca del poder y de las satisfacciones tangibles que el poder procura. En sí misma, la política no es más que la búsqueda del poder material y del éxito mundano. Pero Jesús, con su impo-tencia en la cruz, es el símbolo del amor; mejor dicho, la encarnación misma del Amor.

«¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!» (Lc. 23, 34). Estas fueron las palabras que, al cabo de un rato, salieron de los reseco labios de Jesús. Con ellas tra-taba Jesús de defender por todos los medios a su alcance a los hombres y mujeres que no conocen el amor. No que no hayan recibido amor, sino que sencillamente no han sido capaces de comprender el modo de actuar del amor; que no han entendido aún plenamente la naturaleza del amor.

Aunque pueda parecer una digresión, he de decir que las palabras pronunciadas por Jesús durante su pasión no se reducen únicamente a las que han conservado los rela-tos evangélicos de dicha pasión. En aquellos tiempos no era infrecuente que los ajusticiados en la cruz, mientras tenían fuerzas para hacerlo, hablaran de los más diversos temas con sus amigos y sus enemigos presentes en el lugar de la ejecución; es muy probable, por tanto, que de los labios agonizantes de Jesús salieran otros mensajes y otras plegarias, aparte de los transmitidos por los Evangelios. De hecho, los evangelistas seleccionaron, de entre todas las palabras pronunciadas por Jesús, únicamente aquellas que tenían para ellos un profundo significado; y aun así,

sólo recogieron por escrito las primeras palabras de tales intervenciones de Jesús. Esto era más que suficiente para lo que ellos pretendían, porque con sólo citar las frases iniciales de una plegaria pronunciada en voz baja por Jesús, sus contemporáneos podían fácilmente suplir el resto de dicha plegaria, que todos ellos conocían de memoria.

Fijémonos, por ejemplo, en las famosas palabras pronunciadas por Jesús muy poco antes de morir: «¡*Elí, Elí!, lemá sabaktani?* (¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?)», tomadas del versículo inicial del Salmo 22; unas palabras que bastaban para que el lector recordara y recitara el resto del salmo.

Según los Evangelios, Jesús fue clavado en la cruz hacia mediodía, y exhaló su último suspiro a las tres de la tarde.

Durante las tres horas de su agonía, imposibles de describir con palabras, Jesús al principio haría uso de las pocas fuerzas que le quedaban para seguir hablando a intervalos con las personas que desde abajo le observaban. Pero no sólo con ellos, sino que también se dirigió con su debilitada voz a los dos delincuentes que habían sido crucificados con él, uno a la izquierda y otro a la derecha.

Es muy verosímil que Jesús pronunciara muchas más palabras de las que recogen los Evangelios, pues hemos de tener en cuenta (como acabo de decir) que los evangelistas se limitan a darnos unos fragmentos o sumarios de lo que Jesús dijo en aquella ocasión.

Entre los testigos presenciales de su muerte se hallaban los miembros del Sanedrín, incluido el sumo sacerdote Caifás, los soldados romanos y el centurión, muchos espectadores que observaban los acontecimientos desde

lejos (entre los que se encontraban algunas mujeres que habían seguido fielmente a Jesús desde Galilea hasta Jerusalén) y, por último, su discípulo Juan. El resto del círculo más íntimo de Jesús había huido a los cuatro vientos y se mantenía oculto en los alrededores de la ciudad.

Una vez que su víctima sacrificial había sido clavada en la cruz, con su aspecto de miserable espantajo, Caifás y su cohorte de secuaces perdieron todo temor y hasta todo interés por él. Para entonces ya se habían asegurado de que, gracias a su estrategia, la Pascua transcurriría sin ningún tipo de incidentes imprevistos, a la vez que volvía a quedar a salvo el prestigio del Sanedrín. Es muy probable que la mayor parte de ellos regresaran a la ciudad sin esperar a que Jesús expirara.

Pero otros espectadores, llevados de su morbosa curiosidad, se quedaron observando cómo, poco a poco, se iba extinguiendo la vida de los tres ajusticiados. Para ellos, el espectáculo constituía un espléndido e inesperado atractivo más de las fiestas de Pascua. Únicamente las mujeres que habían seguido a Jesús seguían esperando algún último y definitivo milagro, formando un apretado grupo de llorosos seres que, postrados en tierra, ocultaban entre las manos sus rostros desfigurados por el sentimiento de desesperación que roía sus entrañas. Su instinto femenino se rebelaba contra el cúmulo de aberraciones que habían llevado a un hombre como Jesús a un final tan cruel.

Durante las horas transcurridas desde el mediodía hasta las tres de la tarde, el sol fue ocultándose tras las nubes que se habían formado a causa del sofocante calor, y toda la región quedó sumida en una lóbrega sombra (Mt 27, 45), pero seguía sin producirse el más mínimo

indicio de milagro. El tiempo parecía haberse detenido, dando paso a la eternidad; Jesús seguía inmóvil, colgado de la cruz, sin proferir la menor queja, hasta que se quedó incluso sin fuerzas para abrir la boca.

A eso de la hora nona (las tres de la tarde), Jesús alzó de pronto su cabeza, como un pajarillo, y gritó desgarradoramente: «¡Elí, Elí!, *lemá sabaktani?* (¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?).» Era el comienzo del Salmo 22.

Muchos han tratado de ver en estas palabras de Jesús una señal de desesperación. Se atreven incluso a interpretarlas como una manifestación de desaliento y de queja, de tristeza y de protesta contra Dios Padre que no había movido un dedo por librarle de la cruz, que no había querido realizar el milagro. Y, a partir de ahí, esos románticos lectores tratan de descubrir a un tiempo la patética tragedia y la nobleza de corazón de Jesús que se reflejan en las palabras de súplica que salieron de sus labios.

Yo no puedo estar de acuerdo con esta interpretación; entre otras cosas, por una razón que ya he insinuado: el Crucificado pronunció diversas plegarias en el lugar de la ejecución, pero el texto de esas plegarias no tenía por qué transcribirse en su totalidad. Con una mera indicación del verso inicial, los judíos de aquel tiempo, que conocían la oración de memoria, podían suplir el resto sin dificultad.

El Salmo 22 comienza con un grito de tristeza: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»; pero a medida que el salmista va hablando del cruel trato que ha recibido, su tono se va transformando en un canto de alabanza a Dios, diciendo cosas como: «Anunciaré tu nombre... En medio de la asamblea te alabaré.» En resumen: el

Salmo 22 no es un canto de desesperación, sino un canto de alabanza al Señor.

Después de su largo silencio, cuando Jesús alzó su cabeza y gritó: «¡Elí, Elí!, *lemá sabaktani?*», el problema consiste en saber si se trataba de una expresión de desesperación o si Jesús quiso expresar los sentimientos de su corazón según el tenor de todo el Salmo 22.

Si la primera interpretación fuese la correcta, ¿cómo puede armonizarse con el estado de ánimo que inmediatamente después manifiesta Jesús cuando, con voz entrecortada, susurra las palabras de otro de los salmos: «Tengo sed», tras de lo cual añade el verso del Salmo 31: «¡Padre!, en tus manos encomiendo mi espíritu»?

Palabras como *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* constituyen una declaración de confianza absoluta. Personalmente, me resulta inconcebible tratar de unir esta confianza absoluta con la anterior exclamación de desesperación. Consiguientemente, habrá que pensar que las palabras ¡Elí, Elí, *lemá sabaktani?* indican que Jesús, después de expresar su estado de ánimo con las palabras del Salmo 22, pasa al verso del Salmo 31, que dice:

En tus manos encomiendo mi espíritu  
¡oh Señor, Dios fiel!, tú me has rescatado.

Después de haber agotado sus escasas fuerzas hablando desde la cruz, de las profundidades de su borrosa consciencia comenzaron a aflorar a sus labios las plegarias del Libro de los Salmos. Y pronunciando entrecortadamente algunos fragmentos de esas plegarias, esperó a que llegara el momento final.

Una cosa queda fuera de toda duda a lo largo de todo el relato de la pasión: es absolutamente evidente que,



desde el momento de su detención en Getsemaní hasta que exhaló su último aliento, Jesús no pudo, o no demostró que pudiera, realizar un solo milagro; y, a su vez, Dios no le prestó, de modo tangible, ningún tipo de ayuda o de consuelo.

Si se me permite decirlo, todo el relato muestra a Jesús como un ser humano absolutamente desvalido e impotente. En último término, no pudo triunfar sobre sus adversarios ni cuando fue interrogado por el Sanedrín, ni cuando declaró ante Pilato, ni cuando se vio sometido a la lluvia de insultos y afrentas por parte de los soldados. Enfrentado al rechazo de la plebe, no pudo hacer otra cosa que sufrir en silencio. Tal vez los discípulos, ocultos en los alrededores de Jerusalén, esperaban un milagro de Jesús que cambiara las tornas antes de que fuera demasiado tarde, pero Jesús no hizo nada parecido. Entre los que se hallaban presentes en el Gólgota durante la ejecución, contemplando a Jesús clavado en la cruz como un espantapájaros, tal vez hubiera algunos que esperaban que Dios acabaría extendiendo su mano, pero parece ser que lo único que hizo Dios fue abandonarle a su suerte.

El relato de la pasión, por tanto, presenta la imagen de un Jesús inerme e indefenso. ¿Dónde estaba aquel hombre que en Galilea y tantos otros lugares había asombrado al pueblo y había realizado prodigios para ensalzar la gloria de Dios? ¿Dónde estaba ahora el poder de quien había sido capaz de resucitar a los muertos?

Hay, evidentemente, un enorme contraste entre el Jesús de la pasión y el Jesús de antes de la pasión. El uno es el Jesús poderoso; el otro, el Jesús impotente. En sus respectivos relatos de la pasión, los evangelistas no vacilan en hablar del Jesús impotente, del Jesús desamparado

del que únicamente sigue fluyendo a torrentes el amor, del Jesús abrumado, del Jesús totalmente rendido. Por mi parte, debo decir que me resulta más fácil percibir la quintaesencia del mensaje de Jesús no tanto a partir de la dinámica imagen de Jesús en Galilea, sino a partir de la figura indefensa de Jesús en la cruz.

El Jesús dinámico o, mejor, el Jesús que había sido tan dinámico (ese Jesús que los Evangelios nos presentan de un modo tan resplandeciente), aparece en aquellas partes del Nuevo Testamento que se refieren a la primavera de su ministerio en Galilea, cuando las multitudes le asediaban entusiasmadas, cuando los que escuchaban sus palabras eran tan numerosos, cuando (al parecer) curaba a los enfermos uno tras otro y aliviaba todo tipo de desgracias.

Pero la magnífica primavera de Galilea fue demasiado breve, y en seguida todo había pasado. Las muchedumbres le abandonaron y hasta le persiguieron, y su conducta le hizo intuir a Jesús que su vida se hallaba en peligro. El Jesús poderoso y hacedor de milagros se convirtió en el Jesús débil e impotente. Cada vez que releo los Evangelios me sorprende extraordinariamente esta súbita transformación.

¿Por qué se volvió el pueblo contra él? ¿Por qué rechazaron a aquel Jesús al que habían acogido entre aclamaciones? Y no sólo es que le abandonaran o le rechazaran; es que además, en la mismísima Nazaret, llegaron al extremo de tratar de despeñarle.

Hay varias explicaciones posibles, difíciles de condensar en unas cuantas líneas; pero lo que es innegable es que el cambio tuvo origen en el desencanto de la gente. Habían buscado *algo* en Jesús, pero Jesús no les dio ese

*algo*. Por eso, defraudados en sus expectativas, se enojaron con él y le rechazaron.

¿En qué consistía ese *algo*? Ya lo hemos visto, al menos en cierta medida, a lo largo de esta «vida de Jesús». Los hombres y mujeres de Galilea habían intentado presionarle para que asumiera el liderazgo en la lucha por la independencia política. Habían tratado de erigirle en mesías del movimiento antirromano. Pero Jesús no compartía aquellas expectativas. Al contrario: en su mensaje del Sermón de la Montaña —«Bienaventurados los pobres de espíritu... Bienaventurados los que lloran»—, Jesús rechazó terminantemente las aspiraciones populares. Otras gentes no buscaban sino milagros. Cuando leemos los relatos de los numerosos milagros que realizó en Galilea, podemos percibir la paradoja que supone el hecho de que la gente busque milagros sin percatarse de lo insignificante que es un milagro en comparación con el amor que fluía de Jesús y que constituía su auténtico sustento. Y, naturalmente, cuando dejaron de producirse los milagros la multitud se sintió desencantada y traicionada.

A partir de entonces, Jesús dejó de ser para la opinión pública un hacedor de milagros para convertirse en un ser absurdo, incapaz de hacer ningún portento y sin nada que aportar al mundo de las realidades prácticas. En último término, la gente fue incapaz de comprender que Jesús era lo que era precisamente en virtud de su misma falta de poder terreno. Pero no sólo el pueblo en general, sino ni siquiera los mismos discípulos supieron entender el sentido del Jesús impotente. Al igual que el pueblo, los discípulos, que durante algún tiempo fueron numerosos, empezaron a desertar, hasta que, como dice el Nuevo Testamento, sólo quedó a su lado un puñado de hombres y mujeres.

En contraste con la época de Galilea y sus milagros, el relato de la pasión no hace sino describir la impotencia de Jesús en el mundo visible. Frente a las burlas del Sane-drín, frente al interrogatorio de Pilato, frente a los ultrajes de los soldados romanos y de la multitud, Jesús no hizo nada; ni siquiera opuso resistencia; pero tampoco Dios acudió en su ayuda. Lo único que manifestó Jesús fue una inequívoca falta de poder. Bañado en sudor y sangre, la única acción que realizó fue la de cargar con la cruz sobre sus descarnados hombros y arrastrarse hasta el Gólgota, lugar de su ejecución.

Pero este relato de la pasión, aun cuando afirme positivamente la debilidad de Jesús, nos cuestiona acerca del *significado* de esa debilidad. La pasión nos muestra que ser *Jesús* significa ser débil, al menos según los criterios de este mundo.

Por fin, a las tres de la tarde, Jesús, totalmente exhausto en la cruz, inclinó su cabeza. Los dos mensajes que susurró inmediatamente antes de expirar fueron: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» y «Todo ha terminado.»

Las tres de la tarde. El momento señalado para que den comienzo en Jerusalén las plegarias vespertinas; el momento en que desde el templo se difundía por toda la ciudad el lamento del *shofar* que indicaba que era la hora de rezar. El quejumbroso sonido del cuerno de carnero se escuchó también en el lugar de la ejecución, fuera de las murallas.

Mateo señala que en aquel momento «el velo del santuario se rasgó en dos, de arriba abajo; tembló la tierra y las rocas se rajaron...» (Mt. 27, 51). Lucas dice que «... la oscuridad cayó sobre toda la tierra al eclipsarse el sol»

(Lc. 23, 44). Sin embargo, el Evangelio de Marcos, anterior al de Mateo y al de Lucas, no dice nada de esto. Lo mismo podemos decir del Evangelio de Juan. La realidad es que no sucedió nada extraordinario de modo visible. El cielo siguió igual que antes. Los débiles rayos del sol que asomaban tímidamente entre las nubes no manifestaron cambio alguno cuando Jesús exhaló su último aliento. Los miembros del Sanedrín se alejaron satisfechos: habían logrado su propósito. Los soldados abreviaron la vida de uno de los dos delincuentes, que aún no había expirado, quebrando sus piernas con una pesada maza. Era el modo habitual de poner fin a la agonía de un ajusticiado.

Pero como Jesús ya había muerto, no había necesidad de emplear con él semejante recurso para apresurar su fin. Y cuando uno de los soldados atravesó su costado con la punta de la lanza, de la herida tan sólo brotó un poco de sangre y agua. Eso fue todo.

Estaba prohibido enterrar en el cementerio a un ajusticiado. Tampoco estaba permitido entonar cantos fúnebres o celebrar exequias por él. El cuerpo de Jesús, por lo tanto, habría tenido un humillante destino si un hombre llamado José de Arimatea, miembro del Sanedrín, no hubiera acudido personalmente a Pilato para que se le permitiera retirar el cuerpo de Jesús. Apenas sabemos nada del tal José de Arimatea. Según el Evangelio de Marcos, simpatizaba en secreto con Jesús, a pesar de pertenecer al Sanedrín, donde es probable que se opusiera a la sentencia de muerte pronunciada contra Jesús (Lc. 23, 51).

El cuerpo de Jesús fue envuelto en un sudario y depositado en un sepulcro excavado en la roca que pertenecía

a este miembro del Sanedrín. Testigos presenciales de la escena fueron María Magdalena y la madre de un discípulo llamado José.

Cuando Marcos y Mateo escriben que la tierra entera tembló al morir Jesús y que el velo del templo se rasgó en dos, los evangelistas no refieren unos acontecimientos realmente acaecidos, sino que, más bien, expresan el lamento y la consternación de los discípulos por la muerte de Jesús.

Para ser honrados con respecto al hecho de la dispersión de los discípulos, hay que reconocer que éstos ni siquiera habían sospechado que el destino de Jesús fuera a abocar en un final tan espantoso. En su interior, seguían esperando que Jesús se decidiera a manifestar su poder; que, a pesar de las apariencias, el desvalido Jesús aún fuera capaz de dar un espectacular giro a la situación. Y pensaban además que, una vez que se hubiera decidido, Dios no podría abandonarle.

Pero lo cierto es que Jesús no dio señal alguna de su poder. Todo lo que hizo fue morir de un modo más espantoso y miserable que la mayor parte de los pecadores. En su impaciencia, los discípulos esperaban que la cólera divina se manifestara en un temblor de tierra, en la rasgadura del velo del templo o en un oscurecimiento de los cielos; pero, de hecho, el cielo conservó su apariencia habitual, y los tenues rayos del sol que se filtraban por entre las nubes iluminaban un atardecer como otro cualquiera. En Jerusalén no se interrumpió el continuo y bullicioso ajetrete de las calles invadidas de gente y de animales domésticos.

Pero ¿es que Jesús no había conseguido nada? ¿Acaso no era, después de todo, más que un ser impotente? ¿Es

que Dios guardaba silencio? ¿Podía el cielo mantenerse insensible? A fin de cuentas, ¿acaso la muerte de Jesús había sido como la muerte de cualquier individuo corriente y vulgar?

Cuando los discípulos se hicieron estas preguntas, la mayoría de ellos no encontró mejor solución que la de rumiarse melancólicamente su propia consternación y sus fallidas esperanzas. Desde su escondrijo en los alrededores de Jerusalén, tal vez en Betania, asistieron impotentes al triste final de su maestro. Y cuando se enteraron de que Jesús había muerto en el más absoluto desamparo, se dispusieron a regresar a sus hogares, totalmente abatidos y desilusionados.

El relato de los tristes discípulos de Emaús, que únicamente recoge el Evangelio de Lucas, revela la desolación y la pérdida de toda esperanza que en aquellos momentos afligía a los discípulos. La pequeña aldea de Emaús estaba unos once kilómetros de Jerusalén. Por el camino, que discurre entre inhóspitas y rocosas colinas, arrastraban su desencanto en aquel atardecer los dos alicaídos discípulos que «conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado» (Lc. 24, 14).

A pesar de lo que puedan hacer pensar sus comentarios («Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel... y llevamos ya tres días desde que esto pasó»), por alguna razón no eran capaces de dejar de pensar en Jesús. No podían librarse de la tristeza y el remordimiento por haberle abandonado. Habrían preferido poder descargar todas las culpas de lo sucedido sobre aquel loco de Jesús: pero, a pesar de todos sus esfuerzos por justificarse, la persona de Jesús les resultaba más decisiva e inquietante que cuando aún vivía.

Aquel Jesús débil en medio de este mundo visible. Aquel Jesús carente de utilidad para el mundo...; pero ¿qué sentido podía tener aquella debilidad y aquella inutilidad? Los dos discípulos, desconocedores aún de la resurrección de Jesús, no veían el modo de resolver la paradoja que se ocultaba en esta acuciante pregunta. Ni eran capaces tampoco de percibir la relación existente entre su maestro, que no había conseguido nada con toda su palabrería sobre el amor, y el mismo Dios, que no había acudido en ayuda del maestro, a pesar de que éste le había definido como la esencia del Amor.

Con todo, en su interior seguía vivo el dolor por haberse alejado huyendo de él. Trataban de convencerse de que no habían podido hacer otra cosa sino alejarse de aquel insensato fracasado, pero al mismo tiempo no podían apartar de su memoria el dolorido rostro de aquel Jesús solo y abandonado. Y fue precisamente esa incapacidad para olvidar aquel rostro lo que les forzó a reflexionar seriamente sobre la debilidad de Jesús.

«**P**ASADO el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarle. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol, llegan al sepulcro. Se decían unas a otras: “¿Quién nos retirará la piedra del sepulcro?” Levantan la mirada y ven que la piedra estaba ya retirada, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado en el lado derecho vestido con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dice: “No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea...” Ellas salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo» (Mc. 16, 1-8).

La escena de la resurrección, punto central del relato de la pasión y auténtica clave del Nuevo Testamento, es descrita de este modo en el pasaje de Marcos que acabamos de citar.

¿Ocurrieron realmente estos hechos? ¿Se trata de hechos históricos realmente sucedidos? ¿O no es más que una ficción urdida por la Iglesia cristiana primitiva, tal vez con el fin de inculcar, por medio de símbolos, el imperecedero recuerdo de Cristo?

Probablemente, cuando uno entra en contacto por primera vez con los Evangelios, no puede leer este pasaje sin hacerse este tipo de preguntas. Y, una vez planteado el problema, se intentará contrastar el relato de Marcos con los restantes Evangelios, descubriendo inmediatamente una serie de contradicciones. Así, por ejemplo, a pesar de lo que dice Marcos en el sentido de que las mujeres «no dijeron nada a nadie porque tenían miedo», cuando se lee a Lucas se advierte que las mujeres, «regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás... Pero todas estas palabras les parecían como desatinos y no las creían. Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Se inclinó, pero sólo vio las vendas y se volvió a su casa asombrado por lo sucedido» (Lc. 24, 9-12). Y el lector aún descubrirá otro testimonio de la resurrección, anterior al de Marcos, en una de las cartas de Pablo, donde se nos dice que Jesús, después de su muerte, se apareció a Cefas y, más tarde, a los Doce.

¿Es la resurrección un hecho histórico? ¿O es un episodio que simboliza la memoria imperecedera de Cristo? Para centrar correctamente el problema, debemos comenzar por examinar la personalidad de los discípulos, de

quienes se afirma que fueron testigos presenciales de lo realmente acaecido.

Como ya he indicado varias veces, uno de los más profundos misterios que suscita la lectura del Nuevo Testamento es el de cómo unos discípulos tan débiles y cobardes pudieron convertirse en apóstoles tan sumamente valientes. ¿Qué sucedió para que aquellos mismos cobardes que, en palabras de Marcos, «le abandonaron y huyeron» (Mc. 14, 50) cuando arrestaron a Jesús, pudieran más tarde salir «a predicar por todas partes» (Mc. 16, 20), y no sólo en Israel, sino en otros muchos y lejanos países? La pregunta es: ¿Cómo aquellos hombres fueron capaces de soportar todo tipo de persecuciones y hasta la misma muerte?

Además, el Nuevo Testamento afirma claramente (Mt. 15, 16) que aquellos discípulos que acompañaban a Jesús en sus primeras andanzas no entendían precisamente con mucha claridad lo que el mismo Jesús les enseñaba. Y Marcos (10, 35-41) deja entender sin equívocos que algunos de ellos abrigaban desmesuradas ambiciones terrenas. El mismo Pedro no alcanzaba a comprender en absoluto la última tarea que Jesús tenía que realizar en este mundo (Mc. 8, 33).

Este tipo de testimonios no deben de distar mucho de ser ciertos, porque resulta inconcebible que la primitiva Iglesia inventara deliberadamente semejantes episodios, que tanto desacreditaban a sus más preclaras figuras. Pero aún más convincente es la manera en que los cuatro Evangelios refieren cómo los discípulos abandonaron a su amado maestro cuando este fue detenido.

En suma: los discípulos formaban un grupo de personas muy poco diferentes de nosotros. Al igual que a

nosotros, también a ellos les gustaba escuchar hermosas historias, pero carecían de un convencimiento suficientemente firme, y su carácter era lo bastante egocéntrico como para sacrificar a su propio maestro a causa del miedo cerval que experimentaron en el momento decisivo. Eran seres humanos corrientes y vulgares que sólo brillaban por su vanidad y sus ambiciones mundanas.

Por decirlo de un modo benévolo, es absolutamente lógico que unos individuos tan cobardes no poseyeran unas convicciones demasiado sólidas. Por eso resulta tanto más extraño que, tras la muerte de Jesús, fueran capaces de despertar de su aturdimiento, restablecerse y comprender por primera vez la auténtica significación de Jesús. ¿Cómo pudieron lograr esa conversión interior que hizo que se transformaran de simples discípulos en apóstoles?

El Nuevo Testamento no explica el porqué y el cómo de este hecho. Se limita a constatar el enigma y nada más. Tal vez con ello pretende dejarnos a nosotros la tarea de resolver el problema. Y, en consecuencia, el resolverlo constituye el primer paso que hemos de dar antes de ponernos a considerar el tema mismo de la resurrección.

Pero hay aún otro problema. Supuesto que existieron diversas corrientes de pensamiento, según las distintas comunidades cristianas fundadas por aquellos discípulos que antaño habían sido tan cobardes, sigue en pie el hecho de que todas ellas aceptaban unánimemente la resurrección de Jesús y proclamaban a una su Divinidad y su condición de Cristo Salvador. Todo el mundo sabe hoy que el Nuevo Testamento fue redactado sobre la base de la teología que prevaleció en la primera Iglesia cristiana. Los modernos exegetas, tanto si emplean el método de la his-

toria de las formas como si hacen uso del método de la historia de la redacción, se esfuerzan por discernir, dentro del contenido de los Evangelios, qué es lo que pertenece al Jesús histórico y qué otras cosas son propias del Jesús ficticio creado a partir de esa primera teología de la Iglesia cristiana. Naturalmente, sus esfuerzos han prestado un servicio sumamente meritorio, sólo que no han logrado dar con la clave del decisivo problema que nos ocupa.

Y el problema, como he insinuado, consiste en saber por qué toda la comunidad de los discípulos llegó a reconocer la naturaleza divina de Jesús. ¿Por qué un hombre como Jesús, que se había mostrado tan absurdo desde el punto de vista humano y que había tenido una muerte tan miserable, llegó a ser considerado como el Cristo Salvador por aquellos mismos discípulos que anteriormente le habían abandonado? ¿Por qué el maestro, que de hecho había echado por tierra todos los sueños y las esperanzas de sus discípulos, pudo, después de su muerte, ser adorado por aquellos mismos discípulos como el mesías del amor?

En tiempos de Jesús hubo en Judea otra serie de profetas, cada cual con su propio grupo de seguidores. Aparte de la comunidad de Qumrán que residía en el desierto de Judea y que seguía al «maestro de justicia», hubo otras muchas sociedades bautismales, además de aquel grupo que, a orillas del Jordán, se había congregado en torno a la figura de Juan el Bautista. Pero entre aquellos diversos grupos jamás surgió un líder al que se tratara de divinizar como se hizo con Jesús. Hay diversas razones políticas y sociales que, naturalmente, ayudan a explicar por qué aquellos diversos movimientos religiosos fueron desapareciendo uno tras otro; pero el hecho de que tales grupos no divinizaran a sus respectivos líderes no explica, en sí mismo, lo que sucedió en el caso de Jesús.

Consiguientemente, el segundo problema es por qué, de entre todos aquellos grupos que seguían a un individuo de características proféticas, únicamente logró sobrevivir la comunidad religiosa de los discípulos de Jesús. No resuelve nada el indicar que sólo la Iglesia de Jesús salió de los límites de Israel para difundir su doctrina entre las naciones «gentiles», en tanto que los demás grupos se encerraron obstinadamente dentro de los confines del mundo judío.

¿Cómo consiguieron aquellos cobardes discípulos una fe tan arraigada después de que Jesús hubo muerto? ¿Cómo es posible que un hombre tan ineficaz según los criterios del mundo, que había echado por tierra los sueños de sus discípulos, llegara después a ser divinizado por éstos? Son dos preguntas que siempre inquietarán a quienes lean el Nuevo Testamento, aunque los exegetas apenas si aluden a ellas, a pesar de todas sus teorías de historia de las formas e historia de la redacción. En otras palabras: dan la impresión de que son capaces de todo menos de responder a estas preguntas fundamentales que hacen que el Nuevo Testamento sea lo que realmente es; o bien, a lo más que llegan es a ofrecer unas soluciones que no soportan el más mínimo análisis.

Citaré un ejemplo de este tipo de soluciones que me parecen tan inconsistentes. En Mc. 6, 14, leemos lo siguiente: «Como su fama se había extendido, el rey Herodes oyó lo que se decía: que Juan el Bautista había resucitado y por eso los poderes actuaban en él.» Basándose en estas palabras, determinados críticos comenzaron a preguntarse si no habría que buscar el fundamento de la fe en la resurrección en el hecho de que, en aquellos tiempos, la gente creyera que la «resurrección» consistía en que los poderes de una persona fallecida actuaran en otra persona, porque de un modo intuitivo se identificaba la vida de una persona y otra.

Pero si la fe en la resurrección no fuera más que esto, ese mismo tipo de fe debería haberse dado en multitud de casos, desde el grupo de Juan el Bautista hasta los demás grupos proféticos. Podría haberse esperado que cada uno de aquellos líderes hubiera dejado a sus discípulos una serie de recuerdos vivos y conmovedores, y que no hubiera transmitido su influjo y sus últimas instrucciones más que a sus propios discípulos. Entonces, ¿por qué, de entre todos aquellos grupos religiosos, sólo en la comunidad de los discípulos de Jesús se produce la fe en la resurrección, la cual se convierte realmente en el punto central de su doctrina? Esta es la pregunta y el problema que sigue sin resolver.

Es verdad que la acción de abandonar a Jesús provocó en los discípulos (que habían salvado la vida) un profundo sentimiento de vergüenza, humillación y remordimiento. Con el paso del tiempo, algunos de ellos llegarían a superar sus escrúpulos, pero puede ser que en otros el remordimiento se hiciera cada vez más profundo. El insoluble problema de por qué aquel hombre tuvo que morir de un modo tan atroz debió de seguir atormentando sus conciencias durante mucho tiempo.

Pero lo que es imposible es que un cobarde se transforme en héroe únicamente a base de obsesionarse con remordimientos y con enigmas. Quien conozca de algún modo la naturaleza humana (en realidad podríamos decir que todo el mundo) ha de reconocer que el remordimiento y la sensación de vergüenza no ocasionan necesariamente una total transformación moral del carácter de una persona. Si no hubiera concurrido algún otro factor más decisivo, habría sido impensable que los discípulos se reunieran de nuevo, inflamados por la fe, y hubieran emprendido aquellas incursiones en los países de la gen-



tilidad. Si no se hubieran sentido impulsados por algo más perentorio, aquellos discípulos, que tan mal habían entendido a su maestro, no habrían podido llegar a conocer tan profundamente la doctrina de dicho maestro. Si no hubiera mediado alguna experiencia realmente esencial, no habría sido posible que divinizaran a aquel Jesús que había defraudado sus propios sueños de grandeza.

Pero ¿existía en tiempos de Jesús y sus discípulos el concepto o la idea de *resurrección*? Y en tal caso, ¿qué es lo que realmente significaba dicho concepto?

Cuando leemos el Nuevo Testamento, nos topamos con determinadas escenas en las que, con suma cautela, Jesús habla a sus discípulos acerca de su muerte y su resurrección. Y en tales ocasiones los discípulos se muestran perplejos o incapaces de comprender las palabras del maestro. La observación detenida de esas escenas nos hace pensar que el concepto mismo de resurrección no había calado aún en la mentalidad del pueblo judío en general; que el término no tenía para ellos categoría de realidad.

Si examinamos con atención la historia de la religión judía, por supuesto que podemos constatar que la idea general de una resurrección personal sí que se da en el judaísmo de aquella época. En el libro escatológico de Esdras aparecen frases que indican que, cuando el mundo llegue a su fin, los malvados perecerán y los justos (los que han muerto firmes en la fe y en la esperanza del Mesías venidero) resurgirán de nuevo. En este oráculo se aúnan el fin del mundo, el juicio final y la resurrección de los justos.

A pesar de la exégesis que los doctores de la Ley hacían de este texto, en el sentido de una resurrección general, realmente no sabemos hasta qué punto esta doctrina fue algo vivo y real para el pueblo judío en general. Lo que

sí sabemos con certeza es que la esperanza del Mesías y la restauración de Israel animaban el espíritu del pueblo, pero sólo podemos hacer conjeturas acerca de la profundidad con que dicho pueblo creía en la resurrección de los muertos.

En apoyo de mi tesis puedo aducir, por ejemplo, el pasaje del capítulo noveno de Marcos, donde aparece una serie de preguntas y respuestas entre Jesús y los discípulos. Jesús acababa de revelar en aquella ocasión cierto misterio a sus discípulos, e inmediatamente «les ordenó que a nadie contasen lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos». Los discípulos, por su parte, «discutían entre sí qué era eso de *resucitar de entre los muertos*» (Mc. 9, 9-10).

A primera vista, este relato demuestra que los discípulos aún no creían en la resurrección de Jesús, y que la idea misma de resurrección les resultaba tan nebulosa y confusa que no sabían realmente qué hacer con ella. Tenemos derecho, por tanto, a considerar y tratar de explicar de algún modo su perplejidad y la discusión que provocaba entre ellos el significado de un término tan enigmático.

Entonces uno de los discípulos evocó la historia del profeta Elías. Elías había sido un personaje que, durante el reinado de Ajab, había luchado por salvaguardar la pureza del monoteísmo judaico frente a las religiones naturalistas procedentes de los países extranjeros de Canaán y Fenicia. En tiempos de Jesús, el pueblo consideraba a Elías como el modelo por excelencia de los profetas del Antiguo Testamento. Los discípulos, pues, le preguntaron a Jesús: «¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero (antes del fin del mundo)?» (Mc. 9, 11).

La respuesta de Jesús es digna de toda consideración: «Elías ha venido ya y han hecho con él cuanto han querido» (Mc. 9, 13).

No cabe la menor duda de que, al responder, Jesús pensaba en Juan el Bautista, el cual había sido asesinado por el rey Herodes. Lo que Jesús decía era que la segunda venida de Elías ya había sucedido en la persona de Juan.

En tal caso, ¿significa el concepto de resurrección que reconocemos en un personaje extraordinario la reencarnación de otro gran personaje de una época anterior? Parece ser que este modo de pensar era bastante normal entre los antiguos judíos, porque, después de que el verdadero Elías desapareció de la faz de la tierra, al ver al profeta Eliseo el pueblo decía: «El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo» (2 Re. 2, 15).

Ya hemos visto anteriormente cómo en el Evangelio de Marcos se dice que, después de que Herodes asesinara a Juan el Bautista, el rey vivía obsesionado por la idea de que Jesús pudiera ser la reencarnación de Juan: «Pues el nombre de Jesús se había hecho célebre... Pero al enterarse Herodes, dijo: “Aquel Juan a quien yo decapité, ése ha resucitado...”» (Mc. 6, 14-16).

La resurrección así entendida, en el sentido de la segunda venida de una persona ya fallecida, tenía un fuerte arraigo en la imaginación de los judíos de aquella época y, consiguientemente, también en la de los discípulos.

Por eso cuando, después de la muerte de Jesús, los discípulos afirmaban que Jesús había resucitado, ¿empleaban la palabra «resurrección» en el sentido que acabamos de describir? ¿Acaso cuando los discípulos decían que Jesús había resucitado de entre los muertos querían dar a

entender que, del mismo modo que Elías había retornado a la vida al ser heredados su espíritu y su misión por Juan el Bautista, también en ellos mismos habían cobrado nueva vida el espíritu y la fe de Jesús?

A primera vista, esta interpretación parece plausible y hasta razonable. Sin embargo, aun aceptándola, no se resuelve todavía el enigma de la resurrección de Jesús.

Ya lo he preguntado repetidas veces: ¿Cómo es posible que aquellos indolentes discípulos, que no habían entendido el modo de pensar y de sentir de su maestro mientras vivió, llegaran a transformarse de tal manera? ¿Cómo se explica el que aquellos cobardes, que habían sido capaces de abandonar a Jesús en el último momento, pudieran adquirir aquella fe y aquella enorme autoridad moral después de la muerte del maestro?

Para responder a estos «cómo» y a estos «por qué», no basta con apelar al amplio concepto de resurrección que hemos expuesto. Nadie discute el hecho de que los discípulos heredaron el espíritu y la fe de Jesús. Pero queda en pie otro problema: ¿Por qué y cómo unos hombres que carecían casi por completo de aquellos valores pudieron heredarlos de Jesús de la noche a la mañana? Mientras no lo sepamos, no podremos resolver el enigma de la resurrección de Jesús de entre los muertos.

Ante todo parece evidente, a partir de la lectura del Nuevo Testamento, que a raíz de la muerte de Jesús los discípulos no pensaron jamás que ellos pudieran estar en pie de igualdad con Jesús. En otras palabras: ni en sueños se les pudo ocurrir considerarse a sí mismos como salvadores (Cristos) o mesías. Y precisamente por esto, después de la muerte de Jesús pudieron llegar a la conclusión de que el mismo Jesús era igual a Dios en cuanto a su naturaleza.

Me parece que un modo de resolver el enigma consiste en suponer que muy poco tiempo después de la muerte de Jesús tuvo lugar algún acontecimiento lo suficientemente electrizante como para que los corazones de los discípulos sufrieran una auténtica conmoción.

Evidentemente, ya es algo realmente conmoviente el afirmar la resurrección como un hecho histórico, exactamente del mismo modo que lo refiere el Nuevo Testamento. Pero, al mismo tiempo, todavía podemos abrigar algunas dudas acerca de si no habría sucedido alguna otra cosa en la vida de Jesús que pudiera justificar cualquier otra interpretación de su retorno a la vida.

Pero antes de adentrarnos en este tema necesitamos precisar con mayor profundidad cuál era la idea y el sentimiento de los discípulos con relación a la muerte de Jesús.

¿Acaso la actitud de los discípulos con respecto a la muerte de Jesús puede resumirse hablando de una reacción de postración nerviosa, confusión, remordimiento o desesperación?

En primer lugar, los discípulos jamás pudieron suponer que Jesús fuera a tener un final tan espantoso y lamentable. En el Evangelio se dice que Jesús les habló en diversas ocasiones acerca de su triste destino; y suponiendo que Jesús les hablara realmente de este modo, una de dos: o los discípulos no le creyeron, o no le comprendieron. Si los discípulos le hubieran comprendido, habrían tenido más cuidado a la hora de andar por Jerusalén en compañía del maestro y, por otra parte, no se habrían sentido tan sorprendidos por la traición de Judas.

El relato de la pasión refleja con absoluta claridad la

sorpresa de los discípulos por la forma en que huyeron cuando se dieron de cara con la realidad. Y a continuación debieron de plantearse otro problema: ¿Por qué Dios no libraba a Jesús? ¿Por qué guardaba silencio, a pesar del sufrimiento del maestro? ¿Por qué cerraba sus ojos ante una muerte tan atroz?

Por supuesto que las más antiguas tradiciones del judaísmo sustentaban la idea de que Dios únicamente enviaba profetas a Israel para ser rechazados; más aún, para ser perseguidos y asesinados. Es posible que los discípulos recordaran todo esto mucho tiempo después, pero en aquellos momentos de consternación, o no se les ocurrió esta idea, o no fueron capaces de relacionarla con Jesús.

Su abatimiento queda perfectamente escenificado en el episodio de los peregrinos de Emaús. Puesto que Jesús había demostrado su inutilidad práctica, muchos de sus discípulos le habían abandonado durante el camino, y hasta sus propios parientes le censuraron el que no contribuyera al mantenimiento de la familia; mientras tanto, en las aldeas y ciudades donde la gente le había manifestado su adhesión y le había escuchado con todo interés, acabaron por rechazarle y expulsarle.

Si unos cuantos de sus discípulos siguieron a su lado fue porque en su interior se sentían cautivados por Jesús, a pesar de su absoluta incapacidad para los asuntos prácticos y materiales de la vida; pero también porque, indudablemente, abrigaban algún resto de esperanza de que, antes o después, se decidiría a demostrar su verdadero poder.

Pero la muerte de Jesús acabó incluso con ese pequeño resto de esperanza. Y la desolación que les produjo el

constatar la *esencial* debilidad y falta de poder de Jesús terminó por aniquilar sus ánimos.

Sin embargo, ¿por qué algunos de ellos, a pesar de su consternación y su desencanto, siguieron fieles a Jesús después de su muerte? Algunos de los discípulos, como los peregrinos de Emaús, emprendieron el regreso a sus respectivos hogares, pero ¿por qué algunos de ellos se quedaron en Jerusalén?

¿Oyeron tal vez en su interior una voz que les conminara a quedarse quietos? Una vez muerto Jesús, ¿qué fue lo que movió a los discípulos a permanecer donde estaban durante las treinta y tantas horas que transcurrieron hasta la resurrección?

En nuestro análisis del relato de la pasión hemos seguido paso a paso el proceso y la ejecución de Jesús tal como los describe el Nuevo Testamento, pero ¿no será que el secreto de los discípulos esté oculto en algún lugar de ese relato de la pasión, aun cuando no hayan sido explicitados sus detalles?

Tal vez dicho secreto pueda formularse del siguiente modo: ¿cómo es posible que durante el proceso de Jesús aquellos discípulos íntimos se las arreglaran para quedarse en los alrededores de Jerusalén sin ser molestados? Desde el punto de vista del Sanedrín, eran lo que hoy llamaríamos «compañeros de viaje» de Jesús, secuaces de un reo declarado. Se les podrá llamar discípulos, pero en la medida en que simpatizaban con las ideas de Jesús, a los ojos del Sanedrín no eran más que herejes y rebeldes. Más aún, sus rostros eran perfectamente conocidos porque habían sido vistos en compañía de Jesús mientras éste anduvo por la ciudad de Jerusalén predicando su doctrina. El reconocimiento de Pedro y las preguntas que le

hicieron aquellas mujeres en la mansión de Caifás no hacen sino corroborar este hecho.

Jurídicamente hablando, también ellos podían haber sido detenidos, especialmente cuando en Getsemaní uno de ellos (probablemente Pedro) había llegado a herir a uno de los miembros de la guardia del Templo.

Resulta sumamente sospechoso que estos mismos discípulos hayan podido andar por los alrededores de Jerusalén (tal vez en Betania) durante esas treinta y tantas horas que siguieron al juicio y a la muerte de Jesús, tanto más cuanto que, habiendo sido condenado y ejecutado Jesús por el delito de subversión contra Roma, todos sus compañeros deberían haber sido estrechamente vigilados no sólo por el Sanedrín, sino también por el gobernador de Judea. Es cierto que la mayor parte de los discípulos se habían puesto en camino hacia sus respectivos lugares de procedencia, pero aun así resulta extraño que hasta hoy ningún escritorista se haya preguntado siquiera cómo es posible que algunos de ellos permanecieran ocultos, y cómo, además, unos discípulos tan significados como Pedro y Juan pudieran acudir libremente hasta el sepulcro de Jesús (Jn. 20, 3).

Pero aún hay más: cuando leemos los Evangelios, no descubrimos en el relato del proceso y la ejecución de Jesús nada que nos indique que los sacerdotes del Sanedrín manifestaran el menor interés por aquellos discípulos, o hicieran el menor movimiento por dar con ellos.

¿Acaso pensaban que era suficiente con haber arrestado a Jesús, y que los demás no eran dignos de consideración? Puede ser; pero resulta muy extraño, de todos modos, que no consideraran importante la captura de los discípulos, uno de los cuales se había atrevido a herir a un

miembro de la guardia del Templo, que era directamente controlada por el Sanedrín.

Tanto en el relato de la pasión como en el de la resurrección hay una serie de puntos que no pueden dejar de producir cierta confusión al lector atento. ¿No estará incluida la explicación de tales puntos en dichos relatos? ¿O es que tal vez se ha deslizado en el texto, en forma simbólica, una respuesta que por eso mismo resulta difícil de encontrar? En el caso concreto de los primeros discípulos de Jesús, ¿acaso existían ciertos recuerdos tan dolorosos y humillantes para ellos que hicieron lo posible para que no llegaran a conocimiento de otras personas? ¿O es que hablaron de ellos tan recatadamente que sólo pudieron ser reflejados en los Evangelios de un modo simbólico e inescrutable? Esto es algo que me intriga de veras.

No podemos hacernos ilusiones de llegar a una respuesta concluyente, desde el momento en que no poseemos otros datos históricos. Desearía, por tanto, que el lector fuera consciente de que lo que voy a decir no deja de ser una atrevida hipótesis.

Así es como yo veo lo sucedido: el secreto está simbólicamente revelado en el episodio de las negaciones de Pedro en el patio de la mansión de Caifás, así como en el episodio de Barrabás, el delincuente político que salvó su vida a cambio de la de Jesús.

El primero de ambos episodios aparece en los tres Evangelios Sinópticos y en el Evangelio de Juan. Pero los cuatro Evangelios discrepan en ciertos detalles concretos: los Sinópticos refieren que Pedro se introdujo él sólo en la mansión de Caifás; el Evangelio de Juan, por su parte, afirma que Pedro entró en compañía de otro discípulo, el cual

conocía personalmente al sumo sacerdote y rogó a la portera que le permitiera entrar en la casa con Pedro. Pero únicamente Pedro fue acusado por aquella mujer y por otras personas presentes de pertenecer al grupo de Jesús, mientras que al otro discípulo no se le dijo nada.

Otra diferencia consiste en que el Evangelio más antiguo, el de Marcos, coincide con el de Mateo en emplear un lenguaje más duro que los Evangelios de Lucas y de Juan al hablar de las negaciones de Pedro. Mateo y Marcos afirman que Pedro «se puso a echar imprecaciones y a jurar» (Mt. 26, 74; Mc. 14, 71) que no sabía nada de Jesús; Lucas y Juan, por su parte, no lo expresan con tanta dureza. Evidentemente, en comparación con el Evangelio de Marcos, los de Lucas y Juan (que son más tardíos) han escogido sus palabras con más cuidado, a fin de salvaguardar la posición y la dignidad de Pedro, cabeza visible de la primera Iglesia cristiana. Pero lo que es indiscutible es que Pedro negó vehementemente conocer a Jesús.

Ahora bien, esta escena ¿se refiere únicamente a Pedro como individuo? El episodio está descrito con un lenguaje tan vívido que nadie se atrevería a negar que sucedió realmente, aunque yo personalmente no puedo creer que fuera Pedro el único protagonista. Es muy posible que Pedro acudiera solo al palacio del sumo sacerdote Caifás, pero lo hacía en representación de todos los demás discípulos; y después de leer el Evangelio de Juan, es perfectamente verosímil suponer que Pedro no eligiera libremente a su acompañante, sino porque creyera necesario hacer uso de los buenos oficios de «otro discípulo, conocido del sumo sacerdote» (Jn. 18, 16), para poder negociar un acuerdo con Caifás. (Esto parece evidente por el hecho de que el «otro discípulo» en ningún momento

fue importunado en la mansión del sumo sacerdote, como si no tuviera ningún tipo de relación con Jesús.)

¿Podemos conformarnos, pues, con pensar que las personas que interrogaron a Pedro fueran únicamente las criadas y los guardias? Pienso que es perfectamente legítimo interpretar Lc. 22, 55 («Pedro se sentó con ellos») en el sentido de que en ese «ellos» se incluye también a los sacerdotes que estaban juzgando a Jesús. En otras palabras, también Pedro, como representante de los demás discípulos, fue sometido a juicio por el Sanedrín junto con Jesús; y, una vez en presencia de los sumos sacerdotes y del Sanedrín, Pedro negó a Jesús «imprecando y jurando».

Y como Pedro consintió en negar a Jesús bajo juramento y en términos tan enérgicos, pudo llegarse a un entendimiento entre el Sanedrín y el grupo de los discípulos (a instancias, también en este caso, del mediador que menciona el Evangelio de Juan). En consecuencia, los discípulos ya no serían sometidos a ningún interrogatorio por supuestos actos delictivos, quedando libres, además, de futuras acusaciones. De este modo Jesús se convertía en el cordero expiatorio sobre el que cargaron las culpas de todos sus compañeros.

«Y el Señor se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor... Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente» (Lc. 22, 61-62).

Probablemente no fue Pedro el único en llorar y lamentarse. Su llanto simboliza el atormentado estado de ánimo de todos los discípulos que se habían quedado en Betania esperando conocer el resultado de las negociaciones entre Pedro y el Sanedrín. Se habían librado del arresto y habían salvado el pellejo a costa de abandonar a Jesús y renegar de él. En una sola línea, por tanto, expresa la

Biblia el inconsolable e indescriptible dolor y el sentimiento de vergüenza y desprecio de sí mismos que experimentaron los discípulos.

Pero este pacto entre los discípulos y el Sanedrín queda también reflejado simbólicamente en el episodio del perdón concedido a Barrabás. El nombre de Barrabás aparece de improviso en pleno relato de la pasión. Pero no se dice nada de sus antecedentes.

Barrabás era un individuo que «había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato» (Lc. 23, 19). Esta descripción que hace Lucas es todo lo que tenemos, aunque coincide con lo que dice Mateo de que se trata de «un preso famoso llamado Barrabás» (Mt. 27, 16) y lo que explica Marcos casi con las mismas palabras que Lucas: «Había uno, llamado Barrabás, que estaba encarcelado con aquellos sediciosos que en el motín habían cometido un asesinato» (Mc. 15, 6). Por su parte, Juan se limita a hacer constar que «Barrabás era un bandido» (Jn. 18, 40). Eso es todo.

Naturalmente, es un hecho cierto (como ya vimos antes) que un delincuente político llamado Barrabás —en aquellos tiempos a los delincuentes políticos solía calificárseles de «bandidos» o «salteadores»— estaba en prisión, y que el Sanedrín estaba empeñado en cambiar al tal Barrabás por Jesús; necesitaban sepultar a Jesús en el olvido como un delincuente político, y no tener que matarle en calidad de hereje y reformador religioso.

Sin embargo, en el episodio de Barrabás creemos poder descubrir una representación simbólica de lo que en realidad sucedió con los discípulos. Jesús fue clavado en la cruz en sustitución de Barrabás, y esta relación entre ambos personajes refleja la relación existente entre Jesús y

sus discípulos. Podemos ver cómo en el clamor de la plebe, «¡A ése, no; a Barrabás!»), hay un claro paralelismo simbólico con la promesa del Sanedrín de perdonar a los discípulos si se conseguía eliminar a Jesús.

Así es como yo, a título puramente personal, reconstruyo los hechos. Y si mi teoría es correcta, entonces Jesús fue ajusticiado a cambio de las vidas de sus discípulos; Jesús se convirtió en el cordero sacrificial que, con su muerte, hizo posible que ellos siguieran viviendo.

Los discípulos, por tanto, salvaron su vida gracias a un pacto deshonesto. Pero al mediodía siguiente, cuando Jesús avanzaba arrastrándose por las estrechas y caldeadas calles de Jerusalén hacia el lugar de la ejecución, portando la pesada cruz en medio de las burlas y los insultos de la plebe, en el peso de aquella cruz reconocieron los discípulos la enormidad de su traición. Con indescriptible vergüenza cayeron en la cuenta de que habían sido sus infames negociaciones las que hacían posible que Jesús caminara hacia la muerte. El que Jesús tuviera que morir para salvarles no fue para los discípulos un simple punto de meditación espiritual, sino un hecho palpable. Y a partir de aquel momento los discípulos comenzaron a ver en Jesús a alguien que cargaba con el peso de sus propios pecados.

En el espacio de aquellas treinta y tantas horas que siguieron hasta la resurrección, los discípulos tuvieron que rumiar y tragarse la humillación, la vergüenza, el desprecio de sí mismos, las falsas autojustificaciones (¿Qué otra cosa podíamos hacer?) y todos los sentimientos que los cobardes y los débiles han de experimentar para poder sobrevivir.

Unos individuos en tal situación no tenían más que dos alternativas. Una: rechazar totalmente a Jesús, repudiarle, seguir el comportamiento de un vulgar traidor que,

después de delatar a su amigo, trata de abrirse un nuevo camino en la vida. La otra posibilidad consistía en pedir perdón a Jesús. Durante aquellas interminables horas no supieron qué opción tomar. No podían decidir, como tampoco podían permanecer indiferentes ante aquel Jesús clavado en la cruz sobre el Gólgota.

Seguramente pensaban que Jesús les odiaba, que en su agonía pensaba en ellos con enojo. No puede esperarse de un héroe que sea capaz de perdonar a quien le traiciona.

Debido a la agitación que reinaba en Jerusalén, los discípulos no tuvieron arrestos para dejarse ver abiertamente en la ciudad. En consecuencia, lo más probable es que no asistieran al proceso de Jesús, ni presenciaran el paso del maestro por las calles de Jerusalén con la cruz a cuestas, ni su patético final en el Gólgota. Pero, como es lógico, todos estos acontecimientos eran el tema del día en Jerusalén, por lo que debieron de enterarse con todo detalle del curso de los mismos.

Seguramente imaginaban que Jesús sentía rencor contra ellos no sólo porque le habían abandonado, sino que el modo en que renegaron de él demostraba que no eran mejores que Judas, que le había vendido.

Una tras otra fueron llegando las noticias. Se enteraron de cómo Jesús había sido llevado desde la residencia de Caifás hasta el Pretorio de Pilato y de allí al palacio de Herodes, arrastrado de un tribunal a otro hasta que, finalmente, Pilato cedió a las exigencias del Sanedrín y le condenó a morir en la cruz. Después supieron cómo Jesús había cargado con el madero y cómo cayó varias veces por tierra en su penoso camino hacia el Gólgota.

Pero lo que más temían en aquellos momentos era que el maestro les maldijera airado desde la cruz, que exi-

giera de Dios la venganza contra aquellos discípulos que le habían abandonado y traicionado.

¿Qué diría Jesús desde la cruz? Los discípulos, atanzados por el terror y el remordimiento, presentían sus palabras.

Hoy día seguimos concediendo un especial valor a las últimas palabras que pronuncia un moribundo. Pero aún mayor importancia se les concedía en la antigua Judea, donde era costumbre que los injusticiados agonizantes se dirigieran a los que presenciaban su muerte. ¿Qué diría Jesús? Ellos seguían esperando. Por fin, al atardecer de aquel mismo día, cuando llegaron a sus oídos las últimas palabras pronunciadas por Jesús, constataron que excedían todo lo que pudieran haber imaginado:

«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23, 34).

«¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» (Mc. 15, 34).

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23, 46).

Tres gritos desde la cruz; tres gritos que provocaron en los discípulos un impacto demoledor.

Pero Jesús no había dicho una sola palabra de reproche contra ellos. Tampoco había rogado que la cólera de Dios descargara sobre ellos. En lugar de pedir su castigo, había rogado a Dios que los salvara.

Para los discípulos, aquello era inconcebible. Sin embargo, Jesús había dicho realmente lo inconcebible. En medio del angustioso tormento de la cruz y de la paulatina pérdida de conciencia, Jesús había seguido esforzándose desesperadamente por amar a quienes le

habían abandonado y traicionado. Los discípulos aprendían una nueva lección sobre el asombroso modo de ser de Jesús.

Pero eso no era todo. A punto ya de expirar, Jesús había musitado las palabras de David en el Salmo 22 y, un poco después, las del Salmo 31, realizando un acto de absoluta confianza en Dios a pesar de que Dios seguía guardando silencio ante los sufrimientos y la muerte de Jesús. Decididamente, las palabras «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» no eran un grito de desesperación. Eran, sencillamente, el comienzo de una plegaria confiada, en íntima relación con aquellas otras palabras: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Y como los discípulos conocían al dedillo las palabras de aquellos salmos, pudieron entender lo que había sucedido en el interior de Jesús.

Nunca habían conocido a un hombre semejante. En aquellos tiempos hubo multitud de profetas, pero ninguno de ellos capaz de exhalar su último aliento con tales palabras en sus labios. Ni siquiera los antiguos profetas habían manifestado semejante amor y semejante confianza en Dios.

En realidad, los discípulos estaban asombrados y conmovidos de un modo que no puede expresarse con palabras. Alguien exclamó lleno de admiración: «Verdaderamente, éste era Hijo de Dios» (Mt. 27, 54); pero estas palabras debieron también de surgir de labios de los discípulos.

Había llegado para ellos el momento de empezar a entender y valorar todo lo que Jesús había dicho en vida. Era como si el profundo significado de sus enseñanzas y sus parábolas hubiera estado envuelto en una densa niebla que les había impedido entender al maestro mientras



anduvieron con él por las ciudades y aldeas del lago de Galilea. Sólo ahora caían en la cuenta de que, poco a poco, habían de ir comprendiendo qué era lo que Jesús había querido transmitirles con sus discursos y sus enigmáticas narraciones. Bastaban aquellas tres frases pronunciadas en la cruz para hacerles ver lo que Jesús había estado intentando decirles desde el comienzo.

Al mismo tiempo, los discípulos se percataron de cómo habían malinterpretado la misión de Jesús. Le habían considerado como un ser débil e inútil en este mundo de realidades prácticas y tangibles, como un individuo incapaz de realizar señales y prodigios, como un maestro ineficaz que a la postre había sido rechazado por las multitudes y abandonado por la mayor parte de sus discípulos. Ahora, aunque todavía de un modo muy confuso, comprendieron que Jesús era en realidad un ser mucho más sublime e imperecedero que los milagros y que todo el éxito alcanzable en este mundo.

Ya sin la menor sombra de duda, evocaron el capítulo 53 del Libro de Isaías:

No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar.

Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias.

Como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta.

¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba!...

(Is. 53, 2-4)

Hasta entonces, los discípulos jamás se habían detenido a considerar lo que podía haber detrás de la imagen

poética del «siervo doliente» del Libro de Isaías que sus antepasados solían recitar. Para ellos, al igual que para los demás judíos, el «Mesías» no podía ser sino una persona revestida de esplendor, poder y majestad que había de librar a Israel del control opresor de los «gentiles» y restaurar la gloria de la nación. Pero ahora, en virtud de la trágica muerte del Jesús «ineficaz», del Jesús «débil» —y precisamente porque su muerte había sido tan horriblemente miserable—, el grito de amor surgido de los labios de Jesús en plena agonía hizo que en lo más profundo de los discípulos se verificara una transformación radical de su escala de valores.

¿Era esto lo que Jesús quería decir? ¿Era lo que había estado intentando hacerles ver? ¿Era lo que Jesús se había esforzado por transmitir durante su breve vida terrena? ¿Sólo esto y nada más que esto? Los discípulos comenzaban ahora a comprender. La conciencia culpable de haber hecho un sucio pacto que les había llevado a negar a Jesús ante los sacerdotes del Sanedrín reunidos en la mansión de Caifás, el sentimiento de vergüenza y la búsqueda hipócrita y desesperada de cualquier excusa con la que tranquilizar su conciencia, dejaron paso a una sincera y desconsolada lamentación por lo que habían hecho con su maestro. Y todos ellos se unieron a Pedro en su llanto amargo.

Rememoraban ahora el rostro y la figura de Jesús cuando aún estaba vivo: sus ojos hundidos, la tristeza que irradiaba su mirada, la pura y delicada luz que iluminaba su sonrisa... Un hombre que no había podido realizar nada notable, un hombre carente de todo poder en este mundo visible... Una figura delicada... y no mucho más. Pero había en él algo especial: jamás pudo decirse que hubiera abandonado a una persona sumida en el dolor y necesita-

da de ayuda. Cuando las mujeres lloraban, él se quedaba junto a ellas. Cuando los viejos estaban solos, él se sentaba tranquilamente a su lado. No había en ello nada de especial o milagroso, pero de sus ojos cansados y hundidos fluía a torrentes un amor mucho más profundo que el mayor de los milagros. Y jamás salió de sus labios una palabra de resentimiento contra los que le abandonaban o le traicionaban. Suciedera lo que sucediera, Jesús era siempre el «varón de dolores» que no dejaba de rezar por ellos.

Esta fue la vida de Jesús. Simple y diáfana como un carácter chino trazado a pincel sobre la blanca superficie de un papel inmaculado. Tan simple y tan diáfana que nadie fue capaz de entenderla, y mucho menos de imitarla.

Probablemente no hay en todo el Nuevo Testamento un pasaje que exprese el estado de ánimo de los discípulos mejor que el famoso episodio de los peregrinos de Emaús:

Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran. Él les dijo: «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?» Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?»

(Lc. 24, 13-18)

Emaús sigue siendo una pequeña aldea, circundada de rocosas e inhóspitas colinas, a menos de una hora de camino de Jerusalén. A la débil luz del anochecer del tercer día desde la muerte de Jesús (es decir, dos días com-

pletos más tarde), dos discípulos regresaban a esta aldea cuando, de improviso, alguien les alcanzó en el camino. Parecían tan desconsolados que no pudo evitar preguntarles cuál era la causa de su tristeza. Los dos discípulos le contaron cómo Jesús había sido asesinado en Jerusalén. Todavía no habían caído en la cuenta de que su ocasional acompañante era el mismo Jesús.

Lo que aparece con toda claridad en este emocionante relato de aquel hermoso anochecer es la imagen de Jesús como *compañero*. Estoy seguro de que, antes de que los discípulos se percataran de lo que había sucedido, ya había nacido en ellos la viva sensación de que Jesús, a pesar de haber muerto, seguía estando muy cerca de ellos. No se trataba de un acto de meditación abstracta, sino de una realidad tangible y en absoluto metafórica. Jesús no estaba muerto. Más aún: llegaron a tener la sensación de que Jesús les estaba hablando realmente.

El responder a la cobarde traición de los discípulos sin odio ni rencor, sino al contrario, con amor, era algo que excedía las posibilidades de una naturaleza puramente humana. Al menos hasta entonces, ellos jamás habían visto que un ser humano actuase de ese modo. Pero no sólo en sus vidas, sino que en toda la historia de Israel no había existido nunca, ni siquiera entre los profetas y los reyes, una persona semejante. El asombro dejó absolutamente anonadados a los discípulos. Y entonces comenzaron a sentir que Jesús aún podía seguir al lado de ellos. Su estado de ánimo era como el de un niño que ha perdido a su madre y que, a pesar de ello, aún puede sentir junto a él su cálida presencia.

El Nuevo Testamento no explicita de este modo la psicología de los discípulos en aquellos momentos, pero sí

que permite vislumbrarla entre líneas. Incluso yo, que no soy más que un simple novelista oriental, puedo percibirlo.

Pero tan sólo con esto seguimos sin poder comprender en absoluto el impacto causado en los discípulos por la resurrección. Y la razón de ello estriba en que el acontecimiento designado con el nombre de «resurrección» jamás será concebible por quien no sea creyente; porque, si falta la fe, la resurrección no será más que una quimera o una alucinación sencillamente absurda, intrínsecamente imposible. Ni siquiera los historiadores del Nuevo Testamento son capaces de presentar una sola prueba concluyente y, en cuanto puros historiadores, a lo más que pueden llegar es a afirmar con Bultmann que: «Jesús resucitó de entre los muertos en virtud de la fe (de los discípulos).»

Pero volvemos nuevamente a estar sumidos en el dilema. El estado psicológico de arrepentimiento de los discípulos, unido a su profundo apego emotivo a Jesús por haberles perdonado, no basta por sí solo para explicar de un modo satisfactorio cómo pudieron después superar todas las tribulaciones que les acarreó su entrega de por vida a la difusión del Evangelio. Pero incluso en ese estado de ánimo, unos seres tan cobardes como los discípulos no podían ser capaces de mantener indefinidamente tan elevada tensión emocional. Lo más normal es que el paso del tiempo tienda a diluir nuestros primeros entusiasmos, haciéndonos olvidar los propósitos iniciales. Resulta más real suponer que lo que ejerció un control tan determinante en sus vidas no fue simplemente el estado emocional ocasionado por la muerte de Jesús, la sorpresa que les produjo y la consiguiente adhesión a su persona.

No podemos dejar de pensar, por consiguiente, que realmente tuvo que producirse algún acontecimiento decisivo de una naturaleza tan absolutamente diferente que no se puede describir con la palabra ni con la pluma. De lo contrario, los discípulos, en el mejor de los casos, habrían seguido pensando en aquel Jesús «ineficaz» como un hombre de sublimes virtudes morales, una persona entregada al amor, pero no habrían llegado a divinizarlo, como realmente hicieron, llamándole el *Cristo* y el *Hijo de Dios*. Otros profetas y líderes religiosos carismáticos habrían sido venerados por sus seguidores aun después de muertos, pero ninguno de ellos fue jamás divinizado a la manera de Jesús. Los fieles de la comunidad de Qumrán, sometidos a una tremenda persecución religiosa por parte de las autoridades judías de Jerusalén, siempre creyeron que su gran maestro, el «maestro de justicia», regresaría de entre los muertos, pero ello no les llevó a divinizarlo.

Y la comunidad religiosa de Juan, especialmente sus más íntimos discípulos, nunca dejaron de venerar al Bautista tras ser asesinado por Herodes Antipas, pero no creían en su resurrección personal. Más bien lo que sucedió fue que algunos de ellos descubrieron en Jesús el temple y el carácter de Juan el Bautista.

Así pues, ¿por qué sólo Jesús llegó a ser adorado como Dios por la Iglesia cristiana primitiva? Ciertamente, como afirman la mayoría de los biblistas actuales, es un hecho que Jesús fue proclamado Dios en el *kerigma* (la primera proclamación de la fe cristiana) predicado por los discípulos; pero no es este el verdadero problema. La cuestión es: ¿llegaron a creer los discípulos que Jesús era el Hijo de Dios?

El primer testimonio escrito de la resurrección no apa-

rece en los Evangelios, sino en una carta de san Pablo; pero esto, en sí mismo, no constituye un motivo suficiente para decir que el relato evangélico sea menos de fiar objetivamente que las palabras de Pablo. Resulta casi abrumadora la extraordinaria confianza que muestran los Evangelios y las cartas de Pablo en la resurrección de Jesús. No pone tanto énfasis el relato evangélico a la hora de hablar de otros milagros realizados por Jesús a lo largo de su vida. Los autores del Nuevo Testamento se limitaron a recoger los relatos de milagros atribuidos a Jesús, relatos originados en diferentes lugares y que fueron entreverados en el texto de los Evangelios. Pero nada de esto ocurre con el relato de la resurrección. Marcos, el primero de los evangelistas, describe con extraordinario realismo el acontecimiento, y los otros autores neotestamentarios proceden invariablemente en el mismo sentido.

«Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo andan diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?... Y si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe, y somos convictos de falsos testigos de Dios, porque hemos atestiguado que resucitó a Cristo...» (1 Cor. 15, 12-15).

Esta absoluta confianza, esta inmovible certeza es lo que realmente nos deja pasmados. ¿De dónde procede su confianza y su certeza? ¿Y si el acontecimiento tuviera más de ficticio que de real?

Los que no fuimos testigos presenciales de la resurrección de Jesús nos hacemos todas estas preguntas: ¿Qué sucedió para que los discípulos transformaran de aquel modo su actitud? ¿Por qué se empeñaron en insistir en la realidad de algo tan absurdo como la resurrección, una

idea de la que se reía la gente en aquellos tiempos? Es fácil acusar a los discípulos de vendedores de visiones místicas, o de ser víctimas de una hipnosis colectiva, sólo que no tenemos la más pequeña prueba que corrobore esta acusación. El enigma sigue pesando implacablemente sobre nuestro espíritu.

El Evangelio de Marcos (el más antiguo, como hemos dicho) concluye en el versículo 8 del capítulo 16 afirmando sencillamente que el cuerpo de Jesús había desaparecido del sepulcro como por arte de magia. Marcos no dice más, pero tampoco menos. Poco antes ha explicado cómo en las primeras horas del día segundo después de la muerte de Jesús, tres mujeres se dirigieron al sepulcro para embalsamar los restos de Jesús con perfumes. Estaba amenazando. Al llegar comprobaron que la enorme piedra que cerraba la entrada al sepulcro había sido retirada. El cadáver había desaparecido y en el interior había un joven sentado tranquilamente. «Ellas salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.»

Estas palabras constituyen el final del Evangelio de Marcos; los exegetas están de acuerdo en que lo que sigue al versículo 8 es un apéndice añadido por algún otro. La reciente y laboriosa investigación realizada por Campenhausen ha confirmado la autenticidad histórica de la tumba vacía; pero, aun sin dicha investigación, ya la Biblia refiere espléndidamente cómo entre los judíos de entonces se corrió el rumor de que los discípulos habían robado el cadáver (Mt. 28, 13-15); y no nos resulta difícil sintonizar con María Magdalena, que sospechó que el guardián del cementerio podría haberlo hecho desaparecer, como leemos en el Evangelio de Juan (20, 15).

En cualquier caso, debemos centrar nuestra atención en esa última línea del Evangelio de Marcos que cierra toda la narración de un modo tan sorprendente. Este final del más antiguo de los Evangelios nos permite entender que los discípulos, ocultos aún en las cercanías de Jerusalén, ante el incidente de la tumba vacía sintieron una conmoción semejante a la que tuvieron que experimentar las mujeres. A los discípulos les había afectado emocionalmente la muerte de Jesús, pero el nuevo curso de los acontecimientos les hacía enfrentarse a un mundo totalmente diferente.

Aun admitiendo, como pura hipótesis, que el incidente de la tumba vacía fuera ficticio, si pasamos después a considerar las cuestiones que hemos planteado, nos vemos obligados a creer que lo que impresionó a los discípulos fue algún otro acontecimiento extraordinario de distinto tipo, aunque igualmente electrizante. Al menos la lógica nos mueve a concluir que, fuese lo que fuese lo ocurrido, fue suficiente para que en la mente de los discípulos el Jesús débil e «impotente» se transformara en un Jesús «todopoderoso». E inmediatamente nos vemos forzados a suponer que ese acontecimiento, fuese cual fuese su naturaleza, fue también suficiente para persuadir a los discípulos de que la *resurrección* de Jesús era un *hecho*.

El carpintero que había crecido en aquella apartada región de la pequeña nación palestina, había sido durante su breve existencia una especie de maestro espiritual, al que, en definitivas cuentas, ni siquiera sus propios discípulos llegaron a entender. Sólo después de su muerte pudieron intuir la clase de persona que había sido en realidad. En mi opinión, es fácil observar aquí una analogía entre la incapacidad de los discípulos para entender a Jesús mientras vivió y nuestra propia incapacidad para

comprender todo el misterio de la vida humana. Porque Jesús representa a toda la humanidad. Además, así como nosotros, mientras vivimos en este mundo, no podemos comprender los designios de Dios, del mismo modo Jesús resultaba enigmático e insondable para sus discípulos. Toda su vida estuvo marcada por la sencillez de quien vive únicamente para el amor, y precisamente por ello aparecía como un hombre ineficaz a los ojos de sus discípulos. Fue preciso que muriera para que los discípulos pudieran alzar el enigmático velo y ver lo que se hallaba oculto bajo aquella debilidad.

Al llegar al final de esta obra, muchos lectores se preguntarán inquietos por qué he omitido (aunque de mala gana) muchas escenas y pasajes del Evangelio conocidos por todo el mundo. No he mencionado, por ejemplo, el nacimiento de Jesús en Belén, ni he hablado sobre la fecha de dicho nacimiento.

En realidad se duda si Jesús nació o no nació en Belén. El más antiguo de los Evangelios, el de Marcos, no dice nada al respecto; sólo Mateo y Lucas lo relatan. Pero son muchos los expertos que piensan que los relatos de la Natividad en Belén, que aparecen en los Evangelios de Mateo y Lucas, no son más que composiciones basadas en las palabras de Miqueas en el Antiguo Testamento:

Mas tú, Belén-Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel.

(Miq. 5, 1)

En opinión de algunos, Belén constituía para los evangelistas el lugar en que había de nacer el Mesías prometido, y por eso escribieron que Jesús había nacido allí.

De todas formas, y como ya he repetido una y otra vez, mi postura sigue siendo la de distinguir entre «hecho» y «verdad» en la Biblia. En este caso concreto, el nacimiento en Belén podría no ser un *hecho*, pero para mí es una *verdad*. ¿Por qué digo que es verdad? Porque en el dilatado curso de la historia humana ha habido innumerables corazones que han suspirado por la pequeña aldea de Belén. Porque en su interior no han dejado de venerar a Belén como el lugar más puro e inocente en toda esta tierra de Dios. Porque en la Nochebuena infinitos niños han pensado en Belén, y el recuerdo ha quedado grabado en sus corazones para el resto de sus vidas. Y así como la humanidad entera ha ansiado que Belén fuera una realidad, también los autores del Nuevo Testamento sintieron la misma necesidad. Tal vez para ellos el nacimiento de Jesús en Belén no fuera un hecho, pero para sus espíritus era una auténtica verdad. Por nuestra parte, cuando leemos el Nuevo Testamento no podemos resignarnos a negar lo que muchos comentaristas modernos han negado: que lo que tal vez no sea un hecho histórico pueda ser, sin embargo, verdad para nuestro espíritu. Lo humano no puede limitarse únicamente a los hechos tangibles. Lo importante en toda mi postura es que, aunque no haya incluido en este libro el relato de Belén, sí reconozco la verdad de Belén, ya que forma parte integrante de ese mundo de verdad por el que han suspirado las almas de todos los seres humanos.

No necesito decir que ni por un momento he pensado que esta visión a vista de pájaro de la vida de Jesús haya abarcado la totalidad del mismo Jesús. Cada uno de nosotros se imagina a Jesús según el modo en que se refleja en nuestra vida. Pero siempre habrá algo impenetrablemente misterioso, y siempre habrá un cierto enigma en la

forma de reflejarse la vida de este hombre en nuestra propia vida individual. Pienso ahora que en lo que me resta de vida me gustaría volver a escribir mi vida de Jesús, y escribirla desde la propia experiencia que he de seguir acumulando a lo largo de mis años. Pero aun entonces, cuando crea haber terminado, pienso que aún no me habré liberado del deseo y la necesidad de volver a tomar la pluma para intentar una nueva «vida de Jesús».